


Pava licenciada en Terra


ROSANA AMPLE




EL ÁRBOL DE
LA VERDAD

*Pava
licenciada
en Terra*
ROSANA AMPLE




EL ÁRBOL DE
LA VERDAD



licenciada en



Rosana Ample

Pava licenciada en zorra

Rosana Ample

© Rosana Ample

Colección LCDE

ISBN: 978-1500983451

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en un sistema informático o transmitido de cualquier forma o cualquier medio electrónico, mecánico fotocopia grabación u otros métodos sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

© Ilustración de la portada: www.insidemagp.blogspot.com.es

Maquetación Interior: Alicia Vivancos www.aliciavivancos.com

A las amigas de mi madre que con orgullo me han leído y divulgado mi buen hacer.

A los lectores que me descubrieron en mis otras dos novelas y me animaron a seguir,

en especial a Mayte y Mónica, las primeras lectoras incondicionales aparecidas por causalidad, que se convirtieron en encantadoras amigas.

A Belén, por exigirme más y más y por quererme sin condiciones.



Nunca pensé que pudiera secarme, quedarme sin emociones, sin fe. Y lo mejor de todo,

que dicho estado me resultara placentero y pacífico. Me encanta disfrutar de ello, nunca imaginé poder lograrlo. Aunque en el fondo una parte de mí me diga que algo va

mal. Por ello, esta mañana, tras finalizar el programa, he decidido visitar a mi compañera la psiquiatra. Ella siempre tiene respuesta para todo.

—Almudena, mientras venía a la consulta, pensaba; el amor romántico es adictivo.

Yo abusé de dicha adicción. ¿Se me rompió la química, de tanto usarla?
Porque el único

estímulo que ahora siento es el desgaste. — interrogo a la psiquiatra que desde hace meses ya nos consideramos amigas.

—En algo tienes razón, Cayetana, la química se halla en cada pensamiento que producimos, en cada motivación, cuando experimentamos una emoción. Y lo mejor de todo, que siempre segregamos más y más ganas de disfrutar de dicha química, como si fuera adictiva. Es algo similar a conocer todos y cada uno de los ingredientes de un pastel de chocolate, que aun así, nos encanta sentarnos y comerlo como si fuera la primera vez.

De la misma manera, podemos conocer toda la química que hay detrás del amor romántico

y todavía ser capaces de captar toda su enorme magia. El impulso sexual es diferente del amor romántico y es diferente del afecto. También creo que han evolucionado por razones

diferentes. El impulso sexual evolucionó para que saliéramos a buscar a nuestras parejas.

Pero el amor romántico es el impulso verdadero, porque emana de este cerebro primitivo y es más fuerte que el impulso sexual. Cuando estamos locamente enamorados, queremos irnos a la cama con nuestra pareja, pero lo que realmente queremos es que nos llame por

teléfono, que nos invite a cenar y se cree una unión emocional. De hecho, una de las características principales del amor romántico es el deseo de contacto sexual... y de exclusividad sexual. Cuando nos acostamos con alguien y no lo amamos, no nos importa

realmente si también se acuesta con otros. Pero cuando nos enamoramos, pasamos a ser realmente posesivos. En la comunidad científica lo llaman “vigilancia de la pareja”. El amor romántico es muy peligroso, lleva consigo una gran felicidad y una gran tristeza.

Cuando se nos rechaza estando enamorados, hay personas que pueden matarse, o matar a

otra persona. Dicen que en el cerebro, el amor y el odio se parecen mucho. De hecho, si se analizan los ciclos cardíacos de una persona, no se puede apreciar la diferencia entre si una persona acaba de matar a otra o ha tenido un orgasmo. El amor y el odio son muy parecidos. La indiferencia es su contrario. Y hacemos las dos cosas: amamos a la persona y la odiamos al mismo tiempo. Y aquello por lo que suspiramos es la indiferencia. De hecho, el amor y el odio tienen mucho en común. Cuando odiamos, concentramos nuestra

atención tanto como cuando amamos, nos obsesiona pensar en ello. Tenemos una gran

cantidad de energía, nos cuesta comer y nos cuesta dormir. Y luego, o al final, casi siempre, llega la ruptura y la desesperación. Todo salta por los aires, y aparecen la tristeza y la depresión.

Me quedo embelesada escuchándola. Almudena me acaba de soltar un precioso rollo

que no sirve de respuesta a mi pregunta. Así que insisto. — Almudena, ¿qué me pasa?

Llevo meses sin sexo y sin buscarlo, sin experimentar sensaciones románticas, sin mariposas bailonas, sin tonto, sin nada. Y lo gracioso, es que los hombres me buscan, pero yo, amablemente, les ignoro.

—Y dime Cayetana, ¿sigues masturbándote?

—Sí, e incluso más frecuentemente. Es mi único paliativo.

— ¿Y en qué piensas para alcanzar el clímax?

—Pues en el miembro de un hombre, que me embiste con energía y vigor.
Imagino

que se mueve con garbo exclusivamente para mí. Pero no pienso en alguien
que surja del

recuerdo, ni tampoco siento durante el acto la añoranza de aquel hombre que
un día me haga acariciar las estrellas. Tampoco me aflora la melancolía por
aquellos besos almibarados unidos a caricias que provocan escalofríos y ni
me acuerdo del deseo de mirar a alguien a los ojos y sonreír después de...
Solo pienso que en ese momento necesito una

buena dosis de pene del club del gourmet, pero para eso ya tengo a mi
vibrador. En el fondo, me siento como Boris, mi yorkshire, que no conoce
hembra alguna y cuando está

en celo, con frotarse un peluche hasta el éxtasis le basta. Luego se queda frito
en su camita y se acabó el delirio, temporalmente. Pues ahora, mi vida sexual
es como la de mi Boris.

—No me puedo creer que no llames a tus amigos para tener sexo. ¿Ni siquiera
te lo

montas con tu cubanito?

—No Almudena, me hace sentir vacía, a pesar de lo justa que entra—dije

sarcásticamente— Me he vuelto melancólica, directamente pienso que no
quiero usarles como un hombre objeto, que no vale la pena hacer algo por
instinto animal. Para algo tengo a mi vibrador. Que por cierto, ¡¡es el Maserati
de los vibradores!!

Me ahorro entrar en detalles, pero a mi mente surgen muchas situaciones que
han cambiado: Cada vez que tomaba un avión o tren, solía fijarme en dónde
me sentaría mientras contemplaba a los pasajeros. Cazaba a aquel que iba
vestido elegante y deseaba

que nos sentaran juntos. Alargaba mi cuello para anticiparme y conocer su

asiento. Sin embargo, en mis últimos viajes, ni me percataba, permanecía entretenida con un libro o con mi iPad. No me di cuenta del cambio hasta que, de repente, un día, aburrída de leer, alcé e incliné la cabeza hacia el pasillo y me encontré con un guaperas en el umbral de los cuarenta, con mucha clase, orgulloso de su copioso cabello, el cual lucía repeinado hacia atrás con espesa gomina que disimulaba sus canitas. Calzaba unos náuticos recién estrenados, vestía pantalones de *Tommy Hilfiger* y presumía de unos gemelos de plata que quedaban perfectos con esa camisa hecha a medida, con el nombre bordado en el bolsillo. Tras muchos años de pija, sé distinguir entre los pijos de cada provincia, sabía

que aquel hombre era de Sevilla, aunque por su vestimenta pudiera albergar la duda de que fuera madrileño. Pero la forma en que tenía los brazos entrelazados y las piernas cruzadas, le delataban. De todos modos, no fueron todos estos detalles los que me llamaron la atención. Tan pronto como elevé la cabeza hacia el pasillo, recibí un susto al ver su cara mirando al techo y su boca abierta preparada para recibir aire estanco mientras su nariz emitía sonidos similares a un ronquido. ¡Dios, qué poco glamour! Fue en ese instante cuando me di cuenta de que había perdido la apatía por los hombres. Seguro que meses atrás llego a encontrarme con ese señorito andaluz y mojo mis bragas dejando un olor a sexo en toda mi aura. Fue entonces cuando empecé a analizar las propuestas y mensajes

sutiles de muchos de mis pretendientes, a los cuales, directamente había bloqueado de mis canales sociales, y otros tantos se habían aburrido de pedirme citas o encuentros a los que yo siempre tenía alguna gentil excusa para no asistir. Últimamente, les había cancelado las citas justo en el último minuto. A uno de ellos le llegué a ver entrar por el parking del centro comercial y con apremio, me escondí en una zapatería, le llamé por teléfono y le dije que, pensándolo bien, no tenía el día para nadie, que estaba susceptible por causas hormonales y él no merecía que nadie le tratara mal. Algo muy galante de mi parte, no es mi intención retener karmas ni tratar mal por disfrute o venganza, no es mi estilo. Pero, de alguna manera, lo había conseguido, ¡por fin me había licenciado en zorra!

Almudena me mira con cara de caso imposible, luego se acerca a mí y con voz fraternal me calma: —Cayetana, estate tranquila, no te pasa nada. Lo grave

sería que sintieras odio por los hombres. El sentir algo significa que hay algo que trabajar, pero sobreentendiendo que no sientes nada negativo por ellos, sólo desgaste. En tu caso, bueno, ya sabemos que eres algo extremista y cuando te metes en un papel, lo das todo...

—Es cierto, creo que si hubiera ido para puta hubiera sido la más trabajadora y las compañeras me odiarían— digo con arrojo.

— ¡Menuda comparación Cayetana! Eres auténtica. Siempre acabas haciéndome reír,

eres mi paciente favorita— dice sin poder evitar una buena risotada.

— Como me conoces, cuando me pongo, me pongo y lo hago con matrícula de honor,

sea algo beneficioso o nocivo. ¿Crees que aún queda algo de aquella pava que conociste?

— dije pensando que siempre he necesitado el reconocimiento de los demás aunque de buen grado supiera la respuesta.

—Evidentemente, querida, eso es lo bello, que nunca perdiste esa esencia. Porque nunca cambiamos, sólo nos superamos. Sigues siendo una pava, pero al menos ahora estás

licenciada en zorra y eso te escuda para no cometer muchos errores. Pero no te confíes, recuerda que tu esencia es de pava— dice mientras me acompaña a la puerta y coloca el

billete de cincuenta euros en mi bolsillo.

—Te he dicho mil veces que no te cobro la consulta. ¡Haremos trueque, así que ya sabes lo que toca! Busca un hueco en tu agenda para la semana que viene y resérvamelo

para mí solita.

Almudena me abraza cariñosamente, puedo atisbar en ella cierto orgullo por

mi

indiferencia hacia los hombres, pero también por el trabajo realizado durante meses. ¡Y

ahora es ella quien me pide que yo la asesore! Eso me hace sentir orgullosa de mi crecimiento personal. Así que salgo de la consulta de la psiquiatra Almudena Elliot, feliz de estar empachada. Feliz de estar apática. Me identificaba con aquellas personas que de la noche a la mañana se hacen vegetarianas y te dejan a cuadros, perpleja, puesto que les has llegado a ver comiendo pinchos morunos como si no hubiera un mañana... Pero ahora

están serenos, calmados, con un campo electromagnético lleno de buen rollo. En su vida

no existe el chorizo, ni el fuet y los huevos, ¡ni tocarlos! Yo también fui pecadora.

Durante unos mesecillos me había dado una buena panzada de embutido ibérico y de otras

naciones. Deduje que todo estaba relacionado con ser licenciada en zorra. Quizás mis conocimientos habían llegado a ser tan poderosos que ya era imposible sucumbir al género masculino.

Pero disculpa, yo siempre tan frenética que se me ha olvidado presentarme. Soy Cayetana Suárez de La Franca y soy una vieja rica pobre, una de tantas que viven en el anonimato. Pero, en mi caso, he podido sobrevivir al cambio, aunque me costó lo mío.

Ahora mismo, no cambiaría nada por ser la que soy. El término de vieja rica pobre, me lo he inventado yo, aunque sé que mucha gente lo usa. Es el antónimo de los nuevos ricos;

término usado generalmente para enfatizar el hecho de que el individuo se encontraba anteriormente en un nivel inferior en la escala de la [clase social](#), y cuyas nuevas riquezas le han proporcionado los medios para la adquisición de nuevos lujos que le eran imposibles de conseguir previamente. El término ha

sido usado despectivamente a lo largo de la historia con propósito de la distinción entre clases sociales, para describir a personas con riquezas recién obtenidas y que actuaban de forma vulgar y sin delicadeza para utilizar la riqueza de la misma manera que los viejos ricos, personas de familias que han sido ricos a través de muchas generaciones.

Hasta hace un par de años, tuve una vida privilegiada. Mis grandes preocupaciones eran despertar con la energía suficiente para ir al gimnasio, tratar de atenuar aquel granito en la barbilla derivado de mi ciclo hormonal, tener algún modelito que estrenar una vez a la semana, decidir dónde pasar las vacaciones de agosto, semana santa y, por supuesto, elegir bimensualmente mi propio coche. Esto último te puede parecer algo estrambótico,

pero no lo es, puesto que mi padre era el dueño de un concesionario de coches de lujo en Alcobendas. Vendíamos coches de importación, procedentes de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Casi todos los años elegía el mismo modelo; un mini *cooper*, diseñado a mi gusto, cada año con diferentes colores, siempre con toques muy femeninos. A veces no

llegaba a tenerlo más de dos meses, puesto que algún comprador se encaprichaba de él,

deseando regalárselo a su hija o amante. Porque mi padre era un verdadero lince en esto de saber vender y, al mismo tiempo, hacer feliz a su hijita. Con decirnos que mi primer coche llevaba en el capote una pegatina de *Hello kitty*. También tuve otro con la tapicería rosa con lunares negros. Aunque para conseguir coches así de cucos, tenían que ser marcas italianas. Los italianos son los únicos que saben convertir un coche en algo femeninamente *cool* y con gusto, aunque escasas mujeres quedaban embelesadas por tales acabados. Todo iba sujeto a la edad, a los diecinueve te parece súper guay llevar a *Hello*

Kitty en la capota, pero conforme te vas acercando a los treinta, adquieres más clase. Mi última adquisición fue un Audi A3 *Cabrio*, color blanco, el cual, según las lectoras del portal www.ellasconducen.net, fue catalogado como el coche más femenino del año 2009.

Es un coche descapotable de cuatro plazas con capota de lona, muy cómodo tanto si se conduce cubierto o descubierta. Dispone de una luneta trasera de

crystal térmico que ofrece una buena visión trasera. Y no sólo me transporta donde quiero sino que me colma

de paz saber que aun mantengo los vestigios de lo que una vez fui. Mi coche y mi apartamento en el Barrio Salamanca, son los mejores valores materiales que mantengo de

antes de la crisis.

Meses después de que me encaprichara del Audi *Cabrio*, mis padres me dieron la triste noticia de que iban a cerrar el concesionario. 2012 fue un año nefasto para los vendedores de vehículos. Subió el IVA, la gasolina estaba por las nubes, la dificultad de financiación crecía y los sueldos, de quienes conservaban su trabajo, seguían estancados.

No eran tiempos para estrenar coche, además, la caída de las ventas había comenzado a notarse hacía ya cuatro años. Papá fue inteligente y se gestionó una jubilación anticipada y para tener algo de dinero de colchón, vendió el piso de Alcobendas. Su asesor le animó a hacerlo antes de que los pisos se devaluaran mucho más. Ahora viven en una casa solariega de Santander, son felices y yo soy feliz por ellos. Les adoro, me lo han dado todo, demasiadas cosas quizás y por eso me costó entender lo que vale un peine. No es que fueran asquerosamente ricos, pero mis abuelos algo sí lo eran. Ellos fueron los que se encargaron de pagar mi educación en el colegio *St Patrick* de La Moraleja, y el piso del barrio Salamanca, me lo dejaron exclusivamente a mí en herencia. Así que con casi treinta años, no había necesitado currarme nada en la vida. Aparentemente, fui la asistente de mi padre, y de alguna forma lo era, pero, rara vez, cumplía con las ocho horas estipuladas de cualquier trabajador. Nunca me preocupó llegar a fin de mes, tampoco me cuestionaba buscar otra vocación. Fui una privilegiada hasta que pisé tierra con unos zapatos de *Primark*. Pero, para ello, quedan algunos capítulos. Sigamos contando.

Mi vida no se hundió al saber que mis padres cerraban el concesionario. Mi reacción

fue bastante buena, puesto que nada cambiaba mis planes de boda con Beltrán. Él provenía de una conocida estirpe de cuna rica, terratenientes con títulos

nobiliarios. En menos de ocho meses iba a ser la señora Izar de Lafuente. Quería ser madre antes de los

treinta y Beltrán adoraba los niños, así que, nada era casual. Pensé en concentrarme en los preparativos de la boda, la cual llevaba ya un par de meses organizando y entre tanto, convencer a mi novio de que la boda fuese por la iglesia. Íbamos a acondicionar la finca que los abuelos de Beltrán tenían en Guadalajara. Para él era el marco perfecto para hacerme pensar que una boda civil era lo más moderno romántico y práctico. Yo siempre

tuve ilusión de casarme en la catedral de la Almudena, como Letizia y Felipe y como muchas de mis amigas, o como último recurso, en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha,

que es donde bautizan a príncipes e infantes de España, pero mi chico era totalmente anticlerical. Lo que más ilusión me hacía era salir en la revista *HOLA*, en la parte donde salen enlaces matrimoniales de familias adineradas (siempre detesté que esas dos páginas fueran en blanco y negro) Ya imaginaba la foto de mi padre llevándome al altar y mi

suegra con su pamele, embelesada, mirando a su hijo vestido de chaqué. Moría por ver aquel titular: “Enlace matrimonial de Beltrán Julián Izar de Lafuente y Cayetana Suárez de La Franca”

Andaba yo pensando en todas estas cosas, cuando me dirigía a tomar el *Brunch* con mis amigas las gemelas Margarita y Adelaida Sáez de Cortázar. Las tres habíamos experimentado tantas cosas juntas, desde ponernos el primer tampón, fumarnos el primer

peta, contarnos cómo fue el primer beso, posteriormente hablar de la experiencia de aquella primera vez. Habíamos compartido los momentos más dulces y amargos de nuestras vidas, conocíamos nuestros talentos y nuestras sombras y, ahora, ¡Íbamos a casarnossss! Bueno, Margarita no se iba a casar, de hecho presumía de ir de flor en flor sin enamorarse. Su hermana Adelai— así llamábamos todos a Adelaida— iba a casarse en menos de tres meses y yo, estaba más implicada en la organización que su propia hermana. Quizás porque la mía se acercaba y así me servía de experiencia, pero esencialmente, porque se me daba genial, tenía un olfato muy afilado y empatizaba muy

bien con los deseos de la novia, claro, no en vano era mi amiga. Casi todos los flecos estaban atados, sólo faltaba organizar la *beauty party* y la despedida de soltera en Londres, concretamente, en uno de los barrios más *posh*, Richmond.

Aquel mismo miércoles en el centro termal Watson, iba a tener lugar nuestra *beauty*

party. En ciudades como Londres o París, está ganando tendencia las *beauty party* entre las aspirantes a novias. En España todavía no es popular, excepto en círculos exclusivos.

Consiste en un evento de lo más *cool*, provisto de actividades muy de “chicas”. Nada más entrar, las invitadas participan en el *photocall*, a continuación las señoritas azafatas ilustran a las damas, sobre las ventajas terapéuticas del centro y explican en qué va a consistir la *beauty party*. Se empezaría en el *nails bar*, mientras tomaríamos unas deliciosas fresas con cava. Las *esthéticienne* nos haría la manicura y la pedicura, después vendría el momento del *flash* facial. A continuación pasaríamos al circuito termal, jacuzzi, ducha escocesa y masaje descontracturante. Todo amenizado con música de ambiente y copas de cava. Y, para terminar, un succulento almuerzo para reponer fuerzas:

cava, jamón serrano, cucharitas de salmorejo con brotes de alfalfa, piruletas de queso de cabra con mermelada de arándanos. Y, de postre, miniatura de *brownie*, exquisito helado de vainilla con virutas de chocolate... En el pack de Adelai, habían incluido también una

bolsa con cremas de la marca *Natura Bisé*.

Estaba pletórica por explicarles todo esto a mis gemelas, se podía intuir mi alegría y

entusiasmo mientras las saludaba desde lo lejos conforme me acercaba a la terraza del restaurante donde habíamos quedado. Yo contoneaba mis caderas con el apremio que mis

Jimmy choo's me permitían. Podía atisbar que hacían cara de pocos amigos. Las conocía, querían decirme algo, y no sabían de qué forma.

— ¡Preparadas para la *beauty party*, princesitas!— grité tratando de animar un poco el ambiente. Pero ellas se comportaban como si en vez de una *beauty party*, fuéramos al tanatorio de la M30.

Adelai tomó mi mano y mirándome con ojos bovinos me dijo: —Cayetana, sabes que te queremos como si hubieras compartido bolsa amniótica con nosotras, por ello, no podemos ocultarte nada. Solo quiero que sepas, que estamos dispuestas a cualquier cosa por ti y que si sientes que no es el momento, estoy dispuesta a aplazar la boda con Jacobo.

Todo me parecía algo exagerado. Mis padres habían cerrado el concesionario, pero no

se habían declarado en bancarrota. Habían sido solventes con sus empleados. Bueno sí, yo ya no era de su clase, había perdido un sueldo mensual y tenía que buscarme la vida, ¡pero eso se iba solucionar con un enlace matrimonial!

—Chicas, estoy bien. No pasa nada. La crisis nos ha azotado a todos. Sólo hay que

adaptarse. Seguro que de esto sacaré algo positivo, ya veréis.

—Cayetana, no se trata del asunto de tu familia. Te queremos hablar de otro asunto

que te concierne mucho. Se trata de Beltrán— dijo Margarita serenamente.

— ¿Cómo que de Beltrán? ¿Hay algo que vosotras sabéis de mi novio y que yo desconozco?

—Parece ser que sí, amor. Es algo delicado y no sabemos cómo empezar.

—Pues por el principio Maggie, no os andéis con rodeos— dije sintiendo mi corazón

en mi faringe.

—Cayetana, el pasado sábado, mi prometido y yo, fuimos a un local liberal, parecido

a un local de intercambio, pero en este, solo te exhibes con tu pareja, hay total respeto y no se intercambia nada con otras parejas. Allí, sorprendentemente, nos encontramos con Beltrán— dijo Adelaida moviendo sus párpados y poniendo cara de circunstancias.

— ¿Beltrán? El pasado sábado mi Beltrán tenía fiesta de cumpleaños con sus amigos

de rugby.

—Bueno, perfectamente podía pasar por jugador de rugby la pareja de Beltrán.

—¿Cómooooo? ¿Qué?, ¡sé más explícita!— dije acalorada.

—Beltrán no estaba con una mujer, querida Cayetana. Estaba con un hombre. Y se lo

estaban pasando muy muy bien. Teníamos miedo de que tomaras represalias con nosotras

y que nos odiaras, nos resulta muy embarazoso contártelo, pero peor era callarlo para siempre.

—¿¿Quieres decirme que mi prometido, mi novio, aquel ser encantador el cual hace

menos de seis meses me pidió matrimonio, aquel que está deseoso de dejarme en cinta, es

gay??

—¡¡¡Te lo juramos por Catalina Quesada!!!— afirmaron las dos al unísono.
(Catalina

Quesada era la cirujana que nos había operado a las tres de implantes mamarios y a las gemelas les había quitado las cartucheras y operado la nariz. Era nuestra diosa, nos encantaba el trato tan cariñoso y la perfección de sus operaciones. Nuestros pechos eran naturales, no parecían operados, no eran

dos balones de *Nivea* como muchas otras

cirujanas pecaban hacer. Desde hacía tiempo, acostumbrábamos a jurarlo todo por ella, puesto que era nuestra Diosa de la belleza y como proveníamos de familia religiosa, nos

disgustaba jurar por Dios).

—Tengo que verlo con mis propios ojos, no me lo creo, chicas. Dime, Adelai, ¿os vio

a vosotros?, porque si os vio, sabe que me debe una explicación.

—No, no, qué va, tan pronto como Jacobo y yo le vimos, abandonamos el local, la fiesta se había terminado. No tenemos pruebas. Nada más entrar nos pidieron que dejáramos los móviles y cámaras custodiadas en el guardarropa, es una forma de proteger

la intimidad del cliente.

Mi mente quedó obstruida de pensamientos, conclusiones y teorías que hacía tiempo

me negaba a que tuviesen sentido. Nunca me atreví a contárselo a mis gemelas, pero detestaba los cunnilingus de Beltrán. Era un torpe haciéndomelo, no sentía nada de nada, de hecho, la última vez, mientras estaba haciéndomelo, me pilló limándome las uñas.

Además, en nuestra última fiesta de *tapersex* de chicas, adquirí un fantástico arnés ajustable fabricado en látex de primera calidad. Tenía la forma de un vigoroso pene que bien lubricado, se abriría paso sin problemas, gracias a su deslizante material. Estaba diseñado específicamente para mujeres que desearan realizar penetraciones, sobre hombres o mujeres indistintamente. Beltrán se sintió algo atacado cuando le mostré mis intenciones. Algo que no me sorprendió en absoluto, casi me había acostumbrado a su aburrida percepción del sexo “a lo misionero“, pero, aun así, nunca di la batalla por perdida y, mucho menos, ahora que nos íbamos a casar.

Siempre vi a Beltrán algo afeminado, pero al mismo tiempo, lo atribuí a sus maneras

de alta alcurnia. Me costaba creerlo, pero mis queridas gemelas eran de fiar. Habíamos compartido dolorosos postoperatorios en los que el dolor nos volvía demonios, sesiones de peeling en las que no podíamos salir de casa porque parecíamos lagartos. Recuerdo mi último peeling; salí de la cabina de la *esthéticienne* con una mascarilla de textura corrosiva de color moco. ¡Parecía que tres tíos se hubieran corrido en mi cara! Debía llevar la mascarilla unas ocho horas. Las gemelas vinieron a recogerme al centro de estética y permanecieron conmigo durante las ocho horas, viendo pelis, probándonos vestidos, viendo fotos de cuando éramos pequeñas. Creía en su palabra, eran los seres más generosos e incondicionales que jamás hubiera conocido, pero necesitaba más datos.

—Cuéntame Adelai, ¿Qué diablos hacía mi novio con el supuesto jugador de rugby?

— pregunté indignada.

—Cari, ¿por qué me haces esas preguntas? Imagínatelo Caye, ¡Imagínatelo!— dijo

Adelai con voz ñoña.

—Dime, ¿Quién le daba a quién?

—¡¡¡Pero tú eres masoquista, Cayetana!!!— dijo enfadada Margarita. —
Beltrán

estaba metiéndosela... por eso no vio a mi hermana, porque estaba atareado
envistiendo al

musculitos.

—Maggie, por qué le hablas así a nuestra Caye, ¿podrías tener un poco más de tacto?

Ponte bajo su piel Maggie, creo que tu tono está siendo duro...

—No Adelai, tenemos que llamar a las cosas por su nombre, sin rodeos, luego ella que tome la decisión que quiera. Nosotras siempre estaremos apoyándola en todo, pero en

un tema tan delicado, Adelai, no podemos ser sutiles— dijo mientras me tomaba de la mano.

—Cayetana, Beltrán nunca afirmará su condición homosexual, su familia es demasiado conservadora, los mataría en vida, lo negará por activa y por pasiva—interpeló Adelaida.

—Y ¿qué quieres decir con eso, Adelai? ¿Debo aceptar su condición? ¿Debo ser yo

su maquillaje hasta que se decida a salir del armario? Yo quería darle hijos, chicas, de hecho, llevo ya tres meses tomando ácido fólico. ¡Cómo voy a consentir que mis retoños

vivan con esa farsa! No, no podría, chicas, no soy capaz de aceptar semejantes condiciones. Hablaré con él, cancelaremos la boda, cancelaremos invitaciones,

cancelaremos planes— dije moviendo las manos sin control y ocultándome con las palmas

mi rostro, mientras rompía a llorar sin control. No entendía nada. Quería morir. Mi vida, mis sueños, todo se había desmoronado cual ola destruye un castillo de arena. Mi historia, mi romance, mi futuro, habían dejado de existir. Y ahora: — ¿Qué hago? Decía una y otra

vez.

Pasé horas y días insoportable, monotemática, pensando en Beltrán, mi carita de ángel, como yo le llamaba... esa carita dulce, imberbe, ese pelito perfectamente peinado.

Esas maneras silenciosas, ese color de su piel, todo el año, ni muy pálida ni

muy morena.

Ese rostro de niño que nunca había llegado a envejecer, esa sonrisa picarona, con esos pectorales. Recordaba su torso desnudo encima de mi cuerpo, mientras yo mesaba su fino

cabello. Me gustaba cazarle en la bañera, poniéndose exfoliante facial de la marca *Clinique*, para preparar así su piel al afeitado. ¡Ay Dios!...su rollo metrosexual, me ponía tanto, ¡era por eso por lo que le deseaba!... ¡Dios, es que estaba tan bueno!...Y le seguía deseando. ¡Mi niño...qué cabrón! ¡Qué hijo de su santísima madre...! ¡Qué ganas de matarle! ¡Qué pava Cayetana, qué pava!

Maggie y Adelai estuvieron acompañándome en mi pena, es más, permanecieron

recluidas en mi habitación, la tarde en que cité a Beltrán en mi apartamento. Habían pasado ya dos días en los que había hecho caso omiso a mi prometido, llorando sin encontrar consuelo alguno. Decidí que era el momento de enfrentarme a la situación.

Vislumbraba mi rostro frente al tocador. Mi cara parecía un espejismo de lo que una vez

había sido. Mi rostro estaba nublado por agotamiento y decepción. Mi cabello estaba sujeto por un ancho turbante negro de espuma y ni siquiera recordaba cuándo había sido la última ocasión en la que me había cambiado de ropa interior. Las gemelas me arrastraron

hasta el cuarto de baño, me obligaron a darme un relajante baño de espuma con sales.

Maggie colocó dos rodajas de pepino en mis ojos para atenuar mis ojeras y colocó una mascarilla de tacto fresco, que, según ella, tendría efecto flash en mi cara. No entendía

para qué demonios hace falta tanta parafernalia. Iba a romper con mi novio porque había descubierto que era homosexual. De nada serviría que me viera

radiante. Yo no tenía pene, no podía competir con sus amantes.

—Cariño, tienes que esmerarte para que se lleve un buen recuerdo. ¿Qué prefieres?

¿Que te vea exuberante o muerta de asco? ¿Qué crees que le va a joder más, querida?

Supongo que si me ve mal, vivirá con dicha pena toda su vida, prefiero que me vea hecha

una braga, que le remuerda la conciencia toda su vida.

—Cayetana, tú eres pava, tía ¡no entiendes nada! De verdad, no queremos que des pena.

—Pues no, no entiendo nada, ni quiero entender.

A regañadientes, cedí a ser vestida perfumada y maquillada por las gemelas Sáez de

Cortázar. Y a pesar de mi reticencia, terminé perdiendo la batalla cuando me miré al espejo y vi que iba vestida para triunfar con aquel precioso vestido rojo y maquillaje de guerrera.

— ¡Por los clavos de Cristo, chicas!, ¡Si parece que me voy a una importante recepción!— dije, victimizándome y con tono colérico.

—De eso se trata, querida. A partir de hoy, oficialmente y de forma innegociable, dejas de ser la futura señora de Izar de Lafuente. Y, el muy marica redomado, si algún día llegó a quererte, deberá lamentarlo toda su vida. Por ello debes lucir espectacular, *darling*.

—Chicas, tengo ganas de hacer popó— dije tocándome la barriguita.

—Eso son los nervios. Venga, enciértrate en el baño un rato, pero ¡Ocúpate de permanecer sentada en la taza! ¡Ni se te ocurra quitarte el maquillaje o tocarte el pelo!

¡Con lo que nos ha costado dejarte así de guapa!

—Vaya, gracias por decirme que tenía un aspecto patético.

—Pues sí, lo tenías. Sabes que ni yo ni Margarita somos falsas.

—Chicas, no sé qué hacer ahora con mi vida. Tamara me ha sugerido que me vaya con ella unos días a Filipinas con su abuela.

— ¿Tamara? ¿La hermana de Chabeli y Enrique?

—Sí, vive justo en el ático del edificio de al lado. Es súper maja, súper espontánea y

divertida, aunque un poco mística.

— ¡Cómo se te ocurre decir que te vas a Filipinas! ¡Tú no sabes lo que dices!
Eres mi

dama de honor, tienes que seguir organizando mi boda. En dos semanas es mi despedida

en Richmond y no puedes fallar. Si quieres, le dices a Tamara que se venga con nosotras a Richmond.

De pronto, el telefonillo sonó, sin permitirme si quiera esconderme en el baño para intentar evacuar. Supuse que los mismos nervios, contendrían aquello que deseaba pronto

que fluyera. Las chicas gritaron efusivas mientras se escondían en el dormitorio. Beltrán llegó preocupado, sin saber qué sucedía. Traía un gigantesco ramo de flores que acentuaba aún más su cara de circunstancias. Boris empezó a ladrar, saltar y mover el rabito a velocidad incontrolable. Con la efusividad de Boris, era imposible poder priorizarme en atenciones e, inexorablemente, tuvo que entregarle a ésta el ramo de flores, como si de un estorbo se tratase y tomar en brazos a su pequeño Boris, para calmar su excitación. Ambos se adoraban.

—¡Wooow Cayetana, estás guapísima! — dijo el que todavía era mi

prometido con

ojos de deseo, mientras achuchaba a Boris.

—Gracias por las flores, aunque todavía no entiendo la finalidad de éstas. ¿Qué llevan sujetas estas flores?, ¿un perdón? ¿Una explicación?

Como siempre, él, tan guapo...y de nuevo me lo imaginé con un hombre, no haciendo

el sexo, pero si tomándole de la mano o dándole un morreo de película. Y no me dio rechazo la visualización. Es más, si yo fuera hombre y gay, hubiese ido a por él.

—Ni yo mismo lo sé, Cayetana. Sólo las traje para apaciguar las aguas. Hace dos días

que no contestas mis llamadas ni mis mensajes. No sé qué sucede, cariño— dijo intentando acercarse a mí y tomarme en sus brazos. Entre tanto, me alejé, evitando tenerle cerca, porque dudaba si darle un tortazo o machacar su pecho con mis puños y llorar en su torso como una niña. Traté de mantener la compostura. Las chicas tenían razón: el maquillaje y la ropa de mujer fatal me daban fuerzas para mantenerme serena y fría. Tras un inquietante silencio y mientras yo evitaba el contacto visual me atreví a hablar. —

¿Recuerdas los nombres que teníamos pensados para nuestros hijos?

—Claro que lo recuerdo, bueno, con el de la chica, no nos ponemos de acuerdo, tú dices Ivonne yo digo Cintia. Pero con el niño, no hay duda, se llamará Pelayo ¿verdad?—

respondió con una dulce sonrisa cómplice que, muy a su pesar, no era correspondida.

—Pelayo, eh... ¡Con que Pelayo!

— ¿Qué ocurre Cayetana? No entiendo nada.

— ¿De verdad hubieras sido capaz de darme hijos y de aparentar una vida

idílica mientras paralelamente tuvieras otra vida?

—No entiendo nada, Cayetana.

— ¡Sí lo entiendes! ¿Me hubieras dejado con los niños en casa un sábado, mientras tú

te lo montabas en un local liberal, con cualquier jugador de rugby que te regalara su culito?

El rostro de Beltrán quedó congelado, asustado, como si toda su vida pasara por delante de él. Permaneció débil y avergonzado ante mí, no tenía valor para negarlo, ni siquiera para dar una explicación, algo que me provocó un grito de enfado.

—¡¡Dimeeee!! Dime que yo solo fui para ti una tapadera. ¡¡Dímelo cobarde!!
¡¡Qué

digo cobarde, Marica!! No tengo nada en contra de los gays, pero sí de los que se

avergüenzan de su condición y encima se inventan una familia idílica para tapar el escándalo. ¡Eres un cagado!— grité mientras estampaba el ramo de flores en sus narices.

Boris agachó las orejitas y el rabito, con su patita abrió la puerta del dormitorio y haciendo caso omiso a las gemelas Sáez de Cortázar, se escondió debajo de la cama.

Beltrán permaneció bloqueado ante mi actitud. Al menos no se hizo el mártir, ni se puso a la defensiva, avergonzado agachó la cabeza en gesto de culpa.

—Cayetana, siento mucho haber sido tan cobarde, lamento horrores la percepción que

te queda de nuestra relación. Solo quiero que sepas, que, de algún modo, te he amado y me he sentido honrado por poder ser tu futuro esposo. Me hubiera encantado ser el padre de

tus hijos. Te puedo asegurar que hubiera sido un padre ejemplar, y que no te hubiera faltado de nada. Con esto no pretendo convencerte de que sigamos adelante con el enlace.

De hecho, me siento aliviado de llegar a este punto, porque tienes razón, no merecías que yo llevara una vida paralela. Nadie merece cargar con mi cruz, solo yo. Nada es casual—

¿No crees?

No me sorprendía su relajada actitud. Beltrán siempre era así. Nunca le había visto sacar su carácter, era un hombre sereno y sumiso que disfrutaba haciendo feliz a la gente de su alrededor. En nuestras discusiones, me convertía en una mujer de carácter Mediterráneo. Mis enfados eran a la siciliana, estampando objetos frágiles contra las paredes. Una vez, incluso me cargué un cuadro, lo partí por la mitad, gritaba, pataleaba lloraba, todo con gran intensidad. Sin embargo, él, siempre era el gran pacificador. La de veces que anhelé que me siguiera el rollo, que me dislocara un brazo al tratar de poseerme para que se me pasara el enfado. Estilo broncas pasionales de las pelis, en las que terminan con un rabioso beso mientras el varón la empotra en la pared y a continuación le arranca la ropa poseyéndola sin piedad. Pero Beltrán siempre era una balsa de aceite. Sentí que tenía la batalla perdida. Esta vez no merecía la pena gritar, llorar o patalear. Tampoco quería humillarle, bastante había hecho con estamparle el ramo en su cara. Decidí callar y escuchar sus argumentos sin interrumpirle. Me acerqué al mueble bar del salón y le entregué una preciosa cajita de *Tiffany's*, donde había guardado el anillo de compromiso.

—Toma, esto te pertenece.

—No, Cayetana, es tuyo— dijo cerrando mi mano en forma de puño. — Nunca habrá

en mi vida una mujer a quien regalarle una joya. Quédatela tú, por favor. Si no quieres recordarme, véndela o regálala.

Su rostro estaba desencajado, su cabeza miraba al suelo, como si, desde su coronilla,

sujetara el mundo entero. No era tonta, sabía lo que le atormentaba y supe de inmediato, que iba a pedirme un último deseo.

—Sólo quiero pedirte un favor, Cayetana. Me gustaría que esto quedara entre nosotros. No fui cobarde en admitirte mi verdad, de hecho, ni siquiera he querido saber cómo la descubriste. Pero, todavía no me siento preparado para confesar a mi familia mi

condición de homosexual. Quería sólo pedirte ese favor. No sé si es mucho pedir, ahora mismo, no se me ocurre un motivo, quizás el mejor argumento sea que nos hemos dado

cuenta de que nos queremos más como hermanos que como pareja. Sé que con esto vas a pensar que soy un marica. Sí, lo soy, pero...ya sabes cómo son mis padres.

— ¿Sabes? pensándolo fríamente, estoy contenta de no pertenecer a la familia Izar de

Lafuente. Lo respeté hasta hoy, pero ahora, tras pensar en la agonía que vas a pasar, condeno el carácter fascista, homófobo y sexista de tu familia. Por ello, respetaré tu decisión, aunque en el fondo esté con el alma rota, muerta de dolor y rabia. Te sigo amando, Beltrán. Y me da pena que seas infeliz.

Súbitamente, escuché como si mi alma saliera de mi cuerpo y pudiera verme desde el

otro lado, me sentí como Belén Esteban en Sálvame, volviéndome melodramática y algo

contradictoria en mis argumentos. Pero quería decir todo lo que pasara por mi cabeza, no quería dejarme nada en el tintero. —Has jugado con mis sueños. Me has usado como tapa

poros, ¡iba a ser tu mujer florero! ¡No quiero si quiera pensar, que me has estado usando durante todos estos años como la perfecta coartada! Y si te soy sincera, me muero de ganas de que tus padres y tu entorno entero, descubran

quién es el verdadero Beltrán. El hombre perfecto, el amigo que siempre gana al pádel, el director de banco ejemplar, el novio al que todas las chicas envidian, y, para finalizar, ibas a convertirte en el padre perfecto.

De nuevo afloraba la lágrima fácil e incontrolable, mi alma estaba rota y no podía esconder tanto dolor.

—Cayetana, tienes mucha razón en todo. Sé que es banal que pronuncie un “lo siento”. Me encantaría darte un fuerte abrazo y llorar en tu hombro, que cada uno secara las lágrimas del otro, despedirme de ti, del olor afrutado que desprende tu piel. Pero me iré sin hacerlo. Bastante me otorgas con tu silencio. Pienso que el tiempo lo cura todo y pronto la vida nos unirá con ese abrazo lleno de calor fraternal. ¡Te quiero, Cayetana! ¡Te quiero mucho! No dudes en pedirme cualquier cosa. Movería cielo y tierra para hacerte feliz.

—Márchate Beltrán— dije con el rostro empapado en lágrimas.

Y Beltrán, que seguía sintiendo su cuerpo pesado, marchó moviéndose a cámara

lenta. Salió encorvado, sin un adiós.

— ¡Y que no me entere yo de que ese culito pasa hambre! — Grité satíricamente, enfadada y perdiendo los estribos, mientras estampaba contra la puerta lo que quedaba de aquel estúpido ramo de rosas.

Las chicas salieron de la habitación, una de ellas llevaba a Boris en brazos.

—Te hemos escuchado, con nuestros cuerpos quietos como estatuas de sal. Estamos

orgullosas de cómo te has desenvuelto, Cayetana. —dijo emocionada Adelai.

— Aunque sin nosotras, Caye... Apuesto que te hubieras hundido ante sus brazos, llorando como un bebé. —dijo Maggie mientras tiraba de mi vestido.

Maggie siempre era algo dura en sus argumentos, muchas veces había sido testigo de

cómo Adelai le daba patadas pisotones o guiños, para que controlara esas verdades tan duras y a veces innecesarias. Pero era cierto, el vestido rojo, los labios color escarlata, el maquillaje, la ducha, los consejos y el apoyo de las chicas, me habían dado el coraje que necesitaba. Me sentía tan estúpida, tan vulnerable. Solo llevaba saliendo con Beltrán tres años y siete meses. Era mi récord. Anteriormente había besado unas cuantas ranas, me había ido fatal con los hombres. Pensé que con Beltrán, sería arena de otro costal...y sí, de algún modo, lo fue. Me habían tomado muchos hombres el pelo. Desde robarme dinero,

usarme como objetivo de una apuesta al póker... e incluso, una vez, casi acabé en la cárcel por amor y cohecho, y para rematar ¡¡¡esto!!! Era una pava. Sí, eso era yo, una pava.

—Me siento tan pava, tan estúpida...—dije a mis gemelas Sáez de Cortázar

—Caye, no es por nada, eres una mujer inteligente...pero a veces, eres tonta. Muchos

hombres juegan al máximo contigo, porque se piensan que no eres tonta, sino que te haces la tonta. Que te ríes y haces reír...La gente te toma por fría. Dice: “mira esta pija materialista...” Y algo así es lo que ven. Debes forjarte una coraza. Debes...licenciarte en zorra. Aunque sea sólo de puertas para afuera... Me duele que te tomen el pelo, Caye —

dijo cariñosamente Adelai.

— ¿Y cómo lo hago, chicas? ¿Cómo leches me licencio en zorra? Con vosotras al lado, es fácil, simplemente me dejo llevar...pero luego sola, una sonrisa, una emoción... y

suelo tener más de conejita que de zorra.

—Para empezar, empieza a pasártelo bien. A disfrutar. Ya está bien de ser puritana,

¡ten simplemente amantes! Sal con chicos, hazles creer que les das todo, pero dales hasta donde quieras. Juega, pero juega con carácter, con el cerebro. —

contestó Maggie.

— ¡Esa no es la forma Maggie!— replicó su hermana. No debe hacer daño a nadie,

solo ser un poco menos generosa en sus sentimientos y algo más desconfiada. Pero en algo estoy de acuerdo con mi hermana. Suéltate algo más la melena, ten un poco más de sexo.

Eres de nosotras la más reprimida y ¡estás buena, recórcholis! Los treinta son perfectos para llevar una vida sexual plena. Creo que debes aprovechar tu nuevo estado de soltera

para convertirte en una zorra experta.

Me entró un gran bajón. Realmente la única función que deseaba destacar como licenciada en zorra era la de gritar a los cuatro vientos que Beltrán era un marica. Juro por Catalina Quesada, que hubiera sacado la cabeza por la ventana y hubiera gritado hasta quemar mis cuerdas vocales que me habían traicionado. Después me hubiera plantado en

su casa de La Moraleja y le hubiera dado un buen disgusto a su familia. Sí, quería joderle un poco su vida. Pero las chicas me explicaron que ser zorra no funcionaba así, que la venganza llegaría en su momento, justo cuando no lo esperase. Estaba cansada y deseaba

que se fueran, desmaquillarme, quitarme ese disfraz de pava licenciada en zorra, enfundarme mi pijama, bajar las persianas y dormir hasta que mi corazón se curase. Una

mirada bastó para que las gemelas Sáez de Cortázar se despidieran sellándome la frente con besos sonoros como los de las ancianas.

Me quedé sola ante mi tocador, mirando mis ojos empañados de una pasta hecha de

lágrimas y rímel, tomé mi frasco de perfume, una preciosa botella con una base casi esférica y una tapa dorada que imitaba la forma del cuello de mujer

tailandesa o birmana de la tribu *Padaung*. Un perfume conocido comercialmente como *DIOR J'ADORE* y también por el glamoroso anuncio del perfume protagonizado por Charlize Theron. Lo sujeté en mi mano derecha y con rabia y furia grité: — ¡A Dior pongo por testigo de que

un hombre jamás me tomará por pava!, ¡Jamás, jamásss!

Mi cuerpo estuvo en estado durmiente durante una docena de horas. Al despertar, me

sentía vacía, rota de dolor y con las sábanas de la cama manchadas de sangre. Asustada me fui al baño, pensando que había cometido un asesinato y mi mente había borrado las

pistas, hasta que bajé mis bragas y comprobé que era una mujer. Sí, una mujer rota que se desangraba. Sentada en el inodoro, quedé contemplando el dantesco escenario de mis bragas, como si estuviera hipnotizada. Trataba de recolocar los sentimientos. No existía ira en mi interior, tampoco venganza. Solo un oscuro vacío desesperanzador. Estaba sentenciada. Beltrán era el cuarto hombre que me traicionaba. Sentí desgaste y agotamiento, nunca más daría una oportunidad a un hombre, nunca más me sacrificaría por conocer a un hombre o por darle mi vida, nunca. Y, sí, nadie conocería a la pava de

Cayetana. El traje de zorra lo sabría llevar tan bien como Diana, la mala de la serie

“Uve”.



No hay mal que por bien no venga. La ruptura y decepción amorosa con Beltrán me

había agitado el alma y cambiado mi percepción. Me había propuesto darle un giro de

180° a mi vida. Sí, iba a ser una licenciada en zorra. Iba a empezar a decir palabrotas y volverme algo desinhibida.

Los cimientos de mi educación se habían asentado con un estrecho vínculo a la religión católica. La iglesia fue mi mejor refugio. Mis padres se conocieron a una edad tardía, cuando ya no pensaban que el amor les fuera a dar una oportunidad. Papá era un

hombre extraordinariamente inteligente y talentoso. Desde muy joven ya hablaba tres idiomas. Su gran vocación era convertirse en sacerdote. Estudió teología en la Complutense de Madrid. Era muy ambicioso, no se conformaba con ser un simple sacerdote. Quería ser obispo, arzobispo y pensaba dejarse la piel para ascender. Estuvo seis años en el Seminario de la capital, fue destinado a Roma y ordenado cura. Tras unos meses en una iglesia de la capital italiana, sorprendentemente, fue llamado por el mismísimo Vaticano, donde solo permaneció un par de meses, pues no todo era como esperaba. Nunca me contaron nada, pero creo que vivió de cerca algún episodio de homosexualidad o pederastia. Su percepción de la vida cambió. Volvió a Madrid, montó el

concesionario de Alcobendas y al cabo de un año conoció a la mujer de su vida, mi madre, con la que solo tardó seis meses en casarse. A pesar de todo, mis padres siempre pensaron que la religión católica sería el mejor legado que podían dar a una hija. Afortunadamente, siempre me encontré con gente sana, humilde, sin dobleces, sin maldad. Feligreses que se desvivían por ayudar a los pobres, que tenían un concepto de amistad puro, que no entendía de egos. Conozco perfectamente los matices sectarios eclesiásticos, pero no existían en mi círculo. Por ello, mi vida, hasta hacía poco, había sido un valle plagado de rosas sin espinas y a causa de ello, era una pava, como decían mis gemelas Sáez de Cortázar.

Cuando me independicé, empecé a frecuentar menos la iglesia y desde que mis padres

se habían mudado a Santander, estaba siendo algo más pecadora. Me di cuenta

de que andaba por la vida como un ser lleno de luz, sin armadura. Había estado viviendo en una

burbuja de cristal, donde todo era bonito y bello, donde se podía confiar en la gente, donde reinaba el amor incondicional y la generosidad. Pero empezaba a darme cuenta de que la

gente no era tan buena, de que las sombras absorben la luz. Entendí que debía hacerme con un escudo, protegerme. Todas estas conclusiones caían sobre mí, sintiéndome pesada,

cansada y algo decepcionada con la vida tan utópica que hasta ayer había tenido. Para colmo, tenía que buscar un trabajo. ¡Dios qué tormento, si no sé hacer la “o” en un canuto, me decía flagelándome algo más. Tenía ahorros, pero con mi tren de vida, durarían poco.

Pero como decía *Queen* en su canción, “el espectáculo debe continuar”. Se lo debía a mi Adelai. Ella se confesaba una negada en el arte de organizar su boda. Yo le había prometido hacerme cargo de todo. Terminar de cincelar los últimos toques de aquella inolvidable fiesta, iba a ser una perfecta cura para olvidarme del desamor. De hecho, estaba siendo una pre-boda inolvidable, evasiva, reparadora y vocacional. Cuando llegué a Heathrow, me sentía fresca alegre y lozana. Hasta había olvidado mi pasado.

Adelaida Sáez de Cortázar había ingresado en mi cuenta una generosa cifra para sufragar los preparativos de la boda. Las gemelas eran hijas de Agapito Sáez de Cortázar-Iñiguez de Tejada, conocido presidente de un importante banco español que había hecho

crecer su entidad en México y China. Agapito también era propietario de cines, productor de películas y accionista en un canal de televisión. Sus hijas llevaban saliendo en las revistas del corazón desde su nacimiento en la clínica Ruber Internacional. Aún mantengo en la retina, aquella imagen de ellas uniformadas, jugando en el patio y lo escoltas disimulando en la puerta.

Llegué a Londres sola, unos días antes de la celebración. Había conseguido

organizarle una despedida de soltera memorable, un fin de semana idílico. Ni

ella ni su hermana— ¡menuda bocazas!— tenían idea de lo que tramaba. Sólo sabían el destino. Al

haber estudiado en el colegio *St Patrick* de La Moraleja, muchas de nuestras mejores amigas provenían de Inglaterra y eran hijas de nobles, lores o empresarios adinerados. Así que pensamos que Londres sería el punto de encuentro más conveniente para la fiesta de

despedida. Además, las Sáez de Cortázar habían estudiado en Oxford, donde se hicieron

inseparables de la divertida Melissa Wisdom, hija de Lord Wisdom, que nos había invitado a pasar un fin de semana en Richmond, en su casa señorial de estilo Georgiano.

Richmond upon Thames, era uno de los distritos más atractivos de Londres, durante

siglos había sido el lugar favorito de escape de la realeza, los ricos y famosos como: Brad y Angelina, Johnny Depp, Sandra Bullock y George Clooney. El río Támesis atraviesa el corazón del distrito con un recorrido de 21 millas que une el palacio de Hampton Court, la ciudad de Richmond y Kew Gardens con el centro de Londres.

Richmond es un enclave lleno de historia y cultura memorable, donde no sólo se encuentra el coto privado más antiguo de la corona, un parque de 1000 hectáreas abierto al público.

En Paradise Road se encuentra Hogarth House, la casa donde funcionaba la editorial Hogarth Press, editorial británica fundada en [1917](#) por [Leonard](#) y [Virginia Woolf](#).

Melissa vivía desde hacía años en Chicago, por motivos laborales y de distancia, era

más sencillo que me adelantara yo: la desempleada ociosa. Además, todas decían que yo

era la mejor para gestionar los preparativos. De hecho, Melissa fue sólo el gancho de contacto para que acabara ese día en un lugar exclusivo: el número 99 de la calle Kensington High Street. Allí se encontraba la productora *Sony Music*, donde me había citado con Collin [Dorough](#), hermano y representante del cantante con quien iba a ultimar detalles de una insospechada sorpresa para la novia.

Orchard – la banda favorita de [R&B](#) inglesa de Adelai – iba a tocar en acústico en el

famoso pub *Edward's*, de Richmond, donde en varias ocasiones habían actuado los Rolling Stones. Nadie conocía en España a *Orchard*. Eran únicamente populares en el Reino Unido. Spencer [Dorough](#), el vocalista de la banda, se hizo famoso tras ganar el primer concurso de la televisión inglesa para formar cantantes. Combinaban elementos del R&B, [soul](#), [jazz](#), [funk](#) y [soft rock](#). El álbum debut de *Orchard*, “*Fire*”, alcanzó, en su momento, el *Top Ten* en [Reino Unido](#), consiguiendo así un disco de platino. Ganaron un

[Grammy](#) al [mejor artista revelación](#). Adelai y Maggie estaban locas por él. A mí no me desagradaba, quizás porque las Sáez de Cortázar se tiraban horas escuchando sus discos.

Así que yo me acabé aprendiendo todas sus canciones, ¡qué remedio! Hacía un año que se

habían retirado temporalmente y, de vez en cuando, organizaban conciertos en *petit comité*.

En la recepción, un hombre de piel color tizón y talla de armario empotrado, elegantemente uniformado, me indicó, con su voz rasgada y profunda—sin mover un solo

ápice su torso— que pasara y me sentara en la sala de estar. Jamás había visto unas oficinas tan mega rockeras. Sobre los techos y cercando las lámparas centrales, se encontraba una extensa mampara de monitores donde se podía escuchar y ver los últimos

videoclips. Pensé que debería ser algo incómodo trabajar con la música tan

alta, pero *Sony Music* lo valía. Parecía que estaba en una discoteca. Era un mundo laboral completamente distinto al que siempre percibí. Los empleados podían vestir como les saliera del arco del triunfo: *Piercings tatoos*, pelos verdes, crestas, ropas con estampados combinados. Todo estaba permitido en *Sony Music*. Sólo había que preparar las retinas para integrarse en el ambiente, algo que, me di cuenta, no había hecho avispadamente. Mi mandíbula quedó abierta y encallada de asombro e impacto, cuando un jovencillo bombón de unos veintidós

años, que parecía haber salido de un desfile de la *London fashion week*, se acercaba a mí como si me conociera de toda la vida.

—Señorita Suárez de la Franca— afirmó seguro de sí mismo y de que su pronunciación era buena. (Y lo era, ¡había pronunciado la z!). Yo me levanté del ergonómico sofá y traté de disimular mi asombro.

—Buenos días señor [¿Dorough?](#)— cuestioné en mi perfecto inglés y marcando la *gh* como me habían enseñado en clase, como un híbrido entre la letra F y la Z

—Sí, soy Collin [Dorough](#)— contestó, dándome un apretón de manos.

Era guapo de forma prohibitiva. Jamás había visto una cara tan armónica. Ganaba a

[mi ex por goleada. Me recordaba al famoso Lorenzo Lamas en su época de Falcon](#)

[Crest interpretando a Lance Cunson, pero con los genes perfeccionados, aún más guapo y](#)

más joven. Con unos ojazos azules capaces de provocar una avalancha de emociones y pecados carnales. ¡Dios santo, cómo está este mocoso de buenorro! – pensé. ¿Y cómo este niñato es el representante de Spencer? En fin, estaba en el fantástico mundo de *Sony Music* y ¡todo estaba permitido!

— ¿Has tenido un buen viaje, Cayetana? —dijo con su londinense acento

inglés.

Odiaba este tipo de preguntas correctas a las que los ingleses estaban siempre adheridos, pero al menos, este jovencito, era de los que, a la segunda frase, ya te tutean.

—Sí, ha sido un agradable viaje.

—Te he citado aquí porque tenía que negociar... No pude escuchar el resto de la oración, interrumpí pidiendo que repitiera, la música estaba tan alta que tenía que acercarse a mi oído para hablarme. Algo que hizo de forma sensual, tomándome con una

mano en la cintura y otra en el hombro cercano al oído donde recibía el mensaje. ¡Dios,

este hombre quería que me desmayara o que me orinara encima de gusto!

—Decía que la he citado aquí, porque tenía que tramitar nuevos contratos de la banda. Pero había pensado llevarla a algún lado a comer. ¿Tiene algún compromiso que la

espera?

Sus palabras cercanas a mi oído me provocaron sensaciones impuras. ¿Será osado? –

pensé. ¡Venga Cayetana, ponte zorra, disfruta de su físico su acento británico y de ese perfume que te hace perder el control! Deseé tocar su piel, olerla más de cerca. Me sentí algo sucia. Ese muchacho no había despertado en mí a la zorra que perseguía transmutar,

¡había sacado mi esencia de orangután!

—No...Bueno, sí. Tengo que recoger un encargo en la tienda que Diana March tiene

en Kensington.

—Eso está a dos calles, si no te importa, te acompañaré y luego te llevaré a almorzar.

¿Has venido sola? ¿Dónde está Melissa?

—Sí, he venido sola. Mis amigas confían demasiado en mí...y en el fondo es mejor.

Así no me marean. Con ellas, ahora mismo, estaríamos dispersas, y no soporto los contratiempos. Me gusta tenerlo todo bajo control.

—Entonces te entenderás con la forma de vida de los ingleses.

Collin [Dorough](#) y Melisa Wisdom eran colegas y amigos. Los dos habían sido amazonas olímpicos. Melissa, como siempre, algo despistada, nunca relacionó al campeón

ecuestre con Spencer el vocalista. Obviamente sólo hablaban de carreras de hípica y competiciones. Fue en su último encuentro, en el Festival de Cheltenham de

Gloucestershire, Inglaterra, cuando Collin le presentó a Spencer tras fotografiarse con sus incondicionales fans, y fue entonces cuando Melissa me propuso organizar un concierto sorpresa.

Pasear con él por el barrio de Chelsea era todo un honor. Las mujeres se detenían a

mirarle. Era exageradamente guapo, la gente debería intuir que era un modelo o un actor y yo, ¡¡una chica del montón, estaba con él!!

Como imaginé, en la tienda de Diana March, no había ni un alfiler. Era la fecha clave,

quedaban tres días para el Royal Ascot, la competición de hípica de mayor tradición en el Reino Unido, organizada por la Familia Real inglesa desde 1711. Donde las mujeres exhibían las últimas tendencias en tocados y la competición hípica pasaba a segundo plano, puesto que los tocados, sombreros y pamelas de las invitadas, acaparaban el mayor

número de flashes, convirtiéndose en un improvisado carnaval de complementos. El protagonismo, la excentricidad y espectacularidad de algunos diseños era una tradición.

Había conseguido que la célebre Diana March diseñara unos tocados idénticos para todas.

Algo glamuroso, para una novia y unas amigas tan *chic*. Eso de colocarse la diadema con el pene erecto estaba a galaxias de nuestros pensamientos.

Salí de la tienda cargada de dos grandes sombrereras que distinguen tanto a la diseñadora Diana March. Collin sugirió liberar los bultos en el interior de su coche e ir a almorzar a un restaurante francés de Notting Hill. Pero, una vez cerrado el maletero, cambió de opinión y me invitó a subir a su coche sin conocer el destino.

Desde que decidí licenciarme en zorra, no sólo había cambiado la palabra “pene” por

otras más soeces, también me había propuesto tontear como nunca antes lo había hecho, y

había habilitado en mi cabeza un sensor de tíos que piden guerra. Por ello, había apreciado que, desde el instante en que nos conocimos, Collin no paraba de seducirme con sus encantos. Y yo no dejaba de tontear con él como una adolescente.

Hacía un precioso día, Collin había destapado la cubierta de su *Bentley* descapotable.

Permití que el aire jugara con la seda de mi vestido verde pistacho, corto y vaporoso con estampado hippy y mangas acampanadas, mis manos pidieron ocuparse de recoger mi morena y larga melena con un moño improvisado. En ese instante, la brisa hizo de las suyas, subiendo mi falda hasta el final de mi entrepierna. Di preferencia a prepararme el pelo para el resto del trayecto. Si mis manos soltaban la larga melena ésta acabaría descontrolada y sin gracia, y bajaría del coche con pinta de haberme pegado con una mujer en el ring, así

que dejé que mis partes nobles sintieran el viento. En esas décimas de segundos, Collin colocó su mano derecha cerca de mi vértice, pinzó con sus dedos el tejido, y estiró. Notó que me estremecía, imposible controlar el estímulo que había provocado en mí, con su mirada buscó la mía. Ahí supe que estaba perdida en el pecado

carnal. El vestido volvió a levantarse, esta vez fui recatada y me apoderé de él con mis brazos. Collin sonreía y miraba de reojo.

The Rock and Rose era el destino que Collin había elegido para almorzar, un restaurante muy pintoresco y ecléctico de Richmond. Las paredes estaban forradas con papel pintado con estampado de flores, recargadas lámparas negras con bombillas sobre figurados candelabros y sillas de estilo victoriano, tapizadas color rojo.

— Este lugar está considerado uno de los mejores restaurantes del Reino Unido. Soy

un cliente asiduo al *Rock and Rose*, tienes que probar las costillas a la barbacoa, son las mejores de la ciudad, la salsa barbacoa está para morir. Pero, si te parece, empezaremos pidiendo un Daiquiri de melón y fruta de la pasión.

—De acuerdo, tomaré todo lo que me recomiendes— dije pavoneándome.

Sentía morbo por su edad. Le ganaba casi una década. Pensé que esa misma razón sería la que lo llevara al objetivo de poseerme.

Mientras tomábamos el daiquiri, jugábamos con la copa, con la mirada... Mis ojos se

escondían en esa copa en forma de uve, ocultando el mensaje: ¡qué haces, soy ocho años mayor que tú, niño! Él sabía perfectamente lo que mi mirada decía. Espontáneamente, levantó su trasero de la silla, y me plantó un apasionado beso al que correspondí.

—Eso seguro que esto no se lo haces a una veinteañera— contesté altiva.
(¡Empezaba

a usar mis dotes de licenciada en zorra!)

—Si no fuera por que llevas ese vaporoso vestido, ahora mismo levantaría mi pierna

y colocaría mis sucias botas en tus mojadas bragas.

Menuda marranada de mal gusto, pensé.

Tratamos de acelerar el almuerzo. No comimos rápido, pero sí nos saltamos los postres. A la salida, el joven Collin me arrimó a un muro y acercó mi mano a su erecto pene. Me volví loca al sentirlo, no pude evitar pasar la mano por dentro del pantalón y sentir con mi tacto su tamaño y grosor. Nos estuvimos tocando y besando por las esquinas, hasta llegar al coche. Aceleró, quemando el asfalto y en escasos minutos, nos encontramos en un emblemático picadero desértico, donde saciar nuestra hambre carnal.

Melissa poseía una casa solariega de estilo georgiano, en la espectacular campiña, cómo no, con un precioso jardín, con sus fuentes, esculturas y vistas al parque. El interior, albergaba algunas obras de arte históricas. Sus padres se encontraban en Australia, donde habían asentado su primera residencia. La casa era regentada por una dulce familia que durante más de cincuenta años había servido a la familia Wisdom, los cuales

holgadamente habían pagado por su confianza, además de con una buena renta, con una preciosa casa anexa. Los Everose me esperaban para la hora del té. Les despaché amablemente, agradecí las molestias en prepararnos las habitaciones, llenarnos la nevera de refrigerios, prepararnos algunos sándwiches y calentarnos agua para él te. Les transmití que podría prescindir de ellos hasta que llegara la señorita Melissa Wisdom y nos dejaron a solas como custodios de semejante mansión. Poco le costó al veinteañero de Collin volver a humedecer los pliegues de mi interior sin llegar a meterme mano. Sólo con saber que nos acercábamos a la alcoba de invitados y desconocer el siguiente paso, ya sentía

mi sexo palpar. Le sería sencillo desnudarme, con quitarme el vestido, tenía parte del trabajo hecho. Fue en ese instante cuando el mundo cayó bajo mis pies. *¡Dios, no lo recordaba, pero qué tonta! Caye, ¡qué pava eres! pensé,*

¿cómo se me había pasado?

Claro, había integrado felizmente mi nuevo status y ya no me acordaba de mis repasos vaginales, sentí horror por lo que ese buenorro se iba a encontrar bajo mis preciosas y sexys braguitas brasileñas de lunares y lacitos rojos. Iba a ser terrible, deseé que no le importara, que siguiera deseando embestirme. Y ahí estaba el, con sus dedos deslizando mis braguitas y mi monte de venus por arreglar. Por suerte, llevaba unos años haciéndome el láser Alejandrita, solo me quedaban algunos pelos solitarios que formaban pequeños oasis sobre mi pubis, pero lo que quedaba más velludo eran mis labios, ya sabemos que

los pelos ahí, cuestan más de exterminar. Dios, ¡no pensaba que fuera a ser tan precoz en reponerme sexualmente! Y estaba estos días tan apática sexualmente, que no me acordé de

pasar el césped de mi seco jardín. De hecho, había estado tan asexual, que me hubiera importado poco que en vez de césped se hubiera hecho felpudo. Pero claro, eso era antes

de conocer al nuevo *top model* del año, el guaperas de Collin. Debe de ser que las inglesas se lo dejan pobladito, porque el jovencillo veinteañero, me poseyó con fuerza e ímpetu como si me odiara y quisiera castigarme por ser así. Jamás en mi vida me habían tomado

en brazos y sacudido mi cuerpo controlando con unos preciosos y arqueados brazos la gravedad de mi trasero, llevando el ritmo exacto, estaba a punto de correrme cuando Collin me miró con ojos gélidos, sin siquiera emitir un jadeo de agotamiento. Emitía sonidos y frases en un inglés británico que me ponía a cien. ¡Dios!, ¿cómo puede ser más sexy que un inglés te diga las mismas marranadas que un español? Quizás porque ese acento tiene métrica de finas maneras. Me quedé extasiada cuando escuché que educadamente, pedía permiso para correrse diciéndome:— *May I come?*

— Adelante— dije yo con voz quejumbrosa.

Lástima, no me había dado tiempo, me había quedado con las ganas, ¡mecachis!, estaba a punto, con eso de pedir permiso para correrse, con su frase de “*May I come*” me quedé a una milésima de segundo.

—1-0— Dijo mientras se quitaba el preservativo.

—Pero no te preocupes, en unos minutos seguimos— dijo mientras se dejaba caer muerto sobre la cama.

En menos de tres minutos, su sexo volvía a estar erecto y duro como una roca.

— *Come on babe, sit on my cock.*

Dios, como me ponía ese hijo de la gran Bretaña. Le volví a pedir que me dijera la

frase y repitió empoderado.

— *Sit on my cock.*

Y yo obedecí las órdenes del jovencillo Sir Collin, me senté sobre su pene y moví a

horcajadas. Esta vez no tardé ni dos minutos en llegar al primer orgasmo, su guapura me

ponía demasiado, ¡Dios, era demasiado bello!

Fue una noche tórrida, caímos dormidos casi al amanecer. El motor de un vehículo me despertó, a duras penas, traté de seguir durmiendo, pero su perfume llegó a mí recordándome que ahí estaba Collin. ¡No se había ido! Pensé que debía de ser un hombre

algo aburrido, sin oficio ni beneficio y con una vida un poco sosa, porque si no, ¡por qué narices había pasado la noche conmigo! Sí, de acuerdo, fornicamos hasta arder en el infierno. Pero...en fin...Decidí quedarme en la cama un rato más, e imaginé que de un momento a otro, me haría el amor para despertarme y yo mientras me seguiría haciendo la

dormida. De modo inesperado alguien abrió la puerta con agresividad, como si deseara tirarla abajo.

—¡¡Cayetanaaaa, esto no puede ser, no puede ser!! ¡¡La boda es en dos meses,

no pueden dejarme en la estacada de esta forma, no lo permitiré!! Papá no lo sabe, de haberlo sabido me hubiera prohibido celebrar la despedida— Su voz era agitada, su respiración descontrolada, su rostro estaba sonrojado, sus ojos azules parecían poseídos y sobre ellos,

anidaban dos cuencas en forma de ojeras y sus cabellos estaban desastrosos. Esa no era mi Adelai del alma. Conforme salí sobresaltada de la cama, cubrí con la parte de mis sábanas el cuerpo de Collin, el cual ahora quedaba cubierto de la cabeza a los pies como un muerto en la morgue. No me importaba que Adelaida viera mi silueta desnuda, nos habíamos visto

en bolas en multitud de ocasiones.

—Adelai, quieres calmarte, me has dado un susto de muerte. ¿Qué ha pasado? Te parece bien que bajemos a la cocina y tomemos un té calentito mientras me pones al día

—dije mientras buscaba mi bata.

—He venido porque sólo contigo estoy tranquila, tú haces que todo esté bajo control,

ahora mismo te necesito Caye, estoy en graves apuros— contestó algo más serena.

Encontré mi bata entre una montaña de prendas y arrastré a la fuerza a la dulce y enajenada Adelai. Me la llevé al jardín, donde la señora Everose había preparado un succulento desayuno. Adelai había adelantado el vuelo por pura histeria.

Hacía ya dos años que las gemelas Sáez de Cortázar habían perdido a su madre de forma súbita. Fue muy difícil para todos superarlo. Adelai y Jacobo decidieron casarse cuando ya habían aprendido a vivir con su ausencia y sentían que era momento de celebraciones. Cuando me comunicó su enlace, sin darme cuenta, o quizás dándome, me

puse la acreditación de *Wedding planner*. Invitaciones, despedidas, todo lo había organizado yo, con previo beneplácito de los novios. Lo mismo sucedió

con la elección del ágape. No cabía duda de que el mejor sitio para celebrar la boda de Adelai, iba a ser la Finca Río Frío en Segovia. Es una finca de principios del siglo XX, concebida como residencia de recreo y caza. Los salones cuentan con amplios ventanales que dan la sensación de estar más fuera que dentro de la casa. Una finca en la que se respira historia y en la que, hasta quinientas personas, pueden degustar un excelente banquete. La ceremonia se llevaría a cabo en su interior. Un salón acogedor y bien decorado era la mejor opción para que Adelai y Jacobo dijeran su: “sí, quiero”. Los jardines no se quedan atrás. Ideales para el aperitivo o el cóctel, con una admirable vegetación con árboles centenarios. A Adelaida y Jacobo, les encantó el lugar, ellos solos se encargaron de ir, probar varios menús y reservar el día.

—Han llamado de la Finca del Río Frío. Dicen que van a cerrar la finca, porque el marqués de la Encina, propietario, está arruinado y la ha puesto en venta.

Se me cayó el alma a los pies, me sentía culpable, yo la había animado a que eligiera

ese sitio.

—Tan sólo quedan dos meses Cayetana. Se nos echa el tiempo encima. Hay que

volver a hacer las invitaciones, pero lo más grave es que no sé dónde narices vamos a celebrar la boda. Cayetana, me quedo sin boda, compuesta y sin bodorrio. Y todavía no les he dicho nada a mi padre ni a mi hermana y mucho menos a mí Jacobo. ¿Entiendes ahora

por qué estoy atacada?

Me encerré con mi bata (sin bragas) en el despacho de Lord Wisdom, Collin me trajo

el desayuno, que yo había ninguneado en el jardín y prometió ocuparse de Adelai. Yo, que soy muy de creer en los ángeles y en las almas difuntas, prendí una vela en memoria

de doña Mercedes, señora de Sáez de Cortázar. Estuve llamando a un sinfín de sitios, todos me tomaban por loca ¡una boda para dentro de dos meses!... Y ya, a punto de perder

toda esperanza, encontré disponibilidad en una finca toledana: el palacio de Cuatrovientos.

Un espacio maravilloso, elegante. Con un patio acristalado con claustro. Un gran salón con techo y paredes de cristal perfecto para un cóctel de bienvenida y para el baile final.

Además, tendríamos todo el palacio en exclusiva para nosotros durante la celebración del enlace.

—Gracias Doña Mercedes —dije mirando al techo. Y tras el fructífero encierro, fui,

excitada, a buscar a la futura novia y reunirme con el jovencillo buenorro de anoche. Me la encontré sola en el salón, viendo una aburrida serie. Adelai me abrazó, saltó de alegría, me agarró de la cintura y me sacó a bailar.

—Loca, suéltame, por tu culpa todavía voy con el chocho al aire.

—Collin se ha ido. Me dijo que te dijera que nos verá esta noche en el pub. ¡Qué majo, qué guapo, qué británico!

—Supongo que has hecho tus conclusiones.

—Sí, pero me falta el cuestionario, tíaaaa, ¡¡te lo has montado con un yogurín!!
iii

Qué fuerteeee, zorrraaa!!!!

— ¿Quién es ese buenorro? ¿De dónde lo has sacado? ¿Iba en el pack de la despedida? No me lo puedo creer, nos estás haciendo caso y ¿Has contratado un gigoló?

—Adelai, no te puedo contar de que lo conozco, pero sí te puedo dar todo tipo

de detalles sexuales...

Respiré aliviada. Collin no le había confesado a la novia que era el hermano de Spencer. De haberlo hecho, hubiera estropeado el sorpresón.

—Pues cuenta ¡si en el fondo lo que me importa es el morbo!

—Bueno, ha sido algo intenso, ha habido mucha química entre los dos. Me daba mucho morbo saber que tenía veintidós añitos. Y creo que a él, el factor edad le ponía cachondo.

—Bueno, espero que hayas dejado el listón de las treintañeras bien alto.

—Creo que sí, pero como siempre, me pasan cosas raras. Ésta vez olvidé repasarme

los pelillos de ahí abajo...y claro, me negaba a que me hiciera un cunnilingus y ¿sabes qué hizo? cogió una cuchilla del baño y espuma de afeitar y me depilo ahí, ya sabes, ¡pasó la cuchilla por los pliegues!

— ¡¿Qué?! — gritó Adelai. —Yo te mato, está bien que dejes de ser la puritana de siempre, pero ¡¿Cómo no saliste de casa sin eso arreglado!! Vamos, que hizo magia, ¡te convirtió el mejillón en berberechito!

—Pues a mí me dio mucho morbo, chica. Fue una situación incómoda de la que salí airosa. Y no me eches la bronca, ya estoy escarmentada, no volveré a salir de casa sin eso bien repasado.

Un par de horas después un monovolumen negro de cristales tintados llegaba al patio

del jardín. Melissa Wisdom y el resto del séquito de amigas habían llegado por fin. Entre otras, se encontraba Margarita, la cual estaba algo preocupada y enfadada porque Adelai

había puesto pies en polvorosa y no tenía ni idea del motivo.

Estaba atacada, emocionada. No sólo por la ansiedad de ver la cara de mi amiga cuando viera a Spencer con su banda *Orchard* cantar en acústico en

especial para ella. Si no que me atacaba saber que me iba a encontrar con el jovencito yogurín al que me había

dejado como recuerdo de una noche loca, un intenso dolor en el bajo vientre que me complicaba andar erguida.

No me importaba repetir un par de asaltos más con Collin, pero, de momento, quería

ser una mujer depredadora y desaparecer. Sí, Collin sería como una muesca más en mi fusil. En eso consistía licenciarse en zorra, ¿no?

Como estaba previsto, el pub Edward's permaneció abierto únicamente para nosotras.

Todas excepto Melissa, pensaban que habíamos organizado un karaoke. La entrada al escenario de *Los Orchard*, capitaneado por Spencer fue espectacular. Las gemelas chillaban, saltaban, lloraban, se abrazaban a mí. Collin nos contemplaba desde lejos, en una esquina de la barra, vestido con ropa elegante que le hacía parecer algo mayor, y que daban ganas de arrancarle a tiras y saltaran los botones por el suelo. Estaba ¡como un quesito gruyer! Mientras las chicas escuchaban embelesadas a Spencer, me acerqué a la nueva muestra de la patente mejorada del sex appeal, contoneándome, imaginando que mis caderas se movían únicamente en su honor, como si estuviera en mi interior, —Eres

una gran amiga Cayetana.

—Gracias por tu ayuda Collin. Y acercándome a su oído le seguí hablando. — Bueno,

si llego a ser consciente de todo lo que se me ha echado encima por organizar esta pre-boda, creo que hubiera reulado. Pero, mis gemelas, se lo merecen todo. En fin, solo quería saludarte y darte las gracias por ser mi gancho. Me voy a unir a ellas, no me quiero perder a tu hermano en acústico.

—Te veré mañana en el *Royal Ascot*— dijo esperanzado.

Claro, como iba a fallar el Amazonas olímpico al *Royal Ascot*. ¡Bien Cayetana, el destino juega a tu favor!



Organizar la boda de mi amiga me resultó tal desgaste que mermó cualquier ilusión de

que en mi vida fuera a convertirme algún día en “la novia”. Ni en cien años me iba yo

a recuperar de semejante ajeteo. Se me fueron las ganas de boda en la catedral de la Almudena o cualquier otro sucedáneo. Bueno, eso es lo que decía yo en momentos frustrantes, agotadores o cuando mi ovario gruñón estaba preparándose para menstruar.

Pero he de reconocer que lo pasé genial, tanto o más que los novios.

Adelai iba guapísima. Bueno, ella no es guapísima, es... las gemelas son resultonas.

De pequeñas me recordaban a las niñas guapas del anuncio de champú *Johnson Baby*, de hecho, pasé mi infancia creyendo ¡qué eran ellas! De más creciditas, tampoco es que la naturaleza les hubiera dotado de facciones perfectas, pero el hecho de ser rubias naturales y tener los ojos azules, era una buena arma de belleza. En cambio yo, soy una chica del montón. Pelo castaño largo y liso, ojos castaños... pues eso, del montón.

Parecía que iba a ser una ceremonia aburrida y encorsetada. De estas que la gente no

se muestra como es y todo el mundo usa repetidamente las palabras “soberbio” y

“exquisito”. Esas eran las pinceladas, puesto que se trataba de una boda de alto copete en la que el protocolo iba a ser algo estricto. (No en vano, había hecho un master en protocolo cuando finalicé periodismo). Fui minuciosa en la ubicación de los invitados dentro de la iglesia y la colocación de los mismos en la mesa. Un servicio de seguridad estaba contratado para que, nadie que no estuviera invitado al evento, entrase en el recinto. Los novios querían evitar como fuere que saliese alguna imagen. De hecho, pidieron a sus amistades que no llevaran teléfonos móviles ni *tablets* ni cualquier otro aparato que pudiera grabar imagen o hacer fotografías. Todo dispositivo sería entregado a unas personas que se encargarían de recogerlos antes de que llegasen los novios. Si, por cualquier circunstancia, tenían que utilizar el móvil, se haría únicamente en un espacio habilitado para ello. Los invitados sabían que, con ello, no eran utilizados como *atrezzo* de una exclusiva. La familia de Agapito Sáez de Cortázar era muy recelosa de su intimidad.

Al finalizar la boda, yo misma debía ser la encargada de divulgar unas fotografías de los recién casados a todo tipo de medios de comunicación, empezando por los perfiles *twitter* de los novios.

No pensé que aquella noche se me fuera a caer una lagrimita. No porque no sea llorona, que lo soy un buen rato, sólo que, estaba tan reventada y a la vez tan satisfecha, que no había sitio para lágrimas. Pero no fue así, las gemelas y Agapito me tenían preparada una encerrona.

Una vez finalizada la cena y el baile nupcial, Agapito y sus hijas se acercaron al

estrado donde minutos más tarde tendríamos una orquesta rockera y un tablao flamenco.

Un asistente del banquete trajo una pantalla móvil, alguien apagó las luces y apresuradamente imperó el silencio, Agapito iba a hablar. En su discurso tenía palabras para sus invitados, citaba nombres de algunos de ellos siguiendo sucesivas imágenes de la pantalla de las cuales aparecían fotografías de momentos inolvidables, amigos de la infancia, momentos tiernos como su enlace con Doña Mercedes, el nacimiento de las gemelas. No podía parar de llorar, tenía el alma rota y los ojos empapados de recuerdos.

Sentí amor, sentí el amor que se tenían esa familia. De repente, casi cuando terminaba la proyección, apareció en la pantalla el rostro de alguien que me sonaba mucho. ¡Era yo!

Las gemelas no podían hablar, estaban demasiado conmocionadas, así que fue Don Agapito quien se encargó de ponerme en las nubes. No me etiquetó como la amiga de sus

hijas si no como la organizadora de la boda, la que había conseguido que cada detalle de dicha celebración hubiera sido perfecto e inolvidable. A continuación dijo que yo había sido para sus hijas como la madre o tía que éstas habían necesitado en esos momentos.

Como colofón, me invitó a unirme a ellos, como un familiar más. Yo me levanté de

mi sitio conteniendo las lágrimas, luciendo mi vestido encolado y mis tacones vertiginosos. Cuando llegué al estrado, me abrazó fuertemente —ahí yo estaba que me caía de emoción, las canillas me temblaban como gelatina— Agapito dijo a todos que me había

convertido en la mejor organizadora de bodas, que no dudaran en contratarme porque valía mi peso en oro.

Y, de forma súbita, como arte de magia y, para pasar a otra cosa mariposa, la música

sonó alta y fuerte. El mismo asistente que trajo la pantalla de reproducciones arrastró las ruedecitas apartándola de nuestra vista, mientras otros empleados preparaban el escenario.

La gente quería marcha y el ritmo de la música les movía los pies como si estuvieran abducidos por el mismísimo San Pascual Bailón. Me parecía increíble cómo la música hace cambiar o ningunear las emociones, abrazos y sentimientos varios a flor de piel, porque nosotros cuatro seguíamos emocionados zarandeándonos y abrazando nuestros cuerpos. Pero como siempre digo: “El espectáculo debe continuar”.

Hacía horas que los pronósticos de boda aburrida y mema habían caído por el parque

y habían sido pisoteados por los taconeos de las invitadas. Todos se soltaron la melena en la pista. Todos se apropiaron del micro para tratar de demostrar quién desafinaba mejor.

Bailaron flamenquito, cantaron, rieron. Lo más agradable era que los novios no estaban nada empalagosos, iban por libre, pasándose la pipa, disfrutando de su gente que estaba encantada. Yo estaba orgullosa, todo había salido perfecto y la gente no paraba de rendirme elogios.

Las bellas palabras de alabanza de Agapito sobre mi trabajo, en la boda de Adelaida y

Jacobo, fueron una buena inyección económica. Bueno, no es que me forrara, era algo

puntual. En las casas de los ricos, la crisis no se nota. Los ricos siempre tienen dinero...

(Excepto algunos nuevos viejos ricos como yo) Cuando iba a la consulta de Doña Catalina a hacerme peelings o tratamientos, las dos salas de espera estaban llenas (de pijas). De hecho, Doña Catalina, solía recibirnos siempre con una hora de retraso de la cita concertada. Pero la gente ha perdido la ilusión por casarse. La gente ha dejado de creer en ese tipo de amor. Parece que el amor tiene fecha de caducidad. Hace unos meses leí un libro que la psiquiatra Almudena me recomendó sobre las relaciones de pareja, y, la verdad, me dejó a cuadros. Ahora tienen fecha de vencimiento. Porque el ser humano se

hace excesivamente egoísta e intolerante. Y todo esto es una verdad universal. Las parejas se quieren, pero no se pringan con un bodorrio de alto postín, porque después da mucha

vergüenza eso de que al cabo de pocos meses se separaren. Y, la gente, cuando

recibe la

triste noticia de la separación, recuerda el carísimo regalo que les hizo a los novios, y el paripé que montaron y se sienten estafados.

Pero no me puedo quejar. Yo, sin oficio ni beneficio, así con un chasquido de dedos

del buen Agapito (bueno, he de reconocer que sude sangre con la organización), me había

convertido en *wedding planer*. Margarita diseñó unas tarjetas de presentación en las que decía: Cayetana Suárez de la Franca, Organizadora de bodas y experta en protocolo. Y al

final, era una chica para todo. Acompañaba a la madre y a la novia a probarse vestidos y terciar paz entre sus desavenencias. Acompañaba a las damas de honor a elegir trajes.

Asesoraba a algunos a elegir los vinos o el menú, les contaba lo que era lo más *trendy*...

Muchas empresas de catering o banquetes me ofrecían una pequeña comisión o me hacían

un simbólico regalito en honor al incremento de clientes. Pero lo que mejor se me daba,

curiosamente, era vestir y aconsejar a las mujeres, y a los hombres. Todos sabemos que dinero y buen gusto, suelen estar algo desavenidos. Puedo estar orgullosa de haber conseguido que alguna mujer popular de la sociedad española pudiera asistir elegante a su boda, a pesar de su mala fama de *choni* y de los pronósticos de los especialistas en moda.

Así que, en las siguientes tarjetas de visita, cambié eso de experta en protocolo, por *personal shopper*. Así, sin más. ¡Cayetana la autodidacta, olé mi niña, que soy yo! Sin embargo seguía teniendo algo de inestabilidad. Había rachas que pasaba la mano por la pared, ni boda ni asesoramiento ni nada.

Pero para esas alturas, ya me había acostumbrado a combinar mi ropa con prendas del *Primark*. También probé las cremas del *Mercadona*, que no están nada mal, pero siempre combinándolas con otras cremas de mejor gama...

Suerte que no pagaba hipoteca porque con lo que ganaba tenía para lo justo. No podía llevar el ritmo frenético de mis amigas—aunque ellas me pagaban cosas, algo que yo detestaba—. A punto estuve de vender el anillo de Beltrán, de hecho, aún barajo esa opción.

Me gustaba el trabajo, había tantas partes gratificantes. La clientela era muy agradecida con lo que conseguía. Los proveedores se hacían íntimos amigos míos y la mejor parte era que ligaba mogollón. Me había vuelto una *matahari* de armas tomar.

Trabajando entre los bastidores de una boda y pre-boda conocía a muchos chicos solteros.

Todos llegaban a la ceremonia con el síndrome de la triste soltería. Todos ponían carita de pensar: Otra boda, y yo, aquí solo... Yo tenía claro lo que quería: divertirme y gozar (si

podiera simultáneamente mejor). Después del disgusto que me llevé con mi Beltrán (¡mecachis, que manía de llamarle aún mi Beltrán!) quería que me quitaran lo *bailao*. Las gemelas tenían tanta razón. La vida pasa, el cuerpo no es siempre vital, bello y vencible a la gravedad. Me veía sexy, capaz de llevarme a la cama a quien me hiciera tilín. Dentro de unos años mi piel no será la misma, ni mi cuerpo...y encima, me tendré que untar ahí abajo porque no lubricaré de forma natural...así que...ya lo decían en el Renacimiento, *Carpe Diem*... Y yo estaba en un momento muy de renacer...Lo más curioso de todo, fue

que desde mi revolcón con la nueva muestra de la patente mejorada del sex appeal, comúnmente llamado Collin Dorough, todos los chicos con los que me enrollaba eran extranjeros. Recapitulemos: un alemán, un noruego, un argentino, un venezolano...Uff,

¡parece el comienzo de un chiste noventero! Lo cierto es que cuando empecé con los tres

primeros mencionados me dije: Cayetana, sigue así, ¡es toda una experiencia! Y luego llegó el mexicano, el canadiense y para finalizar, el último, con el que dije basta, abstinencia, hace unos meses: Emanoel Wilson, mi cubanito.

Las gemelas, orgullosas artífices de que me hubiera licenciado en zorra, me habían otorgado un diploma cuyo encabezado decía:

PRIMER GRADO DE LICENCIATURA EN ZORRA

United Colors of Benneton certifica que

Doña Cayetana Suárez de la Franca,

ha superado con nota de excelente la asignatura de:

Fomento de relaciones de amistad y sexo libre entre otras razas y etnias.

El diploma era gigantesco, en los extremos habían hecho un collage de chicos de todas las razas. Parecía un poster regalito de la revista *Superpop*. Aunque suene mal, me sentía orgullosa de mi diplomita. Y para más cachondeo, bautizaron mi parrús con el nombre de *Benetton*, ¡serán brutas! Cuando lo pienso, me entra la risa tonta. Pienso,

¡Cayetana, quién te ha visto y quién te ve!

Me había dado varias lecciones. Había desnaturalizado el sexo. Algo que para una chica tan religiosa como yo... no estaba nada mal.

Emanoel Wilson era el músico de la orquesta más solicitada en mis bodas. Era cantante, compositor, bailarín... ¡un gran artista! Era una mezcla entre Chayanne y Seal.

Alto, con rasgos raciales y piel de color madera *wengué*. Tenía los labios muy carnosos, una sonrisa que te envolvía, la nariz rasgada, similar a una nariz romana. Los dientes exageradamente blancos. Sus espectáculos eran cantados y coreografiados, se movía como

una anguila, cantaba y bailaba bossa nova, hip hop, pop latino. Los boleros y baladas las bordaba. Era un chico de unos veinticinco años muy carismático y

un ejemplo a seguir.

Nunca dudé que, en menos de dos años, acabaría siendo conocido en todo el mundo. Vino

a Madrid sin trabajo, con una carta de invitación de un amigo peruano. Estuvo sirviendo copas en un pub por la Avda. Brasil donde hacía también labores de segurata, levantando a borrachines que se agolpaban en la puerta y montaban escándalo. Y es que cuando estaba

con semblante serio, podía asustar. Poco a poco se fue granjeando amistadas relacionadas con lo suyo. Emanoel Wilson Ponse. (Yo me partía de risa con su nombre, a mi lengua le

parecía un bucle).

— ¿Pero cómo prefieres que te llame? — le decía.

— Emanoel Wilson

— En serio, ¿no prefieres que te llamemos Emanoel a secas? ¿O Wilson a secas?

Manu, suena muy bien, ¿verdad?

Y respondía un “no”, a secas, con una sonrisa tierna y llena de preciosos dientes destellantes. ¡Ya ves!, ¡Y yo que pensaba que los cubanos solían comerse las palabras!

Hacía más de un año que organizaba bodas y que contaba con Emanoel Wilson.

Había probado con otras orquestas, pero como su banda *LATIN STARS*, no había encontrado nada igual de profesional. En las bodas yo trataba de ser un elemento, parte de la biosfera del lugar. Siempre estaba al margen, por lo que acabé haciendo muy buenas migas con camareros/as y empleados varios, realmente era una más. De esta forma adquirí

mucha confianza con los *LATIN STARS*. Una vez, ya bien entrada la noche,

cuando nos retirábamos de una boda que se había celebrado al mediodía, me invitaron a tomar una copa a su local favorito. Era una propuesta que me habían hecho anteriormente y que había rechazado porque me conocía el percal, se pondrían a bailar salsa, y, al final, yo acabaría sentada sumergida en mi copa de balón, odiándome por no tener ritmo en mi cuerpo. Yo no había bailado en mi vida salsa, siempre pensé que sería una negada y solía huir o dar excusas tontas cuando me sacaban a bailar. Y, cuando no podía escaparme, lo

pasaba verdaderamente mal, me aturullaba, me hacía un lío, me sentía incómoda de tener

un hombre tan cerca, e incontroladamente, pensaba en su cebolleta y me ponía incomoda.

Pero, ese día, me apetecía mover el arrítmico esqueleto y me importó poco que ellos jugaran en primera división. Además, en múltiples ocasiones les había comentado mi frustración con el baile y Emanuel Wilson siempre me retaba a que sería capaz de conseguir que me gustara bailar al ritmo latino. Y así, fui presa de sus corpulentos y varoniles brazos y de su *swing*, ¡Dios que *swing*! Y ¡por el niño Jesús prometo que me olvidé de pensar en su cebolleta! Es que con esas vueltas, no me daba tiempo. Con él no

era necesario saber bailar, él marcaba el compás, te dirigía con soltura, mi cuerpo adquirió forma con su ritmo y, además, me llenó de energías positivas. Bailar me resultó una sensación inexplicable. Una liberación, una extensión de nuestras expresiones, una descarga de adrenalina que hacía sentirme muy *up*.

—Pues no eres tan patadura, mi *amol*— dijo cuando nos detuvimos un momento para

recuperar algo de aliento y beber algún refrigerio.

Sentí algo de vergüenza por desear bailar una y otra vez. No quería avasallar, así que decidí contenerme, por hoy ya había bastante. Pero tan pronto como vio que me había

repuesto, me sacó de nuevo a bailar. Y así empezó todo. Como diría *Gabinete*

Caligari, la culpa fue del *cha cha cha*. Lo de bailar se convirtió en una rutina casi semanal, una de las excusas por la que deseaba que el fin de semana llegase. Y sí, al final acabé pensando en su cebolleta, pero porque la sentí inflamada sobre su bragueta...y era grande...era un cebollón.

Todos los ritmos me resultaban atractivos. El baile se convirtió en mi droga, en mi lugar de descarga. Sentía que el baile me despertaba sensaciones y estados de energía diferentes e incluso conseguí adelgazar unos kilos.

Emanuel sabía acariciar el ego de una mujer. Me decía cosas muy lindas, era adulator

romántico y todo un caballero. Yo nunca pagaba nada. Si llevaba la cartera cuando salía

con él, era para pasearla. Recuerdo una noche, que ellos actuaban en una despedida de soltero, nos despedimos en la puerta del salón, mientras esperaba mi taxi para retirarme a casa. Emanuel le dio un billete de cincuenta al taxista y me besó con candor. De camino a casa estaba anonadada. Recordé aquel sabio consejo de Don Agapito, el padre de las gemelas. Siempre nos decía que un hombre digno de ser amado tenía que tener las tres P

és: La P. de Proveedor, debe invitar en la primera cita, si quiere una segunda y tercera cita.

Porque de no hacerlo: ¿Qué poca generosidad empieza a mostrar? La P. de Protector y la

P. de Preñador: todos los hombres no están dispuestos a ser padres, no todos tienen esa sensibilidad y capacidad de querer a un vástago de su sangre. La vida está llena de ejemplos. Luego acababa diciendo que si no tenía esas tres Pés, tendría una única P: la P.

de Pringado.

Pero yo, no sentía que estuviera enamorada. Mi corazón seguía envasado al vacío en

una botella de aerosol y no pensaba destaparlo nunca jamás. De momento, quería seguir

pasándolo bien.

Era evidente que en algún momento acabaríamos devorando nuestros cuerpos.

Mientras bailábamos, sentía esa chispa, ese deseo recíproco de unir nuestros cuerpos, trenzarnos con pasión en plena intimidad. ¡Dios, qué morbo, un negro! En mi vida había

probado la... morcilla.

Una noche, ya tarde, cuando iban a cerrar el local y para sellar la noche sonó el bolero Si tu me dices ven de Los Panchos. Fue un deseo incontrolable, como si ese beso fuera parte del propio bolero.

— ¿Te acompaño a casa? — dijo Emanuel Wilson. El local estaba a tres manzanas de

mi apartamento y muchas veces me acompañaba con la excusa de darse un paseo. Le invité a subir, era obvio que los dos queríamos... Y, sin hablarnos, nos ayudamos a desvestirnos. Me deleite mirando su cuerpo, oliendo y acariciando su tersa e hidratada piel. Liberé con mis manos la hebilla de su cinturón, desabroché los botones de sus vaqueros y sentí algo gigantesco en su slip.

— ¡Ay Madre Santa, qué miedo!— se me escapó.

Emanuel sonrió mostrándome esos dientes blancos que con la oscuridad tenían hasta

destellos.

—Schissssss— dijo colocando su índice en mi boca. Solo pretendo hacerte gozar, no

te pienso *hacel* daño mi *amol*.

Mira que ya había probado algún que otro placer latino, pero mi cubanito, era un purasangre, no por su gran dotación sino porque era muy, muy hábil en la cama, y eso que con esa morcilla, ya lo tenía todo saldado. Se recreaba y recreaba, siempre tenía mimos y detalles antes de entrar en mí. Me hacía sentir una reina con sólo dos palabras, las más comunes en él: *Bombonsito, consentida mía...* Me encantaba cómo me miraba a los ojos siempre, y sobre todo, me hacía reír. Sin embargo esa primera noche, yo marqué bien mi

terreno. Sí, sólo me faltó hacerme pis en las esquinas del apartamento. Tras hartarnos, acabar secos de tanto sexo, ducharnos y comer cualquier cosa con la nevera abierta, Emanuel se fue todo gallardo a mi cama donde se tumbó y estuvo observándome impaciente por que me tumbara y abrazara a él para dormir.

—Emanuel, no me gusta dormir con nadie. Llámame arisca, pero no voy a dormir si

te quedas.

—Bueno, si no quieres dormir, puedo darte candela toda la *nochesita*, mi *bombonsito*.

—No Emanuel, quiero dormir, pero quiero dormir sola, con las piernas despatarradas,

los brazos estirados, ocupando toda la cama.

—No me puedo creer que no valores estar *abrasadicos* toda la noche como si fuéramos dos cucharitas en una cubertería— dijo mientras me arropaba con sus brazos.

—Puedes quedarte así unos minutos, pero, me gustaría que te marcharas Emanuel. Lo

hemos pasado muy bien, ha sido espectacular, pero la noche es para dormir, nada más.

Emanuel se vistió con su característica parsimonia, me miró mientras hacía

pucheritos. Yo le respondí con cariñitos, pero sin llegar a sensibilizarme con sus lamentos.

Le acompañé a la puerta donde le besé tanto que por poco le pido que me volviera a hacer el amor en la pared del recibidor. Mientras quitaba el cerrojo de la puerta recordé algo. —

Espera, Emanoel— dije mientras le abandonaba con efusividad, dirigiéndome a la cocina.

—Te importaría, ya que bajas, tirarme la basura, cariño— pregunté mientras volvía hacia

la puerta con la bolsa de basura, una garrafa de agua y una botella de vino vacía.

Me fui directa a la cama y dormí de un tirón. Al día siguiente sin remilgos, les conté

a mis gemelas Sáez de Cortázar cómo estuvo nuestra primera vez. Éstas, querían saber todos, todos los detalles, medidas, circunferencia, circuncisión, hectolitros de semen, color, espesor...y por la misma regla, quisieron saber cómo le despaché.

—Cayetana, no te reconozco, ¿Cómo fuiste tan mezquina? —dijo Adelai cuando le expuse cómo acabó la noche.

— Sinceramente, lo hice con naturalidad, sin pensarlo, ¡he caído ahora que fue una crueldad!

—Caye, creo que estás frivolizando un poco con eso de ser licenciada en zorra— dijo

Maggie.

— ¿Margarita? La insensible de Maggie, llamándome a mí frívola. Maggie, tú y yo

tenemos que hablar. Me da que has conocido a alguien que ha sabido

sintonizarte.

Últimamente solo hablamos de mí, chicas, mono tema, mono tema...

—Bueno, otro día será mi mono tema, pero ahora no me desvíes, Cayetana, ¿Cuántas

veces has estado enamorada de verdad? —Preguntó Maggie.

—No sé, puede que una. No creo en el amor. Dejé de creer en el amor hace mucho.

He estado con muchos hombres, lo mejor que puedo decir de algunos de ellos es que fueron buenos amantes, otros, no llegaron ni a eso. Por mucho que Emanoel Wilson, me

alegre el oído, no me pienso dejar cautivar, chicas. ¡Es cubano! No me creo nada, todo es un paripé, así que como es un paripé, por qué narices debe dormir en mi cama. Las gemelas me miraban extasiadas, como si un espectro se hubiera posado en mi hombro.

—Chicas, no me miréis así. Entended que para mí los hombres son causa perdida.

¿Cómo te van a bajar la Luna, si ni siquiera bajan la tapa del inodoro?

De algún modo entendí a mis amigas, sí, me había pasado. Me disculpé a Emanoel por haberle usado de botones (y en ese momento, me sentí ruin y algo racista) pero lo de que no durmiera conmigo, seguía siendo algo infranqueable. Mi cubano pareció no tomárselo como algo personal, no se sintió ofendido, dijo que me entendía y volvimos a

vernós, volvimos a bailar y a desearnos. De nuevo tentó a la opción de quererse quedar a dormir esa noche en mi cama, de algún modo incluso llegó a perder su dignidad, pegando

su pesado cuerpo en el colchón, sin quererse mover. Fue una batalla de terquedad que pretendía vencer. Yo, enfadada, tomé una sábana del armario y me dirigí a la habitación de invitados. Fue entonces cuando Emanoel se sintió

algo humillado, no era bien recibido en mi cama, así que se largó.

—Bombonsito, me da pena contigo mi *amol*. Tuve yo que *pagal* los platitos rotos de otros zánganos.

Sentí ganas de llorar, no me pude esconder, sus palabras, su cara de compasión hacia

mí, su imagen de caballero cuidadoso, no me permitieron ser aquella pérvida licenciada en zorra.

—Emanoel— dije con lágrimas en mis ojos. —Tú has visto esos sobres transparentes

de jamón en las charcuterías. Pues así está mi corazón, envasado al vacío. No quiero con esto darte pena, ni pedirte compasión, no la merezco. Soy algo mezquina, lo sé. Pero antes, fui todo lo contrario. Amaba sin medida, daba hasta mis vísceras, era intensa. Hasta que un día, tuve que recoger los cachitos de mi corazón, los recompuse de nuevo, comprobé que conocía cada pieza, que no era la primera vez que tenía que ensamblarlos.

Sentí al mismo tiempo que no existía esperanza, para mí, no la hay. El amor no existe Emanoel. Sé que lo más triste en la vida es sentir que no hay esperanza. Ese sentimiento ha hecho que me olvide del amor carnal, sé que no es bueno, he frivolidado mucho con las relaciones de pareja. Emanoel, siento que no soy justa contigo, que soy una verdadera

zorra. Te digo todo esto porque mereces saber quién es la verdadera Cayetana, quiero seguir saludándote, trabajar contigo, no quiero rollos melodramáticos.

—Cayetana, me da penita que te apagaras, que los hombres signifiquen nada para ti.

No me gusta saber que te diste un día por vencida. Me dejas que te dé un consejito, mi *amol*. Aprende a tomar la medida exacta, no seas tan radical, porque tu actitud puede dañarles, la vaina no está ser una zorra que humilla a los hombres, porque de algún modo, te vuelves como ellos, y les haces lo que a ti no te gustaría que te hicieran, bueno, yo no quisiera que hicieran eso

conmigo.

Mientras el bueno de Emanoel me hablaba, me acordaba de aquel momento en el que

le entregué mi bolsa de basura, garrafa y botella incluida. Tenía esa imagen en la retina y quería morir. No quiero seguir siendo pesado con eso de dormir contigo, Cayetana, no quiero bajarte la Luna, pero déjame que te cuide, déjame demostrarte que sí hay hombres

buenos y protectores.

—A decir verdad, ya hace mucho que me lo demostraste Emanoel, sólo que contigo

no tuve piedad.

Esa noche Emanoel durmió en mi cama abrazado a mí. Había olvidado esa sensación

de sentirse protegida, custodiada y arropada por alguien. La oscuridad fue el único testigo de mi dulce sonrisa y bienestar al sentirle tan unido a mí, al sentirme por fin querida sin condiciones.

A la mañana siguiente fue cuando tomé la gran decisión. No me harían daño, todavía

no estaba predispuesta a pinchar la bolsita que protegía a mi corazón, pero yo tampoco les usaría como un juguete roto, había llegado el momento del cese de armas sexuales en mi

vida. ¡Alto al fuego, querida vulva! – me dije.



Hacía ya dos meses que no me encargaban bodas. ¿Qué pasaba con los podridamente

ricos? ¿Han dejado de creer en el amor? Por suerte, seguía trabajando de *personal shopper*, pero era un empleo mucho más agotador que el de las bodas. Nunca imaginé que así fuera, el tema de las bodas engloba muchas diligencias que se pueden tramitar desde

un despacho, sin moverse de casa, sin maquillaje, sin tacones... Para ser *personal shopper*, no sólo tienes que leerte todas las revistas mensuales y bimensuales relacionadas con la moda, sino que tienes que conocer las características de cada marca, prenda, tienda.

Y tú debes lucir siempre divina, porque eres un ejemplo. Todo importa. Además, cada caso es un mundo. Por ejemplo, tuve una cliente que asesorar con un pecho precioso que

le acomplejaba. Estaba a punto de someterse a una reducción de pechos, hasta que le pude demostrar que su problema estribaba en que no sabía elegir su talla de sujetador. En este caso, debo saber, en qué tienda puede haber una dependienta que se meta dentro del probador y le explique a ésta que es lo que hace mal y cómo elegir una buena talla. No

todo lo que está de moda sienta bien y la solución no es siempre pasar por quirófano...

¡Qué cosas tiene la vida! Tanto lo malo como lo bueno viene de golpe. Cuando menos

te lo esperas viene una gran noticia, y, cuando todavía no lo has asimilado, otra gran noticia pretende eclipsar a la anterior. Sucede con las desgracias,

pero, afortunadamente, también con las buenas noticias. La revista *ELLA* se ofreció a comprar mi blog. Mi trabajo empezaba a hacerme popular, estaba entusiasmada, ¡no me lo podía creer! Tuve que ir a

entrevistarme con los editores de contenido, querían orientarme con el estilo de entradas, ofrecerme soporte informático, y, sobre todo...había que escuchar la oferta retributiva.

Dos meses después de firmar mi contrato con la revista *ELLA*, la secretaria de Don Agapito se puso en contacto conmigo. Quería que me reuniera con él y el comité de accionistas del canal de televisión. Me pareció un tanto extraño que Don Agapito no me

llamara directamente. Yo era como de la familia, así lo había manifestado él públicamente.

Llegué a pensar que era una broma de mal gusto, pero aun así no podía declinar semejante oferta. Me quedé con mi albornoz y mi mascarilla de arcilla, mirando el armario como si

éste fuera a caer sobre mí y yo estuviera dispuesta a ser tragada por mis trapos y ornamentos. Me estaba volviendo un icono de la moda, y, a veces, me abrumaba tal situación. Seguía siendo una vieja rica tonta. Si tenía algún artículo de marca había sido regalo de alguna de mis clientas o de alguna de las tiendas que recomendaba. Pero, si algo había aprendido tras pertenecer al mundo de los mortales que no tienen un duro, era a mostrarse como una es, con autenticidad, con originalidad, sin necesidad de querer encajar aunque sea con calzador. Nunca antes había sido tan feliz. Se es más feliz cuando te conformas con pocas cosas y mandas al cuerno lo superficial. Sí, esta norma atenta de

algún modo con los principios de muchas de mis clientas... pero allá ellas... yo sólo me preocupo por hacer un gran trabajo. Y mientras navegaba en mis pensamientos, frente al

armario, me decidí por un precioso traje chaqueta primaveral de pantalón pitillo, camiseta de algodón blanca y un colgante de piedras azules. Me enfundaría mis *PeepToes* de *Guess*, un maquillaje ligero y me largaría a mi entrevista ¡con los de la tele!

El factor sorpresa aquí, carecía de existencia. Soy pava, pero no tonta, suponía que

me iban a ofrecer un buen trabajo en televisión. No veía a Don Agapito con pintas de sobornarme o pedirme nada indecente, como ser una *mama chico* o algo así.

Agapito se sentía muy orgulloso de sus dos hijas. Nunca tuvo una idea concebida de

lo que quería que fuesen. Tenían dinero, no hacía falta que se labraran por un futuro.

Adelai siempre quiso ser la señora de, preocuparse por calcular las calorías y no perder la disciplina yendo al gimnasio, eran dos de sus principales reglas. En cambio Maggie, era la antítesis de su hermana. Le importaba poco el gimnasio y las calorías. Era una chica amante de los animales y el deporte de riesgo. Y aunque ambas tenían una cara un tanto

angelical, Maggie tenía ligeros matices de chicozo. Siempre calzando zapato plano, ropa

cómoda, ignorando el maquillaje, las marcas y detestando el mundo al que pertenecía. Lo

único que ambas tenían en común eran los cimientos en los que Don Agapito y Doña Mercedes las habían educado: fidelidad, honestidad y generosidad. Eran dos grandes amigas, casi dos verdaderas hermanas. Y su padre, empezaba a comportarse como el tío o

padrino que nunca tuve.

Don Agapito me recibió en un austero despacho que, bien podía intuirse, usaba en escasas ocasiones, puesto que su despacho principal se encontraba en el Paseo de La Castellana. Me trató como siempre, de forma amistosa y cariñosa, como la gran amiga que soy de sus hijas. Me preguntó por mis padres, mi trabajo, mis inquietudes, me felicitó por mi blog...Y no se anduvo con rodeos, puesto que mientras me preguntaba, recogió sus

pertenencias, tomó la americana y me acompañó a la puerta.

—Hemos reservado mesa en El Mirador de El Goloso . Iremos con mi coche. ¿Te parece?

—El Goloso, ahí solía ir con mis padres de pequeña, qué bellos recuerdos— contesté.

El Goloso era un restaurante muy familiar, ubicado en la Carretera de Colmenar Viejo. No sólo era un gran restaurante donde ubicar a casi doscientos comensales, con sus cuatro salones y su comida cien por cien casera y con un sabor único. Lo especial era su preciosa terraza de espectaculares vistas a la Sierra de Madrid donde parecía detenerse el tiempo. Nunca había subido en el coche de Don Agapito, coche que recordé, fue de los últimos que vendimos en el concesionario. Un Mercedes Clase C de diseño deportivo, refinado y elegante.

—Cayetana, no te muerdas las uñas, tranquila— dijo dándome un manotazo—

—Voy a ir preparándote sobre lo que vamos a hablar en la comida. Hemos apostado

por ti para un nuevo programa. Todos confiamos en tu potencial, hemos adquirido un

formato de programa que ha tenido gran éxito en Estados Unidos y en Inglaterra. Se titulará: *Me gusto con o sin ropa*. No importará la forma física del concursante, siempre serán mujeres, tú tendrás que demostrarle que es posible quererse, que es posible lucirse desnuda y vestida. Será un trabajo de autoestima. Tendrás la inestimable ayuda de una psiquiatra, la doctora Almudena Elliot, famosísima por el éxito que han tenido sus libros de crecimiento personal, un estilista y una cirujana plástica que tú deberás elegir.

Aquí no tenía ni un ápice de duda, Catalina Quesada era la perfecta candidata como

cirujana, y como estilista tenía a varios en mente. Don Agapito hacía hincapié en que en ningún momento se pretendía hacer apología de la cirugía estética.

Siempre se haría uso

de ella en casos extremos, con malformaciones, imperfecciones, siempre con la finalidad

de armonizar el físico o sanar traumas. Ese era el mensaje que se pretendía dar al público, mensaje que la doctora Quesada siempre había defendido.

Mi pregunta ahora, entre tú y yo, con plena sinceridad, sin cargos de conciencia, dime: — ¿Te sientes capacitada para llevar a cabo este reto?

—Pues ¡Claro que sí! —Grité excitada. Respuesta que, obviamente, Don Agapito

conocía bien, estaba poniéndome a prueba.

—Vale, lo suponía— Dijo con una sonrisa picarona que me hizo imaginarme como fue él de joven. Seguro que un verdadero Dandi.

—Sólo quería verte segura. Quiero que les dejes impresionados con tu seguridad, ya

que no te han visto frente una cámara. Quiero que vean lo que eres, una licenciada en periodismo experta en protocolo y amateur de las compras.

Me quedé atónita con sus palabras. Don Agapito me describía de una forma que era

bien merecedora de ese puesto de presentadora. ¿Eso era lo que era? Licenciada en periodismo, experta en protocolo y amateur de las compras. Había olvidado tantas veces

en mi vida que era licenciada en periodismo. Quizás porque nunca ejercí o porque ya habían pasado años desde que finalizara la carrera. Pero, desde que mis padres cerraron el concesionario, nunca me pasó por la mente la idea de postular en trabajos relacionados con el periodismo. A pesar de olvidar mi identidad me hice con un blog, nunca lo hice como estrategia. Sólo quería servir de reseña para mucha gente, informar a muchas de mis clientas lo que estaba de moda y lo que no, las novedades, lanzamientos. Ya que ellas siempre

habían confiado en mi criterio, no quería abandonarlas. Me centré en escribir sobre trucos a la hora de comprar la ropa adecuada que disimula las imperfecciones, cortes de pelo favorecedores, maquillajes que resaltan los rasgos de mayor atractivo... consejos

al alcance de cualquier economía. Colgaban fotos mías con ropa de todas las marcas y para todos los bolsillos. En ese instante, camino al restaurante, por mi mente pasaron múltiples imágenes de todo lo que había estado haciendo hasta hoy. Recordé de nuevo mi

blog, mis entradas, los numerosos comentarios que recibía a diario, los conocimientos adquiridos de tienda en tienda o de boda en boda... Y sentí que de verdad era gran merecedora de ese puesto de trabajo, pero no sólo eso, que no habría en España otra candidata que supiera hacerlo mejor. Y me acordé de aquel célebre discurso de *Steve Jobs*,

que no había logrado antes entender, cuando dijo: *“no puedes conectar los puntos hacia adelante, sólo puedes hacerlo hacia atrás. Así que tenéis que confiar en que los puntos se conectarán alguna vez en el futuro. Tienes que confiar en algo, tu instinto, el destino, la vida, el karma, lo que sea.”*

Cayetana Suárez de la Franca iba a ser la presentadora del programa *Me gusto con o sin ropa*. Sí o sí.

Me llevé a casa varias cintas de vídeo donde reproducir los programas del formato original de Inglaterra. Lo que el presentador hacía, para mí, era algo básico que yo hacía a diario con mis clientas. Una de las claves más complejas constaba en convertir las pequeñas imperfecciones de las mujeres en parte de sus virtudes. Cada semana, una mujer

se coloca ante la cámara para enfrentarse a sus complejos después de muchos años de despreocupación por su aspecto. No se le somete a una “transformación radical” sino a un cambio “en la percepción que tienen de sí mismas”. Lo más emocionante era la sesión de

fotografías. Ahí, la concursante mostraba una gran autoestima por lo que siempre detestó de sí misma, toda una gran revelación. Según los psicólogos, estaba probado que a partir de ese instante, la concursante ya no se abandonaba al descuido y su estado de ánimo cambiaba de forma estable.

El presentador del programa en formato británico era un gay con acento australiano,

un impresionante carisma y empatía con las mujeres; su personalidad hacía que éstas se sintieran cómodas con él. Las trataba como verdaderas damas, llenándolas de calificativos como “gorgeous” (preciosa) y “exquisite” (exquisita) “absolutely fabulous”

(absolutamente fabulosa), siempre refiriéndose de forma especial al cuerpo de cada mujer y describiéndolo con auténtico entusiasmo y fervor.

Las concursantes le adoraban, les importaba poco verse desnudas con sus embarazosos cuerpos delante de él. El resultado de todos los programas era invariablemente sensacional y la invitada terminaba siempre encantada y enamorada del conductor del programa, a pesar de que fuera homosexual.

Pensé que ese tenía que ser el secreto del éxito, y traté de ensayar frente al espejo qué palabras serían las perfectas para meterme a las concursantes en el bolsillo. Tenía que ser una palabra que saliera natural de mí, que no sonara a apósito indecoroso. Algo así como: espectacular, divina, preciosa...

Esa misma semana tuve que asistir a la televisión, firmar el contrato televisivo por un

año y prepararme para realizar el anuncio previo semanas antes del comienzo del programa. Iba a ser mi primera vez frente a un montón de cámaras, estaba hecha un flan,

pero lo disimulé, quizás gracias a que las gemelas vinieron a darme su apoyo y hacerme

sentir como en casa. Se habían aprendido el guion igual o mejor que yo.

Una voz masculina en off decía:

“Si es usted mujer sabe perfectamente bien que enfrentarse al espejo no es cosa fácil.

Cayetana Suárez de la Franca (y en ese instante aparecía yo con unas bolsas rollo *pretty woman...*), periodista, bloguera y asesora de moda, (y aquí salía una imagen mía curioseando el perchero de una flamante tienda) sabe perfectamente cómo te sientes, por

eso, será la encargada de ayudarte a subir la autoestima en cada episodio del programa: “

Me gusto con o sin ropa”.

—Porque ¡Eres sencillamente genuina! Decía yo, mirando a la cámara con mi mejor

sonrisa.

De nuevo la voz masculina en off:

“Cayetana se entrevistará con la invitada, le pedirá quedarse en ropa interior y la llevará a analizarse ante un gran espejo, le preguntará qué es lo que menos le gusta y cuando lo revele, Cayetana empezará a trabajar, la comparará con otros cuerpos reales, hará que reciba retroalimentación del público, quien también señalará sus puntos fuertes.

Después, analizará su armario, la llevará de compras y transformará su maquillaje y peinado con la ayuda de expertos, y finalmente...

(El anuncio, ocultaba lo mejor del programa....) La protagonista acabaría desfilando

en una pasarela en un centro comercial en ropa interior ante sus amigos, familia y una multitud de desconocidos, además de posar totalmente desnuda ante un fotógrafo profesional que la hará verse maravillosa.”(Todo esto aparecía con imágenes muy sutiles

en el anuncio).

Lo emitieron una semana después, antes de las noticias de las nueve. Esa tarde, fue

una locura, el teléfono no paraba de sonar, la gente en las redes sociales no cesaba de felicitarme. Recordé que no lo había comentado con los de la revista *ELLA* los cuales vieron que mi caché subiría y querían pedirme más contenidos. ¡Dios que estrés! Me sentí feliz, entusiasmada de encontrar el éxito, de que todo fuera tan sencillo y a la vez tan costoso. Visité a mis padres en Santander, quería darme un buen descanso pues me esperaban unos días agitados. Me habían advertido de los efectos agotadores de ser presentadora. Mis padres me recibieron con una botella de champán y unas anchoas de Santoña riquísimas. Mi padre y sus amigos me tomaron en brazos y casi me lanzan por los

aires. Todos estábamos pletóricos.

Antes de que iniciara el programa, me entrevisté con mis colaboradores, para ir tomando confianza, yo les conocía a todos—excepto a la doctora Elliot—pero quería que

se conocieran entre sí para fomentar la interacción. Siempre tuve buen rollo con todos y, Almudena Elliot, desde el primer instante, supe que iba a tener en ella una gran amistad.

Formábamos un equipo estupendo alrededor de las cámaras y fuera de ellas y muchos de

ellos eran mis confesores y compañeros de fatiga.



Ando feliz, orgullosa de mí misma, mis pasos tienen ritmo, merecen banda sonora. Estoy

satisfecha de que haya finalizado la primera edición del programa con record de audiencia. Se me ha dado bien ser presentadora-asesora. Quizás la ventaja

era que grabábamos el programa, ya que había que montar diferentes escenas. En plató grabamos

sólo la parte en la que habla la psiquiatra o los estilistas. Siempre andábamos en tiendas, probadores, población de la concursante, centros comerciales y otros escenarios variopintos. Teníamos una caravana donde me maquillaban, que me recuerda mucho a aquel programa de Jesús Puente de hace décadas. Aunque nos movíamos más que el chocho de una coja, opino que un programa así, grabado, me hizo el trabajo más fácil. En directo me hubiera hecho pis encima el primer día.

Salgo de la consulta de Almudena Elliot, he ido a visitarla pues ya la echo de menos,

y además me gusta confesarle mis inquietudes. Estoy orgullosa de haber aprendido a ser

presentadora, algo zorra y algo pava. Me dirijo a casa andando, moviendo los pies y los

brazos con alegría, como si fuera Dorothy adentrándose ya en el pueblo de Oz. Mientras

paseo, siento en mis piernas la canción: *we are off to see the wizard* y me imagino en casa preparando una bañera con espuma y sales, me relajaré mientras escucharé a mí querido

Sinatra. Mi dulce hogar no es Kansas, es un precioso apartamento en el barrio Salamanca

del cual no pago hipoteca. En mi “*Kansas*” me espera mi versión de *Toto* en Yorkshire, mi Boris mueve y ladea su culito mientras mueve su colita. — ¡Mi bebito, el amor de su mamita!— digo poniendo voz de súper pava. Prendo unas velas aromáticas alrededor de

la bañera y dejo la luz apagada. Son las ocho, todavía no ha anochecido y la escasa luz natural junto con las velas me sobra para facilitar mi relajación mientras preparo el baño.

Descorcho un Chardonay que acompaño con unas frambuesas y siento que nada me falta

ni me sobra. El timbre de la puerta rompe la magia usurpando mi intimidad. No estoy dispuesta a recibir a nadie porque no espero a alguien. Pero suena y suena y Boris ladra y ladra. Me pone de los nervios cuando mi niño se pone así de impertinente, pero puedo entenderlo, el sonido es constante, como si a alguien se le hubiera quedado el dedo pegado a él, así que, incómoda y algo iracunda— estímulo que se acentúa mientras miro por la mirilla— abro la puerta.

Intento repararle con mi mirada de forma disimulada, mi curiosidad no pierde ni un

sólo detalle de él ni de la niñita de unos cuatro años que lo acompaña. Un tipo raro, sí.

—Buenos días señorita Suárez de la Franca. Soy Gorka Azpilicueta, su vecino del ático y esta niña tan linda es Uxue. ¿Podemos pasar?

—No. ¿Qué es lo que queréis? ¿Se ha incendiado el edificio?— contesto lo más

antipática que puedo.

—Por favor, déjenos pasar señorita—.

Y sintiéndome furiosa por ser dominada, algo acorralada e intimidada, les hago pasar.

Uxue es una niña preciosa con rasgos orientales cautivadores y una armoniosa sonrisa.

Lleva un vestido con el cuerpo superior hecho de nido de abeja que me recuerda a mis vestidos de cuando era pequeña. Arrastra un peluche, sin sentirse incomodada, se sienta sobre mi alfombra de bambú y empieza a hablarle a su muñeco en un idioma de fonética

extraña que, incluso pienso que se inventa. Boris se acerca a olisquearla, ella

sin miedo le brinda a mi mascota su peluche, el cual lo toma por sus dientes y mete en su cesto, de donde rescata algún muñeco de goma que suena cuando lo muerde y que quiere brindarle

como detalle de bienvenida a su invitada. Me faltan ojos y viveza para observar lo que está sucediendo. Por ello me olvido de ofrecerles agua o comida, como me han educado. Ese

tío es un perro flauta burgués. Nunca pensé que los hubiera. Huele especialmente bien, como a incienso y vetiver. Parece buena persona pero es un tanto extraño. De complexión

fuerte, de estatura grande, mentón sobresaliente, nariz prominente, en fin, rasgos vascos.

Lleva el pelo recogido con un moño lleno de largas rastas hechas un manojo y anudadas

con una goma de espuma violeta. Su ropa de un estilo hippie, no parece comprada en un

rastro, la lleva con clase. Tiene un piercing en lo alto de su oreja y las muñecas tatuadas de preciosos trazos tribales en horizontal y simétricos. Intuyo que ese tatuaje, única pieza de dibujo indivisible, que trata de ser separado por otra extremidad, ha sido realizada por algún artista oriental. Tantas pistas me desconcentran de lo que estaba haciendo antes de que llamaran.

— ¡Mierda, la bañera!— Digo abandonándoles al escuchar a lo lejos el sonido del agua.

El perro flauta permanece serio de pie en la entrada de mi apartamento. Parece que me tiene que decir algo importante, algo que debe de importarme, ¿a mí? o, ¿a él? Esa es mi duda, que en segundos se va a resolver.

—Ya, disculpa, la bañera, iba a... bueno, dígame, que les trae por aquí. — digo mientras me acerco al salón nerviosa y deseando despacharles.

—Como le decía soy Gorka Azpilicueta y ella es mi hija adoptiva Uxue. Hace dos meses que la traje de Birmania se ha adaptado muy bien al entorno, es una niña feliz, divertida y encantadora. Birmania es un país de tradición budista, gobernada por un régimen militar dominada por varones, hay muchas barreras culturales que limitan el comportamiento y el funcionamiento de las mujeres, no se les permite tener una posición

privilegiada, no pueden estar por encima de los hombres ni de los monjes budistas. Soy artista, hago esculturas y pinto cuadros. Cuando no hay forma de vivir de lo que creo, trabajo como fotógrafo freelance de la revista National Geographic. Últimamente con la crisis no tengo encargos. En mi último viaje a Birmania, aproveché mi labor de fotógrafo para infiltrarme junto unos periodistas y activistas que denunciaban las violaciones de mujeres de minorías étnicas en zonas alejadas y perpetradas por soldados birmanos. Las

mujeres allí no suelen considerar la violación como un asunto de discriminación de género, sino como un problema del destino en una sociedad que mira con malos ojos al

sexo débil con ropas inapropiadas o yendo a lugares inadecuados. Las familias prefieren

callar, haciendo que sea más difícil para las víctimas la búsqueda de justicia en los tribunales. Muchos de los periodistas fueron torturados o asesinados durante la investigación. Las activistas y periodistas que se atrevieron a oponerse a la junta militar gobernante pagaron el alto precio de la tortura sistemática o fueron asesinadas por efectivos del ejército. Accidentalmente me encontré con Uxue, hija de una de las activistas birmanas condenadas a muerte. Una madre soltera víctima de una violación. Quedé cautivado por ella y tras conocer la ejecución de la madre, mi prioridad fue adoptarla y traerla aquí, a salvo. Moví hilos en el consulado, es mi hija legal. El trabajo para la revista, quedó en segundo plano. Fotografíe la fauna doméstica de Birmania, encabezada por el animal nacional, el elefante asiático, pavos reales y papagayos, pero no me adentré en la selva. Debo volver, perderme entre los inmensos bosques de Birmania donde viven los

leopardos, gatos salvajes, osos asiáticos y malayos, búfalos, jabalíes, antílopes, gibones, zorros voladores, tapires, manacos y monos salvajes. Se

cree que hay todavía rinocerontes de un sólo cuerno y es probable que queden algunos ejemplares de panda rojo en los bosques de Kachin. Como entenderá Uxue no puede acompañarme. Estos dos meses han

servido para que ella se aclimatara a Madrid. Ya habla un poco español.

— ¿Bueno y qué coño pinto yo en todo este rollo?— digo nerviosa, tratando de no ser

presa de sus argumentos e intimidar o avergonzar al perro flauta.

—Quisiera pedirle el favor de que cuide de Uxue en mi ausencia— dice con voz entrecortada.

— ¿Yoooo?— grité enfadada — ¿Quién te crees que soy yo para cuidar de una niña?

¡Tú tienes mucha jeta perro flauta!, con ese rollo de rasta y de hippie, manifestándote en contra de la pobreza, opresión y a favor de la igualdad, pretendes imponerme a mí, a mí, que ni siquiera sabes mi nombre, que debo de cuidar de una niña, que ni siquiera he elegido tener hijos. Perdona, tío, pero tu rollo no me va— digo invitándole con mis manos a largarse de mi casa.

—Cayetana—. Pronuncia demostrando saber mi nombre. —Conocí a tus abuelos,

cuando vivieron en este apartamento. Eran unos seres encantadores, me querían como a un

nieto más. Por eso he recurrido a ti. Este es un bloque donde sólo habita gente anciana o de pisos realquilados a estudiantes, como entenderás, no puedo dejar a Uxue a Doña Martina la del primero, tiene noventa y dos años y está sorda como una tapia. Aquí te dejo una copia de mis llaves. Puedes instalarte en mi casa si así lo deseas. Quizás será mejor para Uxue. Encima de la mesa, he dejado la documentación de Uxue y mil euros en

billetes de veinte, por si necesitas algo. Cayetana, por favor...

Permanece en silencio con miedo de que mis palabras vayan a herirle. Me

quedo observando a la pequeña, inocente de todo lo que sucede a su alrededor, incapaz de sentir miedo por el presente. Pienso en el vacío que le dejará temporalmente su padre, para ella

un héroe. Uxue me mira y sonrío. Sin poder evitarlo aflora en mí una emoción sujeta por dos impulsivas lágrimas que trataba de contener.

— ¿Y te dan pasta por salir a fotografiar bichos?— digo con toda la intención de herirle.

—Sí, me dan pasta—contesta defendiéndose. —Llevo varios meses sin encargos,

además, es como si mi parte creativa estuviera bloqueada. Me quedo mirando el instrumental, y no consigo hacer un solo trazo. Cuando me pasa, suelo largarme a hacer fotos.

—Uxue— pronuncio mirándola con miedo. La niña abandona a Boris y se acerca a

mí pidiendo con sus brazos que la tome en mi regazo. Obedezco a su estímulo, acaricio su pelo y beso su suave mejilla.

—Uxue significa paloma en vasco— dice él.

—Es bonito— dije mientras mis manos secaban esas malogradas lágrimas. El perro

flauta sonrío con alivio. Sin palabras, con mis gestos maternales, ha entendido que me quedaré con Uxue. — ¡Pero cómo me haces esto justo a tres días de que llegue semana santa! ¿No has pensado que yo podría tener un viaje organizado?

—Sí, es cierto. Entonces, hubiera recurrido a Doña Martina, pero supongo que subirás a Santander con tus padres y ellos podrán echarte una mano con Uxue.

Sentí rabia e impotencia de ver que sabía de mi vida y no por las revistas del corazón

o mi blog.

— ¿Cómo voy a subir a Santander con la niña y un *Cabrio*?

—Sobre la mesa, al lado de su documentación, he dejado las llaves de mi coche.

Plaza 15 del parking del edificio. Verás cómo te cautiva. Es una bendición de niña, Cayetana.

No era necesario que lo dijera—aunque sabía disimular muy bien, ese tío no se merecía saberlo—. La tengo en mis brazos unos segundos y sé que esa niña birmana de rasgos exóticos va a robarme el corazón. De inmediato pienso que no recordaba el nombre

del perro flauta burgués.

—Disculpa, con los nervios e intimidación, he olvidado tu nombre.

—Soy Gorka Azpiliqueta— dice entregándome su mano con intención de apretarla

con la mía.

—Encantada Gorka, asiento rígida y seria, demostrando que mi actitud es puro protocolo. Observo también que sus manos son gigantescas y que tiene un anillo tatuado

en su dedo corazón, con un símbolo que desconozco, pero que apostaría que es celta.

—En fin, mi avión sale en tres horas, tengo que salir pitando. Dejo feliz bajo tu tutela mi mayor tesoro, no me preguntes por qué, pero sé que vas a cuidarla igual o mejor que

yo. Me quedo tranquilo.

Pues qué suerte, porque yo estoy cagada. Pienso, para mis adentros.

Quito el tapón de la bañera y dejo que mi baño de espuma y sales se desvanezca. Es

viernes, no tenía planes (a parte de mi cita con mi bañera), no me atrevo a entrar al piso del perro flauta, me resulta incómodo visitar un hogar sin su dueño. Curiosear sus cosas es como atentar a la intimidad. Pero las pertenencias de Uxue se encuentran allí. Debo enfrentarme cuanto antes a la situación. La niña no debe extrañar nada suyo, hay que actuar con normalidad, así que tomo a la pequeña de la mano y me aventuro a entrar en el piso del perro flauta.

La casa del perro flauta es un hogar cálido, con muebles algo impersonales y colores

cálidos. El ambiente huele igual que él, a incienso y vetiver. Observo sobre la mesa, ahí se encuentra la documentación de Uxue, el dinero y las llaves de un coche. Quiero acercarme y curiosar los papeles, pero la niña me conduce a su habitación tirándome del brazo. Con su extraña fonética, quiere enseñarme sus juguetes. Aprovecho para

preguntarle si esta noche prefiere dormir en su cama o quiere llevarse algún juguete a mi apartamento. Creo que no me entiende, no sé si me lo nota, pero estoy asustada. Mi cuerpo sin moverse del eje, da una vuelta de ciento ochenta grados y se siente abandonada, como Uxue. Decido rastrear las habitaciones, me decido a subir por una angosta escalera escondida entre la cocina y el salón. Sabía que era un dúplex. La planta de arriba es el taller del artista, una sala grande y diáfana de techos altos con vigas y grandes ventanales con vistas al parque del retiro. Desconozco y poco me importa del estilo artístico del perro flauta, quizás lo menosprecie, pero poco le importé yo y mis planes. No merece mis respetos. Así que decido alejarme del lugar de creación del propietario.

La nevera del perro flauta está plagada de fruta y verdura fresca, de un color y olor

intenso, lo que intuía, un perro flauta de estos que se alimentan a base de cosas de la herboristería y de lo que la tierra fertiliza. El congelador está lleno de comida estimulante para niños con poco apetito, palitos de merluza, pescado

rebozado con la silueta de un pez, croquetas, helados de varios sabores. El tío se lo curra, parece un buen padre. Decido instalarme en ese piso, aunque de inmediato me viene otra mejor opción, la de adelantar el viaje a Santander con mis padres. Ellos me ayudarán con Uxue, harán que todo sea algo

más sencillo, además de momento estar con ella es como una película de cine mudo, no

habla y ¡no sé qué demonios hacer con ella!

—Papá, ¿tu recuerdas a algún vecino de casa de los abuelos que se apellidara Azpilicueta? — pregunto sin remilgos tan pronto como oigo su voz al teléfono.

—Claro que sí hija. A Fernando Azpilicueta, que en paz descanse. Era vecino y gran

amigo mío. ¡Si hasta hicimos juntos la mili! ¿Por qué lo preguntas?

— ¿Conociste a su descendencia? — le interrogo.

—Sí, tenía dos hijos, Edurne y Gorka. Tú jugabas con ellos, ¿no recuerdas?

—No, no recuerdo.

—Cuando vengas a Santander, te enseñaré una foto en la que estáis bañándoos en la

piscina.

—Bueno, ¿A cuento de qué vienen estas preguntas? ¿Qué ha pasado? Déjate de tanto

interrogatorio y dinos.

Les cuento a mis padres lo sucedido y lo que me repatea es que lo ven tan normal.

Claro, ellos tan religiosos, ¿qué van a decir? Se sienten orgullosos de la confianza que Azpilicueta ha depositado en mí. Sienten que es un honor y una

gran responsabilidad y están convencidos que sabré hacer una gran labor humana. Me animan a que adelante el

viaje unos días, ya que tengo la agenda sin una reserva. Es tarde, hoy pasará la noche aquí y mañana nos marcharemos. Sólo me he descuidado unos minutos y ya la he perdido de

mi vista. Me acerco al dormitorio y me la encuentro ahí, dormida, sobre mi cama acurrucada con sus zapatos y su vestido. La he tomado en mis brazos para colocarla dentro de mi cama, y he comprobado que ha quedado dormida agarrando con fuerza el frasco de

mi perfume JÁDORE DIOR.

De inmediato viene a mi mente aquella tribu birmana, famosa porque sus mujeres llevaban gran cantidad de aros en el cuello y se las conocían como las mujeres jirafa.

Siento miedo, pavor, incomodidad pero sobre todo felicidad de darle refugio a aquella pequeña. ¿Cómo me he llegado a descuidar tanto? Tomo el frasco y lo escondo entre mis

calcetines, debo desprenderme de él, inexorablemente, cambiaré de perfume.

Odio hacer las maletas. Es algo que no soporto, y eso que me encanta viajar. En este

caso debo preparar maletas por partida doble, suerte que la niña es autónoma y no necesita ni carritos ni pañales... Aun así son demasiados trastos para almacenar en mi *Cabrio*. No me cabe duda que usaré el coche del perro flauta, a no ser que sea un trasto sin dirección asistida ni elevalunas... de este tío, me espero cualquier cosa. ¿Cómo pude no fijarme en

la forma de llave de su vehículo?

Caprichosamente y llena de curiosidad, vuelvo a acercarme a la mesa del salón en el

apartamento de Gorka. Ahora entiendo mi confusión. El coche debe ser

moderno, puesto

que la llave es de funda de cáscara con mono mando. Pero el llavero que las sostiene es de chapa en el que están impresas unas furgonetas hippies en la playa y unas tablas de surf hawaianas de fondo. Observo el pasaporte y el DNI de la pequeña. Ahora está más linda y

con rostro más sano que en el de la foto. Le ha debido sentar bien Madrid y los cuidados de su nuevo padre. Coloco las llaves y documentación en la cartera, cojo las maletas y le pido a Uxue que me ayude. Ella lleva el bolso de mano de *Luis Vuiton*, donde se cobija Boris.

Diviso la plaza número quince. Para creer lo que veo aprieto con mi anular el mando

del coche y si, se encienden las luces, ese trasto de coche es el coche del perro flauta. —

¡Dios santo y adorado, espero que lleguemos sanas!— me lamento. El coche de Gorka—

perdón, aquí no le toca ser llamado perro flauta— es un todoterreno Jeep. ¿Y dónde voy

yo con ese tanque? Debería tener sólo un par de años, porque presentaba un interior de lujo con telas contemporáneas, elegantes detalles de costuras, nuevas características suaves al tacto, detalles cromados satinados, techo corredizo eléctrico. Pero esto es un

coche para conducir entre rocas, lodo, arena del desierto o nieve.

—Uxue, voy a llevar este nave acorazada, espero no tengas miedo. Iré todo el tiempo

por el carril derecho, me pitarán los camiones, me harán las luces y dirán comentarios machistas, pero tú tranquila, Tía Cayetana no les enseñará el dedo corazón por el retrovisor ni hará cosas bruscas que puedan asustarte.

No sé si me entiende, pero necesito hablar con alguien y ella merece empezar

a entender el castellano. Uxue es la niña oriental más bella que jamás haya visto. Tiene los ojos pequeños pero muy vivos, unos labios gruesos acompañados de un lunar en la comisura superior del labio. Es viva, risueña, divertida. Siempre quiere jugar. No es nada caprichosa ni llorona ni testaruda. Además de ser especialmente agradecida con todas mis muestras de cariño.

Una vez llego a la Ctra. de Burgos, me doy cuenta de que mis pies y manos se han

ensamblado bien con este trasto. Ni siquiera he sido consciente de que llevo un rato por el carril izquierdo. Uxue va en su sillita reglamentaria en el asiento de atrás, la música está bajita porque no quiero despistarme de los dos ocupantes. De momento Boris ronca, como

si fuera un viejo. ¡Dios, con lo chiquitín que es...!

No soy consciente del itinerario, quizás porque me lo conozco de memoria, son demasiadas veces en mi vida las que he tenido que hacer este trayecto. Son las cuatro de la tarde, hace un día de esos que el sol acaba poniéndote de buen humor aunque no quieras.

Uxue señala algo, pronuncia unas palabras. Parecen ininteligibles, pero al preguntarle un qué, repite la corta frase que me deja perpleja: —Mira Tana— dice la pequeña mientras señala al famoso toro de Osborne que, para mí, había pasado desapercibido.

—Es un toro, Uxue— digo mirándola desde el retrovisor.

¡Tana! ¡Me llama Tana! Sabe mi nombre, pero le resulta más fácil llamarme Tana. Y a

mí me encanta. Nunca nadie me llamó así, me parece tierno.

Llevamos ya dos horas de trayecto, me da pena no tener ningún cd de música infantil,

así que decido parar en un área de servicio, para que todos, incluido Boris, hagamos pis, bebamos algún refresco y trataré de encontrar algo de música

para la niña. Dios, yo me

quedé con *Barrio Sésamo*, *Don Pin Pon* y *Espinete*. Y ahora, *Pocoyo* ¿les desbanca?

Decido comprar uno genérico. ¡Dios santo, estoy oxidada, no conozco ni una sola canción, excepto la del *Veo Veo* y *el barquito chiquitito*! Uxue parece contenta, las canciones la han estimulado, pero la música la ha relajado y acaba durmiéndose. Llegamos a Santander y

tengo que tomarla en brazos, se ha quedado frita. Me da pena, quería que no pueda conocer a mis padres. Ellos están en la puerta de nuestra casa solariega. Es una casa preciosa de una planta, hecha de piedra, con balcones de madera, está en una zona tranquila y residencial a cuatro kilómetros del centro y playas del sardinero.

—Cuando despierte veréis qué linda y carismática es Uxue—digo con voz baja como

presentación.

Mamá la toma en brazos y acuesta. Papá me trae una copa de vino y unas cuñas de

queso curado para acompañarlo.

—Papá, háblame de los Azpilicueta.

—Se marcharon al País Vasco cuando tú y Gorka tendríais siete años. Dos años después Fernando falleció.

—A tu padre le afectó mucho su muerte, se querían como hermanos— dice mamá

uniéndose a la conversación.

—Mamá, no recuerdo. He visto alguna vez fotos mías con otros niños que he desconocido cuando he sacado fotos viejas, pero no recuerdo ese momento.

—Pues es raro, porque tú te divertías mucho con ellos. Sobre todo con Gorka, erais

de la misma edad. Recuerdo que un día jugasteis a casaros. Edurne y tú organizasteis una boda en el patio. Otros amigos hacían de padrinos o curas. Pero llegó Gorka y dijo que él quería jugar a ver quién saltaba más lejos desde el columpio en movimiento y tú te pusiste hecha un basilisco porque él no había cumplido con su palabra.

Dios, ¿yo emperrada con el perro flauta? ¡Qué mal gusto debí tener!

— Espera, voy a traerte las fotos, las dejé preparadas esta mañana en el escritorio.

Había visto esas fotos en cuantiosas ocasiones. Tenía un vago recuerdo de esos muchachos, pero nunca llegué a sentir cierto vacío por su partida. Bueno, de pequeños es tan fácil hacer amigos, que una ausencia, se suple de inmediato... Edurne y Gorka, eran

unos niños guapos, bien vestidos y, mirando la foto, me atrevería a decir, muy disciplinados. Edurne llevaba dos lazos perfectos en el cabello, Gorka tenía los calcetines correctamente puestos y las rodillas sin un rasguño. Vaya con el perro flauta... ¿Y qué habrá sido de Edurne?

—Debo de tener en listín telefónico el teléfono de Fernando, igual con ese teléfono

podríamos localizar a Edurne, pero no me atrevería a llamar. Cayetana, si te ha pedido el favor de cuidar de Uxue, debe de ser porque se ve realmente sólo.

—Sí, papá. Tratemos de implicarnos lo justo, es una obra de caridad, nada más.



Tras apagar el móvil y esconderlo en el cajón de la mesa de mi oficina durante dos días, decido volverlo a encender, nerviosa, atacada, deseando que él, al otro lado me estuviera echando de menos y temiera perderme. No tengo ni un solo mensaje de whats

app. Me siento desgraciada, actúo de forma iracunda, abandonando mi lugar de trabajo,

preparando cuatro trapos en una maleta y dirigiéndome al coche, el cual arranco con desafío y conduzco a gran velocidad hasta llegar a mi refugio favorito. El lugar de escapada familiar durante mi infancia, el Pantano de San Juan, situado en Ávila, uno de los pantanos más vírgenes que hay cerca de Madrid. Ver que empieza a atardecer hace que mi soledad se aflija mucho más. Me siento vacía, usada, mal amada y deseada para gozo y disfrute, pero sobre todo, me siento vulnerable y frágil, incapaz de seguir con esta angustia. Estiro mi brazo tomando impulso y lanzo mi móvil con rabia en el interior del

pantano. Suerte que nadie me ha visto, esto supondría una buena multa por contaminación.

Aunque me vendría hasta bien que apareciera el guardabosques, le pediría clemencia, le

rogaría un abrazo compasivo, le agarraría por los brazos buscando algo de aliento, descongestionaría esta pena tan grande que invade mi pecho y le pegaría todas mis babas y lágrimas en su hombro, contándole lo desgraciada que soy. Pero soy tan mequetrefe, que

aquí no me acompaña ni el guarda bosques. Quizás es porque la primavera ha comenzado

hace tan solo dos días y sigue haciendo un clima hibernal. Aunque, miremos el lado positivo, el agua se ha descongelado, lo testifica el sonido y las ondas que ha emitido mi móvil al sumergirse.

Me siento liberada pero algo más cabreada con el mundo y conmigo mismo.

De nuevo arranco el coche y maniobro con brusquedad, removiendo y levantando el

polvo del suelo. Me dirijo a Santander, donde busco cobijo en los brazos de mi amiga Cayetana.

Cuando tan solo queda una hora para llegar a mi destino tomo conciencia de mi estado de evasión y me asusto. — ¡Maggie, coño, cómo es posible que hayas llegado hasta

aquí sana y salva!— me digo a mi misma amonestándome.

Me he pasado todo el viaje recordándole. Recordando cómo empezó todo.

Rememorando cada momento vivido. Único, irrepetible y tan perfecto, que hace que la vida deje de adquirir significado.

Hasta hoy, después de décadas, trabajándome la parte afectiva, me veo en una situación preocupante, una situación que puede alterar mi destino y por consecuencia, mi felicidad en los próximos sesenta años. Sí, es jodido.

Damián. Cada vez que pronuncio su nombre, mi saliva se almibara. Nos conocimos hace un año en un circuito de Fórmula 1. Él es un apasionado del deporte de riesgo y como tal, compite como amateur en carreras privadas. Ese día compartimos gradas con mi

amiga María. La cual se sintió algo fuera de lugar, puesto que Damián y yo, sentimos una atracción incontrolable y no parábamos de hablar y hablar. A partir de ese día, establecimos una preciosa amistad envuelta de una silenciosa e incontrolable atracción sexual. A Damián le encantan los animales y se quedó muy sorprendido de saber que yo

tenía un criadero de Yorkshires. Yo sin dudarlo le invité a que se pasara por

mi chalet, donde tengo habilitada una pequeña parcela, como un pequeño establo donde mis canes están en su paraíso particular.

Cenas y largas charlas envolvieron nuestra linda amistad. Deseaba con el tiempo se

convirtiera en una historia pasional y mi error fue que pensé que era una ilusión recíproca.

Lo tratábamos de disimular en persona, pero cuando uno se alejaba del otro, se iniciaban las conversaciones ardientes, como no, por el whatsapp. Hasta que un día, sin podernos contener, nos citamos para resarcirnos. Recuerdo que era un domingo por la noche, alrededor de las once. La culpable fui yo, que le pregunté si le gustaba besar. El respondió que sí y yo le mandé algunas una locución ardiente que decía: —Te gusta besarrrrr...

mmmmmmmm. Qué bien...

—No voy a ir Maggie, es muy tarde, además somos amigos.

—Lo sé, no vas a venir... no tienes lo que hay que tener—desafié.

—Venga tócate y hazme caso a todo lo que yo te ordené— imperó Damián.

—No, no me voy a tocar, estoy hasta el moñete de tocarme pensando en ti. No me quiero tocar. Deseo algo más que tocarme, algo que no me puede dar mi vibrador. Mira,

me estoy enfadando, Damián, déjame, no vas a venir, pues colgamos y aquí paz y mañana

gloria.

Mi actitud de mujer fatal funcionó, puesto que de repente Damián me preguntó:

— ¿Tienes condones?

—Sí, ¿por?

—Salgo ya de casa.

— ¡En serio! ¡¡¡En serio que vienes!!! Dije poniéndome en pie sobre la cama y saltando como una volantinera.

Buff, no me lo podía creer ¡Por fin Damián daba su brazo a torcer! Creo que voy a

lavarme y elegir las braguitas más monas, además de perfumar mi entrepierna y sacudir las sábanas para que no se apreciara que yo había yacido y a punto estaba de dormirme.

Damián vive en Villaviciosa de Odón, que está a unos cuarenta minutos sin tráfico de

La Moraleja. Pero éste, no tardó ni quince minutos en aparecer por mi chalet.

— ¿Dios mío, Damián que has venido en avioneta? No me ha dado tiempo ni de

encender las velas y el incienso— le dije nada más recibirle en el porche mientras le devoraba con la mirada y buscaba sus labios. ¡Ese iba a ser nuestro primer beso!

Mi Damián es escorpio, ascendente escorpio. A mí siempre me han vuelto loca de atar los chicos de signo escorpio. Son intensos, pasionales, les gusta luchar, regodearse de la angustia y la agonía. Es un signo que vive para experimentar y expresar emociones.

Aunque los sentimientos son importantes para escorpio, lo demuestran de una manera diferente a los otros signos de agua, los conservan dentro de sí mismos.

Como buen escorpio evitó los besos que pretendía robarle desde el porche de mi casa.

Un escorpio, reserva los abrazos y besos para la soledad del hogar, y solamente cuando se siente seguro. Se siente incómodo frente a las exageraciones, y mucho más en público. Son más bien tímidos, y como sucedía

en este caso, hasta que se animan a confesarle su amor a una chica dan miles de vueltas y generalmente ésta será la que sutilmente tome la iniciativa. Pero una vez que toman confianza, son unos verdaderos leones. Yo odio esto de las relaciones matriarcales, pero qué le vamos a hacer, me ponen los chicos de signo escorpio, es el signo zodiacal más sensual. Increíblemente apasionado, Escorpio toma la intimidad muy en serio. Su pareja debe ser inteligente y honesta, ya que para Escorpio, gran parte de la seducción comienza antes de entrar en la habitación; a través de la conversación y la observación. Una vez enamorados, son devotos y leales para siempre. Pero, las relaciones pueden tomar algún tiempo en desarrollarse totalmente.

Escorpio está unido al sexo, la pasión y el deseo, en la oscuridad, pierde toda su inhibición y se comporta como un maestro entre las sábanas.

Esa noche tuvimos buen sexo, no increíble, pero prometedor. No obstante, Damián, tras culminar y dejar su exhausto cuerpo sobre el mío, se apartó y me hizo una propuesta decente.

—Maggie, esto no debe volver a suceder. No puedo amarte. No puedo darte lo que mereces. Ha estado genial, pero quiero sacrificar una hora de sexo por miles de horas contigo. Si seguimos siendo amantes, te faltaré al respeto, te usaré como un trapo y todo se irá al garete. Tus conversaciones me nutren tanto... Necesito tenerte como amiga. Me gustaría que a partir de este instante, olvidáramos lo que ha sucedido y nos comportásemos como si fuéramos amigos de la infancia. Ando escaso de amigos, Maggie,

te necesito. El sexo no es tan importante y tú eres capaz de complementarme en tantas otras cosas...

Quedé perpleja, aunque supe disimular. Para mí el sexo, claro que era importante, era

vital. Vamos, si por mí fuera, le haría infusiones de viagra a mi hombre... Pero vi que la

única vía transitable era la suya así que asentí conformada. Le acompañé hasta el coche donde le robé unos cuantos besos y le prometí que no volvería a suceder un incidente tan ardiente como el que acababa de suceder. No

obstante, cuando desde fuera del coche, le

indicé un atajo para llegar a la M-40, metí mi cabeza por la ventana y volví a robarle otro beso, éste era un beso enroscado e intenso. El me sonrió con esa sonrisa que tiene tan pilla y me dijo. —Este fue el último.

—Eso porque tú quieres, los besos robados son los mejores—dije alejándome de él mientras andaba de espaldas y le lanzaba besos al viento.

Las palabras, como dice el refrán, se las lleva el viento. Dos días después acabamos,

como digo yo, teniendo un *remember* telefónico muy ardiente. No obstante, al culminar, volvió a instarme que nunca volviera a suceder. A partir de ese instante, nació una amistad entre los dos. Quedábamos casi todos los fines de semana. Compartía con él excursiones

sin rumbo con su moto, a una velocidad vertiginosa. Salíamos los domingos a merendar,

teníamos largas charlas, paseábamos por el casco antiguo de la ciudad, cenábamos en terrazas tapitas o pinchos. Luego, como un buen novio, me dejaba en la puerta de mi casa.

Yo me despedía de él dándole besos sonoros, de esos que dan las abuelas a las nietas. Le trataba como mi muñeco de peluche y él, hacía lo mismo.

Nuestra relación empezó a ser muy estrecha, de hecho, llegué a conseguir con él todo

lo que con otros hombres jamás tuve. Conversaciones telefónicas de horas, llamadas espontaneas llenas de mimos, en aquellos días en las que las mujeres están irascibles y con dolor menstrual, salidas a la naturaleza con nuestras mascotas. Viajes a lugares que ambos teníamos pendientes como Praga o Berlín. Todo parecía tan idílico... Viví durante meses,

deseando que llegase el momento en el que él no pudiera evitar confesar que se había enamorado de mí y no podía contenerse más. Soñé noche tras noche

en aquel momento en

el que nuestros cuerpos, llegarían a fundirse y el arrancaría de mi garganta gemidos de placer que nunca antes llegué a escuchar. Porque por primera vez en mi vida, me había enamorado de verdad. La situación empezó a ser insostenible, Damián vivía compungido

por las emociones, conteniendo sus sentimientos, decía que solo amó una vez y que había

quedado tan desgastado, que había renunciado por siempre a sentir, a vibrar amor. Pensé

que debía ser un ser intenso, que cuando amaba, lo hacía de verdad, y esa sensación, hacía que me volviera aún más loca por él. Damián me confesó aquella única noche en la que

pecamos, que estuvo enamorado de una forma desmesurada de su mujer—así la llamaba a

pesar de no haberse casado nunca—. Fueron quince años de amor profundo, quizás los últimos diez, fueron una lucha incansable por volver a ser lo que fueron. Damián se esforzó mucho por cambiarla hasta entender que debía aceptarla y entender que ya no estaban hechos para estar juntos. Quedó tan desgastado y roto, que se juró no volver a amar jamás en su vida. Solía confesarse un cabrón con las mujeres. Las usaba a su antojo, las echaba de su cama cuando llegaba la hora de dormir, desaparecía de sus vidas tras un tercer encuentro.

No podía aguantar más la situación. Las salidas dejaron de ser armónicas y divertidas

y empezaron a teñirse de frustración y continencia cada vez que compartíamos habitación.

Y como era de esperar, empecé a notar que Damián comenzaba a apagarse. Ya no era

aquel chico travieso que tan loca me volvía cuando me hablaba de como desafiaba a la muerte con actividades de riesgo, como el alpinismo, las carreras de motos, los coches de fórmula uno, viajes a la selva de Costa Rica. Fotos haciendo paracaidismo. Dejé de saber de él y sin dudarlo, le pregunté qué le sucedía.

—Maggie, no sé qué me pasa, me siento algo vacío. Sé que no tengo motivo, lo tengo todo, pero hay un vacío en el alma que me deja sin energía, sin ganas de hacer otra cosa que tumbarme en el sofá en silencio.

Se acercaba el momento, intuía. Esa sensación que le envolvía tenía que ver con el amor, no me cabía duda. Empatiqué con sus sentimientos, enamorarse de mí, tenía que ser

una gran putada para sus emociones. Así que mi respuesta a su vacío fue fraternal.

— ¿Quieres que vaya ahora mismo a Villaviciosa solo para darte un achuchón?

—Gracias Maggie, pero prefiero estar solo, cuando me pongo así, ni yo mismo me soporto.

Dos días después, volví a contactar con Damián, intuía que se sentía igual de pachucho y ¡tenía una impotencia! Unas ganas locas de darle todo el amor que llevaba contenido durante meses...

—*Hola Damián ¿cómo estás? (11:11)*

—*Sigo down (11:15)*

Sentía una rabia, unas ganas de darle un guantazo al memo del que me había enamorado. No lo pensé, actúe, sin más.

—*Damián, quizás lo que te hace falta es un buen revolcón (11: 17)*

—*Maggie, ¡Cómo tengo que decírtelo! ¡Estás loca, o qué! (11:20)*

Detesto las conversaciones por Whats app, son un hervidero de malos

entendidos, pero podía entrever que Damián se había enfadado conmigo.

—Damián no te entiendo. De verdad, no entiendo nada, no etiquetemos nada, dejemos que fluya. No te pediré, o mejor dicho, no te exigiré nada. Por favor, somos mayorcitos, nos tenemos gran estima. No va a suceder nada malo. (11:24)

—Por favor, Maggie, quieres hacer el favor de no estropearlo. Si tú y yo tenemos sexo, desapareceré de tu vida. Dejarás de existir. ¿Es eso lo que quieres? (11:26)

—No, no quiero eso. Disculpa Damián, quizás estaba jugando con fuego sin darme

cuenta. Perdóname, vale. (11:28)

No supe de él durante una semana, algo anormal, nuestra relación era intensa, hablábamos noche y día. Habíamos establecido una preciosa rutina. Nos necesitábamos el

uno al otro.

No podía permitir que fuera tan infantil, que por esa propuesta, la relación mermara

así que osé a saludarle y leerle la cartilla.

—Damián, sé que sigues enfadado o igual me equivoco, solo estás de bajón. Pero me

parece una chorrada que por un malentendido dejes de saludarme y hayamos perdido esa magia envolvente. Echo de menos a mi amigo, no soporto este desplante, si pretendías

castigarme, creo que ya he cumplido con mi penitencia. (15:07)

Unas horas después, reflexioné sobre lo que había escrito. Era una bonita declaración,

pero no era lo que sentía. Realmente me había enamorado, y no había nada malo en decirlo. Sentí que debía explotar mis sentimientos, sin importarme los daños colaterales.

Así, pues, como una loca enamorada, me retracté:

—Damián, deja ya de fingir, sé *que sientes algo por mí, yo ya no puedo esconderlo.*

Deja que las emociones fluyan, sabes que te puedo dar mucho. (16:45)

Y como colofón le mandé un video de youtube, recordando aquellas veces en las que

juntos habíamos sobrevolado ciudades y lanzado en parapente. Era la película Top Gun,

“take my breath away”

Ahora sí que me había desnudado. Nunca antes me había sentido tan vulnerable y frágil. Los sentimientos hacían que careciera de armaduras, de nada me valía usar una máscara, hacerme la chicazo, la amiga de... Era un todo o nada. Pero lo prefería a vivir una farsa amistad en la que siempre hubiera querido más.

Pasaron dos días, Damián nunca contestó a los mensajes, por ello decidí arrojar mi móvil al pantano y plantarme sin previo aviso en Santander.

Eran las diez de la noche, las luces del hogar de los Suarez de la Franca estaban encendidas y desde afuera se podía respirar el acogedor humo de la chimenea. Recé para

que su familia no me pidiera demasiadas explicaciones, porque ni siquiera tenía preparada una coartada para los padres de mi amiga. Aunque, no era la primera vez que me auto invitaba, mi hermana y yo, lo llevábamos haciendo desde nuestra infancia.

—Maggie, cariño, ¿Qué haces aquí? ¿Cómo no me avisaste de que venías? —

preguntó Cayetana nada más abrir.

—Tuve un impulso, necesitaba desaparecer. Este parecía mi mejor refugio para pasar

la Semana Santa.

— ¿Pero tú no te ibas a Praga con Damián?

—He anulado el viaje, bueno, mejor dicho, he decidido perder el avión, arriesgarlo todo a una carta.

Una hermosa niña vestida con un pijamita color rojo y abrazando un desgastado peluche asomó por la puerta.

—Uxue, vuelve dentro con los titos, aquí fuera hay mucha corriente y te vas a resfriar

— Dijo Cayetana con tono cariñoso arrodillándose ante la pequeña y dándole una leve palmadita en el trasero para que obedeciera.

— ¿Quién es esta niña, Caye?

—Pasa Maggie, tenemos mucho que contarnos. Mamá, puedes cortar algo más de

embutido, alguien especial, se ha perdido por Santander y se quedará con nosotros unos días. Voy a subir con ella hasta la habitación de invitados.



La visita de Maggie fue una sorpresa verdaderamente grata. Había estado tan abducida

por cuidar y proteger a Uxue, que me había olvidado de cuan valiosas son mis amigas

en situaciones de emergencia. Pobre Maggie, ella que siempre va de mujer fatal, y ésta vez, se ha enamorado hasta las trancas.

Lo primero que hicimos pasados los días festivos, fue hacernos con un móvil nuevo,

mantiene el mismo número. Damián sigue sin dar señales de vida. Nunca la había visto así. La verdad es que los dos son tal para cual, aunque mi amiga tiene el corazón menos

forjado.

Tener a Uxue conmigo está siendo más fácil que criarme a Boris, que el muy marrano

se hacía caca en las alfombras después de un año conmigo. La niña está feliz, no extraña nada, de inmediato se ha sentido en su casa, tanto en mi piso de Madrid como en la casa

de mis padres. Ha hecho muy buenas migas con mis padres y con Maggie. La niña come

todo lo que hay en el plato y sabe comportarse en todos los sitios. No es de estos críos que montan un cirio pascual allá donde van. Tenía razón el perro flauta: esta niña, es adorable.

Mis padres se han comportado como verdaderos abuelos. Me enternece verles y al mismo

tiempo siento algo de melancolía. Están siendo de una gran ayuda, hacen que deje de sentirme torpe con ella y pueda tener algo más de independencia. La vuelta a Madrid me

causa pavor. ¿La niña y yo todo el tiempo? Dios mío, ¡por qué este cretino, perroflautero, no me la matriculó en una escuela!

Uxue nos habla en su idioma. Le contestamos con naturalidad, en castellano, como si

entendiéramos sus palabras. Bueno, realmente, nos imaginamos lo que ha dicho y en base

a eso, le contestamos. Algo la entendemos, puesto que ha integrado alguna palabra a su semántica extraña. Es divertido, Uxue está fascinada por todo lo que sucede a su alrededor, y su estímulo es expresarlo con palabras, sin importarle ser entendida o no. A mis padres les encanta la semana santa, el domingo de Ramos. La hemos llevado a la procesión de Ramos que sale desde la Calle Cervantes, luego se han apeado en la plaza de las Atarazanas donde han bendecido las palmas, le han comprado una preciosa palma a Uxue, que abulta más que su cuerpecito. Después nos hemos quedado en la catedral, se ha

portado como una mujercita en la Misa Solemne. Uxue ha disfrutado de la Semana Santa

santanderina viendo los mantos y observando los pasos de legionarios romanos en las procesiones. También la hemos llevado de turismo, al Palacio de la Magdalena y sus jardines que miran directamente a la espectacular bahía.

Le han encantado los bogavantes y langostas cocidos o a la parrilla. ¡Creo que la estamos convirtiendo en una sibarita!

Cuando me he despedido de papá y mamá, me han soltado una de sus rocambolescas ideas éticas y religiosas. Se ofrecen a ayudarme con los trámites de adopción de Uxue, pero los muy locos me animaban a considerar a Gorka como mi futuro esposo. No soporto

cuando mis padres se ponen así. Para ellos es muy sencillo amar, sacrificarse, comprometerse. Y no me gusta que me lo planteen de esa forma, como si fuera súper normal, cuando no deja de ser una idea medieval.

Mi princesita descansa dormidita, de vuelta a Madrid y yo mientras conduzco, siento

que una preciosa niña me ha robado el corazón. Con Beltrán abracé la maternidad como

proyecto de futuro, no obstante, nunca sentí un fuerte deseo por ser madre. Simplemente

era un paso más que todo ciudadano hace sin pensar en la causa y el efecto. Un avance más en el desarrollo de una relación. En mi entorno no había niños por lo que, con Uxue, me sentía torpe, sin tablas, pero sin darme cuenta y de la manera más simple, he acabado entendiéndome con ella.

Son las siete de la mañana, he confundido el sonido del timbre con el despertador, el

cual todavía no ha sonado pero poco le queda. No suelo abrir la puerta y menos a estas horas, pero alguien tras la puerta insiste e insiste y Boris replica con sus ladridos y viene en mi busca, se sienta sobre la alfombra y me ladra, parece que me diga, venga perra, abre la puerta, no te preocupes, yo le agarro de las piernas. Así que con mis pelos revueltos, mi pijama y mis calcetines gruesos, me levanto de la cama y me acerco sigilosa a mirar por la mirilla.

Dios me trae una ayudita caída del cielo. Una monja, vestida de seglar, de unos sesenta años, llamada Asunta, antigua profesora de precolar en el colegio de El Pilar.

Viene a cuidar a Uxue. Para mi sorpresa, la niña—que al parecer también le han despertado los repetidos sonidos del timbre y ladridos de Boris— la conoce y se tira a sus piernas, a continuación levanta sus brazos en solicitud de que la agarren. Asunta explica que ha estado cuidando de Uxue desde su llegada. Gorka había sido antiguo alumno suyo.

Por suerte Asunta no me pide demasiadas explicaciones, algo que agradezco, odio mentir,

pero no sabría hasta qué punto decir la verdad.

Me voy adaptando a una nueva rutina con la peque. Hace una tarde preciosa y nos hemos ido a pasear al parque del Retiro con el coqueto de Boris. Me encantan esos días en los que de forma imprevista, mi vida tiene banda sonora. Son un regalo del cielo. Esta mañana me envuelve la canción de Noa, Beautiful that way, la canción de la película La

vida es bella. Mis andares sienten la canción y contagian los pasitos de mi cuatro patas, Boris, y de la niña de mis ojos. Es como si el parque del Retiro tuviera altavoces y sonara esa canción en nuestro honor. Siento como si hubiéramos estado juntas toda la vida. Y ese sentimiento me da miedo. Quiero a Uxue, pero no la quiero como niña de acogida, quiero

que esté siempre conmigo.

Llaman a la puerta, Boris como siempre se pone todo loco ladrando y moviendo el rabito. Uxue está jugando con mi colección de Barbies. — Sí, lo confieso, tengo una colección de Barbies. Fue un acto de rebeldía adulta. De pequeña mis padres me privaron

de una Barbie porque les parecía más valioso que tuviera muñecas grandes que anduvieran o vistieran a lo Jane Austen. No las usaba, obvio, estaban sólo de decoración.

He tenido esas Barbies desde años, como elemento decorativo y ahora le permito que las

moje y desgaste—. No espero a nadie, imagino que serán mis gemelas suelen aparecer por sorpresa en mi casa, con comida tailandesa o modelitos recién comprados. Hace tiempo que no veo a esas florecillas repetidas. Abro la puerta ilusionada, las echaba tanto de menos que prepararé unos gin-tonics y unos cacahuetes, me muero de ganas de tener

algo de vida social, nos pondremos al día, ojalá Maggie traiga noticias de Damián. Cuando abro la puerta mi rictus cambia, el mundo cae a mis pies. Me siento como un reincidente

presidiario al que la pasma ha vuelto a pillar delinquiendo. En frente mío se encuentra el carcelero. Mierda, me había olvidado por completo del perro

flauta cretino. Soy una persona que no sabe guardar ases en la manga, lo que ves es lo que soy. En este caso no sé disimular el disgusto que me provoca verlo, sin embargo, él llega especialmente exaltado.

Uxue parece haber olfateado su especial olor a incienso y vetiver, sale del comedor y corre a lanzarse en sus brazos. Yo paso a un tercer grado, tomo a Boris en brazos y me alejo de su encuentro aunque no se me note. Sí, me estoy comportando como una niña enfadada,

pero no puedo evitarlo.

—Gracias Cayetana. Estoy seguro de que has sido la Mary Poppins que todos los niños desean tener como niñera.

— ¿Maryyyy Poppinsss?

¡Ahora sí que la has cagado imbécil, te odio, subnormal, perro flauta! Pienso. Pero contengo mi ira, no quiero que piense que su hija ha estado con una maquiavélica.

Me acabo de dar cuenta ahora mismo, el perro flauta ya no lleva las rastas, tiene un

rostro algo más higiénico, e incluso me atrevo a pensar— aunque me salga una hernia de

hiato por ello— que tiene algo de sex-appeal, tiene muy buen aspecto—, a pesar de haber

sustituido las rastas por una pobladísima y rubia barba, bien cortada y limpia —y por ello, le odio más.

— ¿Se ha portado bien? — pregunta.

—Bueno, ha hecho alguna trastada. Pero...creo que aunque me hubiera quemado la

casa, la hubiera querido incondicionalmente.

¿A qué te refieres con trastadas y con quemar casas?

—Bueno, un sábado, decidí organizar los cajones, ordenar aquellas cosas acumuladas

durante años. Ya sabes, cosas que ni siquiera has echado de menos durante una larga temporada. Me relajé y al entrar en mi habitación me encontré que había usado el colchón de mi cama como lienzo y mis pintaúñas como acuarelas.

Evité contarle que jugó a los recortables con mi único vestido de Valentino y que

había probado el pienso de Boris y parecía gustarle.

—Y, ¿la reñiste?

—Por supuesto que lo hice, le dije que eso no se hacía, le expliqué dónde había que

pintar, y me puse muy seria. Pero la trastada no me llevó ni un minuto de preocupación, la vida tiene mucha más importancia. Hay cosas mucho más importantes por las que preocuparse. Uxue ha puesto mi vida patas arriba. Me ha enseñado a darle importancia justa a las cosas que no la tienen. Sé que la vas a educar en el respeto y cariño hacia personas, animales, plantas y cosas.

—Así es Cayetana, es bueno tomarse las cosas en su justa medida... ¿Tiene solución?

Sí. Entonces, ¿de qué te preocupas? ¿No tiene solución? Entonces, ¿para qué te preocupas? Mañana por la mañana voy a dar una clase de yoga nidra. Me gustaría que vinieras, de hecho, puedes venir todo el año gratis. Son dos clases a la semana.

— ¿Qué es el yoga nidra? —Pregunto.

—Es una técnica de meditación y relajación profunda, en la que aprendemos a relajarnos de manera consciente. La mente se aquieta y se vuelve muy poderosa. En este

estado podemos mejorar el esquema corporal, la capacidad de concentración, desarrollar la memoria, aumentar el conocimiento, la creatividad, descubrir nuestro potencial interior, reestructurar la mente, etc.

Le contesto un “quizás, no lo sé”. Detesto a este imbécil, pero tengo que llevarme bien con él, si quiero seguir viendo a Uxue. Ni siquiera le he preguntado qué tal el viaje, está vivo y tiene buen aspecto, eso es evidente, ¿no? Pues nada. Me quedo sola en casa,

pensativa, me dan miedo mis pensamientos y mis ojalás. ¡Ojalá le hubiera comido una serpiente pitón, ojalá hubiera muerto de paludismo...! ¡Dios, para Cayetana, te estás volviendo la bruja malvada de los cuentos...! Trato de componer mi vida como era antes y

recordando lo último que iba a hacer antes de que Uxue irrumpiera en mi casa, lleno la bañera de sales y coloco en los lados velas de tealights. ¡Por fin soy libre...! Aunque no le encuentro demasiado sentido...



Imagino que para asistir a dicho lugar, hay que vestir ropa *perroflautera*. Pero supongo que mi ropa deportiva servirá. Así me planto en el local de abajo, que siempre había

tachado de congregación sectaria con mi ropa de salir a correr por El Retiro. Gorka me invita a pasar a la sala, una sala diáfana de parqué, con colchonetas, similar a cualquier sala de gimnasio. El olor a incienso, me resulta demasiado intenso y emboza mis fosas nasales. Suena una música celestial, que invita a quedarse. Las paredes están llenas de tapices feos, con dioses y diosas raros, con caras de elefantes, ojos en las manos...no me dan miedo, pero sí cierto escepticismo. Pasados unos minutos, muchas chicas salen del vestuario, están todas de cháchara, pero conforme se van sentando van bajando el volumen de sus diálogos. Entran dos hombres con cara de compungidos, me resulta extraño

que los

hombres se preocupen por meditar, supongo que sufrirán estrés y del grave. Entre tanto, irrumpe en la sala Gorka y todas se silencian, ¿Comienza la liturgia? Va vestido con unos pantalones negros bombachos y una camiseta de punto gris, cruzada que muestra sus preciosos brazos. Se mueve con sigilo y ritmo, se sienta frente a sus alumnos en un redondo, rígido y ancho cojín color pistacho. Sus pies están cruzados, encima de su pelvis, Dios, ¡qué flexibilidad! recuerdo que esa es la famosa postura de yoga llamada flor de loto. Gorka tiene los pies descalzos y con un tono de voz sereno, se dirige a los que por primera vez asisten a su clase. Todos le escuchan de forma activa, veamos qué pasa, espero que no se me haga eterna la clase.

—Como es muy difícil mantenerse en este estado, habrá momentos en los que la consciencia se dirigirá hacia el exterior a través de los sentidos y os despertaréis, y otros en los que se deslizará hacia el sueño y nos dormiremos. Con la práctica, la consciencia tiende a estabilizarse en el nivel de “Nidra”, a nivel del “sueño consciente”. En este estado la mente está muy receptiva, la consciencia está operando en un espacio donde puede contactar con las dimensiones subconsciente e inconsciente, permitiendo manifestarse el potencial que permanece en estos niveles profundos de la mente— argumenta Gorka.

Yo no le escucho, ando despistada mirando sus pies—tatuados desde los tobillos hasta los empeines— de perfectos trazos tribales con una perfecta simetría que había partido una preciosa estrella en el borde de su pie convirtiéndose en la mitad de su otra extremidad, igual que sus muñecas. Su voz dulce, suave, con un tono muy bajo, prácticamente inaudible me provoca el sueño, pero a la vez me resulta lo más erótico y

atrayente que jamás he escuchado. Tumbada, mientras escucho cómo su voz nos guía a la

profunda meditación, no puedo evitar que mi sexo quede exento de concentración. Deseo

que mientras todos están en su fase de duermevela, él me posea allí mismo, sobre aquella

esterilla color granate. Por suerte, logro concentrarme e incluso dormirme. Mi fuerte respiración me despierta. Gorka está hablando y a mi cuerpo le importa un rábano lo que

dice. Escucho que habla de una fuente de lirios y una cascada, estoy tan relajada que no quiero esforzarme en visualizar nada.

Al finalizar la clase se acerca a mí y me pregunta qué tal. Le digo con voz nerviosa,

sintiéndome algo intimidada, que ha estado genial. Y él me sugiere que vuelva a la siguiente clase de mañana.

Atrapada por la calma y los agradables beneficios del yoga y agradeciendo su invitación, asisto al día siguiente a otra clase. En esta ocasión es *Hatha* yoga. Me disciplino, hay que ser seria, por ello, asisto más deseosa de sentir la paz mental que de encontrarme con Gorka. No es nada beneficioso asistir cachonda a sus clases. Pero de nuevo, me es inevitable sentir deseo hacia él cada vez que sus pies tatuados se pasean hacia mí para corregir una postura. En alguna ocasión la corrección postural requiere de su fuerza y tira de mí moviendo su torso inferior, algo que le quedaba muy sexy. Me susurra al oído cómo debo corregir la postura y, en ese instante, mis labios vocalizan un

“jooooder”. El perro flauta tiene su morbo, descalzo, con esos pantalones negros de culo *cagao*, usando su voz como estimulación a la paz y al bienestar. Pero el sexo no conoce de espiritualidad, sólo quiere placer.

Cuando termina la clase Gorka me pide que me espere en la sala. Cuando todos se marchan me invita a cenar esa noche en su casa. Quiere agradecerme, de algún modo, todo

el cariño incondicional que le he brindado a su hija. Pienso que es un rata, un pobre perroflautero, incapaz de llevarme a un restaurante de etiqueta. Pero trato de pasarlo por alto. Tengo que bajar el hacha de guerra, nos une una niña, una niña adorable, debo relativizar las emociones. De algún modo tenía que tener una buena relación con Gorka para poder estar todo el tiempo que yo quiera con Uxue.

Después de enfundarme y desenfundarme unos ocho vestidos, decido ponerme unos

vaqueros sencillos y una camisa, lo normal. Pero sigo sin sentirme segura, aunque sea lo normal y más desenfadado, yo siempre llevo lindos vestidos, había pensado evitarlos, no

confundirle, pero lo mando todo al cuerno y me decanto por mi vestido favorito, el más

cómodo, el que me hace sentir bien y sexy a la vez, el que solía ponerme cuando salía a

bailar con Emanoel Wilson y no me había vuelto a poner desde el último encuentro. Se trataba de un vestido vaporoso azul marino de lunares, perfecto para fondo de armario, pues es un vestido clásico que nunca pasaría de moda.

Gorka se encuentra friendo unas croquetas de bacalao, muy típicas de su tierra. De

[hecho, la cena es cien por cien vasca. Marmitako de bonito, ensalada de anchoas, aguacate](#)

[y pimiento del piquillo, y de beber chacolí. Tras un cordial saludo y entregarle un rico](#)

vino blanco como presente, le ignoro y me voy directa a la habitación de Uxue que duerme plácidamente e ignora mis caricias. Dejo en su mesilla unos cuentos ilustrados que le he comprado, quiero que piense que un duendecillo los trajo por ser tan linda. Quiero que crea en la magia.

—Vaya, vaya, cena a la vasca— digo yo. No sé por qué, pero siempre que hablo o me dirijo al perro flauta, trato de usar un tono despectivo, espero que lo note.

—Juan Mari Arzak decía que la cocina vasca es de paladar fácil, gusta a todo el mundo así que imaginé que sería de tu agrado. Veo que has elegido el vestido perfecto para bailar un bolero— me dice mientras toma mi mano y me

obliga a darme una vuelta a

lo bailarina de ballet. Agacho la cabeza incómoda. Si eso era un piropo, menuda horterada de viejos. Sin embargo, Gorka aprovecha la ocasión para elegir de su iPod música ambiental, selecciona la carpeta: boleros. Suena uno de Luis Miguel, lo encuentro pastoso, siempre pensé que ese hombre se hundió de pequeño en el bote de mermelada durante un

curso de preescolar, de ahí esa cara tan inexpresiva.

—Dime querida Cayetana, ¿Tú sigues odiándome desde aquella vez en el patio que te

dejé plantada?

—¿Perdonaaaaa? ¡Jaaa!— respondo furiosa. Pero, de inmediato me doy cuenta de

que me debo esforzar en no ser tan beligerante, él no tiene pinta de buscar guerra por mucho que le provoque. —No, cielo, no eres tan inolvidable. De hecho no recordaba nada

de nuestra amistad durante la infancia. Les pregunté a mis padres en este último viaje, me hablaron de ti y de tu hermana Edurne, me mostraron unas fotos que las recordaba de cada vez que la familia sacaba los álbumes, pero, sinceramente, no consigo mantener un recuerdo de nuestra infancia, una escena de los tres y mucho menos de ese plantón que

me contó mi madre. Pero, mira que irte a jugar a los columpios—Digo algo más relajada y

desinhibida. Creo que el primer vasito de chacolí me ha sentado bien.

—Pero te caigo mal, para ti soy un perro flauta.

— ¿Cómo sabes que te llamo así?

—Ah, ¿¿me llamas así?? Vaya, gracias por tu sinceridad.

Me quedo avergonzada, quiero que la tierra me engulla, Gorka de una suposición ha

sacado una verdad. Bebo un poco más de chacolí y le pregunto con tono serio — ¿De dónde has sacado eso de que pienso que eres un perro flauta?

El día que me presenté en tu casa pidiéndote que cuidaras de Uxue, dijiste: Tú tienes

mucha jeta perro flauta.

— ¿En serio dije eso? Pues no me acuerdo.

Gorka suelta una sonrisa de oreja a oreja, sus ojos le brillan, ahora hasta me parece

interesante. De hecho, me acabo de dar cuenta de que sus ojos son de un precioso verde

esmeralda y que alrededor de esa barba bien cortada se perfilan unos labios carnosos con un tono rosáceo.

—Venga, vamos a cenar, que esto está de vicio— exhorta él.

Parece que hemos firmado la pipa de la paz. Quizás es el succulento sabor de la comida, que hace que sepa perdonar u olvidar las manías. Me doy cuenta de que soy una

maniática, que le pongo pegas a todo. Así que a partir de este mismo segundo decido

empezar de cero. ¡Qué bonito es empezar de cero...! Si hasta los boleros empiezan a gustarme. Escuchamos de fondo un precioso bolero de Ana Belén con Antonio Banderas:

No sé por qué te quiero. Gorka estira con fuerza mi brazo invitándome a bailar y a usar su salón de pista. Me dejo arropar por ese hombre de un metro noventa de estatura, dejo que primen sus movimientos al son de la música, sintiendo sus pasos como míos, como una

vez me enseñó Emanoel. Mis sentidos vibran, dejando de sentir por un momento mi cuerpo. Olfateo como una fiera metódica su olor.

— ¿Qué perfume usas?

—Secreto de hombre.

— ¿Se llama así?

—No, bromeaba. Es Loewe7. Es un perfume de siete ingredientes con un olor muy natural. El numero 7 siempre ha estado rodeado de magia, a medio camino [entre](#) lo humano y lo divino, entre la perfección y la imperfección.

— ¿Y sabrías decirme los ingredientes? —Pregunto desafiante.

—Sí. Muguet y Nerolí de Marruecos. Baya de pimienta, Absoluto de incienso Cedro

del Atlas de Marruecos. Manzana roja, Musk y Vetiver— dice, susurrándome al oído.

—Vaya, resulta que eres un perro flauta burgués.

Gorka ignora mi comentario clasista, está concentrado y de nuevo hace que sienta confort bailando y empieza a cantar el estribillo en mi oído. Trato de controlar mi fuego, concentrándome en escuchar el significado de la canción y su paralelismo entre nosotros.

Imprevisiblemente, ha cesado el ritmo, nuestras miradas se cruzan y el último sentido, el sentido del gusto, se convierte en único protagonista de sabrosos besos. Acercó efusivamente mis manos a su cabeza y meo sus cabellos. Me gusta que se haya liberado

de aquellas rastas piojosas. A mi mentón y a mis labios le importaron poco esa barba estilo *hipster*, completamente frondosa, larga, hidratada y brillante y con aroma; atractivo que anteriormente había visto lucir a los modelos de pasarela como Christian Göran y Fabian Schweizer.

— Pava y pija, ¡No te gustaban mis rastas eh!— dice sonriendo de forma

pícara y estirando su brazo me aleja para que con una vuelta me acerque impulsivamente a él. Las voces de los cantantes dan por finalizada la canción y temo que la magia empiece a romperse.

—Bueno, siempre he relacionado las rastas con piojos, suciedad, carencia de higiene.

Vuelvo a conectar con la música. Víctor Manuel nos acompaña de fondo.

—Nada sabe más dulce como su boca— dice Gorka repitiendo el estribillo tras

haberme robado un apasionado beso. — Es una de las mayores patrañas que he oído. La

gente piensa que no se lavan. La frecuencia del lavado sólo depende de la persona y de cómo quiera tenerlas, como si quieres lavarlas a diario. Hay mucho mito falso. Las rastas requieren cuidados, hay gente que se las hace pensando ¡qué bien ya no me tengo que

peinar! No, no te tienes que peinar, pero requieren otro tipo de cuidados.

La música sigue sonando, seguimos bailando bolero tras bolero. Sorprendida por la faceta de Gorka, que tiene un gran sentido del ritmo. Y sellamos el último baile con un tango celestial, titulado Uno. Un tango inacabado que sirve como sendero para continuar

amándonos en su lecho, un tango culpable de nuestro desnudo, entrega y caricias jadeantes. Gorka quiere introducirme en el sexo tántrico y cariñosamente me invita a estar en sintonía con este objetivo. En la práctica del tantra se trata de disfrutar con todo el cuerpo, disfrutar con cada poro, con cada caricia, con la finalidad de desvincular el sexo de los genitales, disfrutar del cuerpo del compañero, sentir placer dando placer. No se trata de no llegar al orgasmo, sino de retrasarlo lo más posible, disfrutar del camino sin obsesionarse ni perseguir un final. Para el tantra, el orgasmo no es sinónimo de eyaculación La eyaculación aleja al hombre del orgasmo verdadero, del éxtasis sexual. La solución tántrica consiste en prolongar la etapa última, la más intensa, inhibir el espasmo para permanecer indefinidamente en el punto

límite. Pienso que sería frustrante, pero no es así. No imaginé que me gustara tanto el sexo sin el objetivo de eyacular. Aun así no puedo controlar mis estímulos y alcanzo el clímax un par de veces. Gorka me castiga besándome apasionadamente engullendo mi lengua en su boca.

Unas patadas me despiertan, estoy tan dormida que pienso que es Boris que ha subido

a la cama y como siempre estira todas sus vértebras, ocupando, si puede, mi espacio.

Entreabro un ojo y veo que es Uxue, al instante me despierto sobresaltada y no se me ocurre pronunciar otra cosa mientras cubro mis pechos que un—
¡Mierda! Estoy en bolas,

al otro lado de la cama está el grandullón y guapetón de Gorka, que se ha despertado con mi vocecita aguda diciendo mierda. Sin abrir del todo los ojos, alarga su brazo, cubriendo las caderitas de su hija y toma mi mano en gesto de calma. Pero yo no logro relajarme, no logro evadirme, con lo sencillo que me fue anoche... es como si fuera otra. ¿Me pondría

droga en la bebida? He infringido mis normas, yo no duermo con hombres, y menos en la

cama de ellos, debo tener unas pintas, además, no usamos protección.
Cayetana, ¿Qué te

han hecho? Pienso mientras toco mi frente abrumada.

—Me tengo que ir, Gorka.

Éste se levanta desnudo, se coloca sus pantalones bombachos y se acerca al lado de la

cama donde me encuentro sentada y bloqueada.

—No te preocupes, relájate. La niña no es tonta, ya nos ha visto, no podemos resetear

su mente. Tienes que relajarte y actuar con naturalidad.

—Naturalidad, vale, Pero y ¿nuestra responsabilidad? Nos hemos olvidado de ser responsables, del lío mental que puede tener con nosotros. Además, ayer no usamos protección.

Me acuerdo de Ana Belén y sólo me viene a la mente una de sus canciones que me da

un titular: *A la noche se le fue la mano...* (Besos, ternura, parecíamos dos irracionales que se iban a morir mañana, derrochamos no importaba nada, la reserva de los manantiales...)

—Tschhiss Cayetana, no lo estropees— dice sellándome un beso en los labios. —

Quédate por favor, prepararé el desayuno para los tres. Sabes que los dos estamos encantados de tenerte aquí. Venga tonta, quédate, si quieres te saco una toalla, puedes ducharte en mi baño.

Mientras pronuncia mi nombre juguetea con sus dedos en mi hombro, yo miro su tatuaje y sin querer, me doy cuenta de que lo que sentimos, es verdadero, por lo que asiento con la cabeza y luego le miro con ternura diciéndole— Venga, dame una toalla. Él me mira y sonrío sereno.

Han pasado varios días desde aquella “noche que se le fue la mano”... Confieso que

me he contenido, he mordido mi labio de rabia, golpeado la mesa de impotencia y roto algún plato por ira. Solo yo sé por qué.

Me gusta Gorka, poco me importa su estilo de vida, pero no quiero ilusionarme, tengo

miedo del dolor. Me prometí a mí misma que nadie me haría daño. Debo mantenerme fuerte, debo seguir con el papel de zorra, de lo contrario, me merendarán. No puedo bajar la guardia, nuestra relación debe basarse solamente en una bonita amistad.

Accidentalmente he aparecido yo en sus vidas, pero aquí solo importa ella, Uxue. Quiero

formar parte de su educación. Quiero que me quiera como a la madre que le han arrancado

injustamente. Estoy pensando en que, en el futuro, debería adoptarla legalmente, quiero encontrar el momento perfecto para decírselo a él, pero cada encuentro lo veo poco apropiado para decirle... Siempre que me ve me toma de la cintura, me rinde su cuello para que le huela, sabe que me encanta ese aroma y no puedo evitar perder el oremus por

un instante. Aun así, me hago la loca, esquivo muchos besos. Creo que él lo sabe y también sabe que bajo mi piel de zorra hay una pava. Parece una batalla para llegar a mi alma, piensa que poco a poco va a ir desnudando capas y capas, hasta rozar mi corazón.

Pero no sabe con quién se ha topado.



Uso mi estilo peculiar para llamar al timbre, pegando mi dedo a él unos tres segundos.

Hace dos días que no veo a mi pija asilvestrada, he estado algo escurridizo estos días,

no sé cómo decírselo...

Le he dado suficiente autonomía a la niña, que baja a su casa cuando le place y se

queda pintando mandalas o jugando con Boris, su fierecilla.

Es increíble, con Uxue, la pija se transforma, saca su lado tierno y maternal, le compra vestidos, le hace trencitas y hasta juegan juntas. Parece que la vida cobre otro sentido con ella. Mi pija asilvestrada abre con una sonrisa de oreja a oreja y yo le pongo cara de circunstancias. Pregunta por la niña, le explico que se la ha llevado Asunta a misa.

—Cayetana, me mudo a San Sebastián. El traslado es definitivo. No puedo mantener

las dos viviendas. Aquí no tengo encargos y allí sí. Además, hay una escuela hippie muy

cerca de donde vivo, llevaría a la niña en bicicleta, le proveería la vida que siempre quise darle a mis vástagos. Me reservan plaza, estoy sin blanca, tengo que alquilar este apartamento para poder pagar la escuela de la niña— le suelto de retahíla.

— ¿Un colegio hippie? ¿Piensas convertir a tu hija en una perroflautera que se fuma

canutos en una playa nudista de Ibiza?

— No Cayetana, el término de calificar de hippy a una escuela quizás lo subestima.

Son escuelas que usan el método educativo Waldorf. Son escuelas de tolerancia y búsqueda de verdaderas herramientas pedagógicas que permitan a los niños enfrentarse a

los desafíos de su vida. Lo Creativo y artístico complementa el desarrollo intelectual, y viceversa. No hay libros de textos ni exámenes, para alejar así al niño de conceptos como la competitividad, el fracaso y el estrés. Dicen que así se anula la ansiedad y la posible falta de autoestima. Tampoco aprenden a leer y escribir hasta los siete años (una tendencia común en la mayoría de los liceos europeos), y enseñan jardinería o carpintería. Potencian lo manual y evitan atiborrarlos de información cuando aún no tienen desarrollada la capacidad de aprendizaje. Intentan evitar el contacto temprano con la tecnología. “Se trabajan las imágenes desde las artes o las narraciones sobre

mitología y leyendas. Esto desarrolla la imaginación, y con la televisión todo eso se destruye. Cuesta unos cuatrocientos euros al mes.

— ¿Y no hay escuelas hippies en Madrid?

—Sí, pero el entorno rural será más propicio para ella. Tengo un hogar en San Sebastián, rodeado de naturaleza, con un pequeño huerto, una humilde piscina y un taller anexo para trabajar.

—Y todas estas decisiones, ¿no las podías haber tomado antes?

— ¿No entiendo, antes de qué?

— ¡Joder tío, antes de que esa niña pusiera mi vida patas arriba! ¿Qué coño hacías en

Madrid?

—Pues aclararme, organizar cosas, terminar algún encargo, hacer una sustitución en

la escuela de yoga, vender material que no uso. No es como tú te crees, no soy un bohemio que un día se levanta queriendo dormir en otra ciudad. En fin. Cayetana, me siento incómodo, solo venía a comunicártelo, no creo que tenga que darte más explicaciones.

—¿¿i Qué no tienes qué...!?? Mira tío, yo no estoy en tu vida para hacer de Mary Poppins en momentos de crisis. ¿Acaso tengo pinta de haber trabajado en guarderías?

Cuando dejaste a la niña aquí, me quedé cagada, no sabía cómo actuar. Por suerte todo salió bien. Y mira, ¡parezco de hojalata, pero tengo corazón, y esa niña ahora forma parte de mi vida! ¡No puedes ser tan canalla ahora y hacerla desaparecer! Mira tío, no sabes con quién te la estás jugando, conozco a abogados importantísimos que podrían dejarte desplumado. Esa forma de adoptar a Uxue es muy sospechosa. Podría, podría...

Mi pija asilvestrada sujeta las manos sobre la cabeza, creo que para aguantársela y que no gire como la niña del exorcista. Me parece que trama

descuartizarme y luego ir al programa de Anna Rosa y denunciar mi desaparición. Quizá me corte a cachitos y en un

frasco guarde mis pelotas como trofeo. Su cara parece un tomate listo para apretarle suave y ser arrojado desde una camioneta en la tomatina de Buñol, debe de sentir su garganta quemada porque su voz empieza a parecerse a la de Joe Cocquer. ¡Miedito me da mi pija

silvestre!

—Cayetana, cálmate, no podemos hablar de esto civilizadamente si no te calmas. Así

no puedo dialogar contigo.

— ¿Dialogar conmigo? No quiero dialogar contigo.

—Escúchame, Cayetana. No vas a hacer nada que exponga el bienestar de Uxue.

Podrás desplumarme a mí, pero los daños colaterales, los sufrirá la niña. Uxue necesita una madre y tú lo has estado haciendo perfectamente bien. No te pongas guerrera, déjame

hacer las cosas a mi manera. Con el tiempo, podemos barajar la opción de que adoptes a

Uxue como tu hija.

Bien, Gorka, me digo. Creo que empiezo a sintonizar con las frecuencias de mi zorra

doméstica. He dado con la frase adecuada y el tono perfecto. Le pido tiempo y calma. La

niña es mi responsabilidad, haré las cosas a mi manera, necesito tiempo, conocer de verdad a esa pija asilvestrada y sólo entonces contactaré con el funcionario que me preparó la documentación en Myanmar.

Ella se queda pensativa, sé que no le gusta eso de pasarse las leyes por el arco del triunfo, tendrá miedo de acabar en la cárcel por este mogollón. Los documentos de Uxue

son totalmente legales, allí nadie la reclamará, puesto que su madre fue asesinada y aquí es

una ciudadana más. Sigo dándole instrucciones de qué hacer, le invito a llevarnos bien, a que venga a vernos cuando quiera.

Mientras conduzco a San Sebastián pienso en ella. A veces pienso que no debería perder el tiempo. Todavía estoy esperando a que me pregunte cómo fue mi segundo viaje a

Myanmar. ¡Con lo que me hubiera gustado enseñarle las increíbles fotos que vendí a la revista! Se hubiera quedado impresionada. Tampoco tiene ni idea de mi trabajo. No sabe si esculpo, dibujo o ilustro en el ordenador. Me encantaría poder quitarle esa coraza, ese aire prejuicioso, pero no sé cómo.

El teléfono suena, miro el dispositivo *bluetooth* del coche, es mi hermana Edurne.

Trabaja de redactora en la revista HELLO en Londres y hace unos días le pedí que consiguiera algo de información sobre mi pija asilvestrada.

—Hola hermanito ¿cómo está mi preciosa sobrinita?—

—Hola petardilla. Feliz y muy espabilada. Ahora ya dialoga en castellano, hay que ver lo rápido que aprenden los niños. A ver cuándo bajas a conocerla.

—Lo haré y más pronto de lo que crees— contesta Edurne.

—Siempre dices eso, mentirosilla. Bueno, ¿tienes novedades?—le pregunto.

—Sí, Gorka, he averiguado eso.

—Genial, soy todo oídos, cuenta.

—Como suponías, siempre ha estado rodeada de gente de la farándula, gente muy adinerada y con títulos nobiliarios. Sus mejores amigas son las gemelas Sáez de Cortázar, las hijas de uno de los más ricos de España. Hace más de un año estuvo comprometida con

Beltrán, un chico de familia adinerada, pero descubrió que era gay y canceló la boda.

Anteriormente a este chico, esta niña tenía un velcro para atraer a pobres diablos oportunistas. Según mi compañera de HOLA España, Cayetana Suárez de la Franca fue siempre una pava tonta que ha sorprendido mucho a la sociedad como presentadora de un

reality. A raíz del programa se ha dado a conocer y es una currante con un lado muy humano. Ah, y otra cosa, esto es un cotilleo extraoficial y sin contrastar, pero en una despedida de soltera estuvo en Richmond y se enrolló con el hermano de Spencer, el de *Orchard*. Gorka, creo que no pegáis ni con cola, pero al mismo tiempo la opción de veros juntos me da mucho morbo. Sois como Pilar Rubio y Sergio Ramos, no pegan, pero al mismo tiempo, hay chispas para rato. ¡Ay, no sé si se me nota mucho, pero me gustaría veros juntos!

—Gracias hermanita por el informe concluyente— digo tratando de finalizar la conversación.

— ¿Eso es todo? ¡Me pides que investigue sin límites ni piedad y no me das ni una sola pista de lo que ha sucedido! Venga, cuéntale algo a la cotilla de tu *sister*, ¿te has enamorado?

Ya sabes, soy tío, no hablamos de estas cosas y menos con la hermana.

—Desagradecido— dice Edurne con tono jocosos. Me conoce y sabe que estoy *pillao*.

No soy bueno con esto de explicar sentimientos, no sé por dónde comenzar. Quizás sí

sé explicarme, sólo que si le cuento todo esto a mi hermana se va a partir de risa. Lo que sucedió aquella única noche, fue real, fue sentido por los dos. Lo leí en sus ojos. Me frustró que al despertar mostrara un leve arrepentimiento, me dolió que renegara de mí. Al mismo tiempo, siento que debo ser su protector, el canal por donde ella deba sanar sus miedos. Necesito tiempo para domesticarla, ese será mi reto.



He estado insoportable todos estos días. Sentía ira, rabia, e impotencia y, sobre todo,

estaba enfadada conmigo misma, algo que no soporto. La casa está vacía sin Uxue.

Mi sexo estaba exento de dichos sentimientos, expectante e inquieto, recordando aquella noche que quedé saturada de placer. Mi piel tenía amnesia del efecto que una caricia puede causar. Las gemelas vinieron a visitarme y me leyeron la cartilla. Piensan que esta vez mi corazón y mi sexo van en un pack indivisible, que han pinchado el envase de mi corazón y lo que me sucede es que estoy rabiosa por no saber controlar la situación.

He asentido con la cabeza, tienen razón. No sé cómo ha podido suceder. El perro flauta y Uxue han puesto mi vida patas arriba. Detesto la sensación de que dos personas ajenas a

mi vida me hayan zarandeado. Siento pánico del impacto que pueda tener la caída.

A duras penas he aceptado el kamikaze consejo de las Sáez de Cortázar. ¡Que me deje

llevar! En consecuencia, aquí me encuentro, en la terminal del aeropuerto de

San Sebastián recogiendo el equipaje de la cinta y hecha un flan por lo que me voy a encontrar ahí afuera. Tengo unas ganas locas de ver a Uxue. Hace ya dos semanas que no la veo, no

he querido alargar más la espera, pues me horroriza la idea de que no se acuerde de mí. He de admitir que tengo las mismas ganas de ver a Gorka que a Uxue. Sí. Me quitó la coraza

y lo confieso y eso que no hemos vuelto a tontear ni a hablar de “lo nuestro”. De hecho, nos hemos comportado siempre como si “lo nuestro” jamás hubiera sucedido. Me

resultaba divertido, aunque ahora ya no tanto. Eso de comportarse como si no hubieras estado en el lugar de los hechos. De hecho, he llegado a pensar que nunca sucedió, que fue producto de un sueño. Durante este fin de semana, supongo que tendremos oportunidad de

hablarlo...o quizás de volver a repetir... ¡Santo Dios Cayetana, no te reconozco! – me digo a mi misma. Me he vestido algo grunge, no me reconozco, pero es la indumentaria

perfecta para ir al campo. Llevo una falda larga y recta de algodón color gris con cercos, como si la hubieran manchado de lejía, una camisa rosa palo con escote cruzado en ambos

lados y unas manoleínas del Primark. Pero me veo mona, tanto, que esta mañana le pedí a mi portero que me retratara para subir mi look al blog.

A lo lejos, entre la pequeña multitud, unos brazos me saludan. Uxue está subida sobre

los hombros de su padre, le han cortado el pelo, está tan linda. — ¡Tana, Tana! Oigo su débil vocecita decirme cuando me acerco hacia ellos. Gorka lleva la barba algo más recortada, lleva gafas de pasta—no sabía que precisara de lentes—. Viste una camisa a cuadros azules y negros, unos vaqueros desgastados y lleva cruzado un bolso bandolera de cuero. Me da dos correctos besos y después me entrega en brazos a la pequeña Uxue a la

que envuelvo de besos y abrazos mientras doy vueltas alrededor del espacioso pasillo del aeropuerto usándome de tiovivo infantil.

—Boris, ¡ha venido a Boris!— exclama Uxue mientras Boris quiere salir de su bolso y ser la mantita que cubra el pecho de Uxue.

—Papá, ¿se llevará bien con Bécquer?

—No lo sé, lo comprobaremos en unos minutos.

— ¿Quién es Bécquer? ¿No será un rottweiler?

—Es el gato de la vecina, gris y muy peludo. Se ha auto expatriado, desde que nos

trasladamos está siempre con nosotros. Creo que la culpable de ello es Uxue. Hace unos

días la pillé dándole una salchicha Frankfurt.

Noto un cambio abismal con Uxue, ha integrado muy bien que ese hombre tan

atractivo no sólo sea su salvador, sino su padre. Hoy ha sido la primera vez que la he oído llamar papá y vocaliza muy bien, el colegio le ha debido sentar de perlas.

—Estaba preocupada por si no se acordaba de mí.

— ¡Qué va tonta! Ya te dije que pregunta por ti todos los días. Desde el lunes lleva

preguntándome, ¿cuantos días quedan para que llegue Tana?

He estado comunicándome estos días con Gorka por teléfono. Me contaba cómo

llevaba la niña la escuela, las conversaciones en castellano, la nutrición... Y en algunas ocasiones le pasaba el auricular, y había quedado impresionada de ver cómo se desenvolvía hablando a través de un aparato.

Al bajar del jeep y llegar al destino, quedo patidifusa. Cuando Gorka me dijo que tenía una vivienda en plena naturaleza, pensé que vivía en un palomar en mitad del monte.

Pero, de nuevo—como lo hizo con su coche— me sorprende tanto que en ese mismo instante decido no llamarle nunca más perro flauta, ese mote ya no le pega ni le puede ofender.

Gorka tiene su hogar en plena naturaleza, en Igueldo (a 5 minutos del centro de la ciudad) con maravillosas vistas al mar Cantábrico. Es una gran casa solariega con tres alturas. La entrada dispone de un gran porche con unos bancos de madera, los ventanales

son enormes, podrían servir de puertas. Detrás de la casa hay una piscina y un rinconcito donde reunir a gente y hacer una barbacoa. Hay una hamaca familiar a rayas de muchos

colores, siempre escuché que dormir la siesta en una hamaca es algo auténticamente especial, placer que todos deberíamos sucumbir al menos una vez.

—La traje de un viaje a Colombia, allí las hamacas son parte de la cultura del país.

Está hecha a mano, en telar y resiste hasta trescientos kilos de peso, ¿quieres probar?—

sugiere Gorka y yo, ni corta ni perezosa, animo a Uxue a tumbarnos. Las dos gritamos cuando Gorka se incorpora y se tumba, Boris no quiere ser menos y salta. Uxue empieza a

gritar de alegría mientras Gorka grita que la hamaca no podrá soportar el peso de Boris. La hamaca resiste y nos quedamos los cuatro unos segundos meciéndonos y oliendo la naturaleza. El momento nos envuelve y, sin darnos cuenta, ambos nos miramos, buscamos

nuestros labios. Nos besamos sin pudor delante de Uxue, sé que no es ético, he sido presa

de un momento mágico, pero lo bello es el hecho de sentirlo, hacerlo y no pensarlo, todos participan en ese beso. Boris que estaba a nuestros pies nos usa de trampolín y lame nuestras mejillas. Mi niña se arrodilla delante de nosotros y da palmitas de alegría. Parece que aprueba que su padre comparta el cariño con otra hembra.

Más allá, todo son preciosos prados donde dan ganas de ponerse un vestido rojo, coger un cesto de mimbre con panecillos, cantar, saltar y tirarse por el suelo como una croqueta sintiéndote la reencarnación de Heidi. Boris se aleja, como si fuera el terrateniente del prado.

En el interior abunda el color blanco y los acabados de madera rústica. La cocina es

gigantesca, con todo tipo de electrodomésticos, se puede sentir que es el corazón del hogar. No dudo que las paredes han sido testigo de ocasiones familiares con entretenidas y deliberantes conversaciones de sobremesa. En el centro hay una mesa gigantesca donde

poder servir una succulenta cena. Esa casa pide a gritos una gran familia e imagino que Gorka debe sentirse algo vacío con tanta casa sólo para dos personas.

Gorka me explica que la casa tiene una gran historia. Fue el hogar de sus abuelos y

también el de sus padres. Ahora, es el hogar de Gorka y su hermana Edurne. Ha sufrido

varias reformas, pretendiendo actualizarse a los tiempos. Me muestra la habitación de invitados donde me voy a alojar. Tiene un cuarto de baño en el interior. Las vistas del dormitorio dan a la piscina. Me dan ganas de bajar y tirarme en bomba, pero es hora de

comer y Gorka quiere llevarme de turismo y pinchos por la ciudad.

Siento que soy otra, he enterrado el hacha de guerra. Él parece extrañado y algo desconfiado. Teme que en cualquier momento le lance alguna de mis

puyas. Pero no, ha

llegado la hora de conocernos. A estas alturas, ¡ni yo misma me reconozco!

Paseamos por *Donosti*, por el casco viejo, la catedral nueva, la playa de *Ondarreta*, el ayuntamiento, el puente de *Zurriola*. A los dos nos gusta andar y parece que a Uxue también, pues no se queja.

Desde que me recogió en el aeropuerto, quiero preguntárselo y por fin me animo.

— ¿Tiene algún significado ese colgante de madera? — le pregunto mientras lo señalo.

—Es un *Japamala*, un rosario budista. Tiene 108 bolitas hechas de semillas de *Rudraksa*. Esta semilla ha sido valorada por siglos por profetas y sabios de la Antigüedad.

Procede de un extraño árbol que se encuentra en el norte de la India y Nepal. Las piedras generan un campo electromagnético que actúa sobre el sistema nervioso y aumenta la calma y el relax, por lo que es perfecto para personas muy estresadas. Son propias para la adoración y la riqueza.

—Eres un libro abierto— digo riéndome sin medida.

— ¿Y te hace gracia?

—Sí, pero, más bien, me sorprendes. Eres entretenido, diferente a la gente que conozco...aunque eso suena súper tópico de decir.

—Tú también te sales de lo convencional, Cayetana.

—¿¿Yoooo??—pregunto sorprendida. Estoy interesada en saber cómo me ve... me

interesa saber si mi imagen es algo distorsionada.

—Eres natural como el agua del manantial, y espontánea, te importa poco lo

que van

a opinar de ti cuando tú opines o que te lean la mente. Sin embargo, eres consciente de que tu carácter es vulnerable, porque no dejas misterio por resolver y es entonces cuando visualizas un fortín a tu alrededor, mostrando un lado mezquino con el que ahuyentar a quien te interesa.

—Vaya, sí, soy así. Mis amigas dicen lo mismo de mí pero con otras palabras. Ellas

dicen que soy una pava licenciada en zorra.

Ahora el que se ríe sin control es él.

—Me gusta ese juego de palabras.

—De hecho siempre fui lo primero, algo pava, algo inocente, siempre creyendo que

todo el mundo era bueno y que todos tenían buena fe. Un día mis mejores amigas me dijeron que debía protegerme y fue cuando sacaron lo de Pava licenciada en zorra. Lo inventaron para que yo misma me conociera y entendiera. Creo que las personas a veces

no nos esforzamos lo suficiente en imaginarnos cómo nos ve el prójimo, pensamos que somos normales y que hacemos las cosas normales, hasta que te das cuenta de que no te

suceden cosas normales y te preguntas por qué...Entonces necesitas a alguien que te dé una colleja y te explique lo que haces mal.

—Yo también te saqué un mote, Cayetana.

— ¡Ah sí! Y ¿Lo puedo saber?

—Si no te vas a enfadar...

—No, ¡qué va!...Dime, venga— le insto.

— Pija asilvestrada— emite con un sonido como si hablara de un personaje del *manga*.

Yo me río a escondidas y rompo el silencio.

—Bueno, quizás me lo merecía, pero no es un mote duro, me esperaba algo peor. Para

tu información, ya no te llamo perro flauta, no te pega. No sé si debo pedirte disculpas por mi comportamiento, de ser así, en mí “no-defensa” diré que no siento que deba pedírtelas.

—No, ¡claro que no! Yo tampoco creo haber hecho las cosas correctamente, sólo como en ese instante lo supe hacer. Estoy contento de que estés aquí, de podernos conocer y de que seas un importante referente en la educación de Uxue.

—No sé si estoy haciendo bien. Me preocupa que la vida me lleve por otros derroteros y me distancie de ella, y también me preocupa entregarme a ella en exceso.

Pero, ante todo, trataré de pensar en ella a la hora de tomar cualquier decisión.

—Es una situación rara, ¿verdad?

—Sí, muy atípica.

Impera el silencio, no sé de qué otra cosa hablar y, encima, he perdido el apetito, con

lo rico que está todo. Pero tengo el estómago lleno de orugas que quieren mutar en mariposas y no les dejo. Observamos a Uxue que se ha detenido para jugar a los columpios. Me siento rara, no sé qué soy para él, si encajo en su vida, si soy una agradable compañía. Así que me pregunto: Cayetana, ¿Sabes que es él para ti? Y tengo tan clara la

respuesta que se me hace un nudo en la garganta, y la inseguridad me hace perder el equilibrio sintiendo un movimiento rotatorio de los objetos que me

rodean.

Ha sido un fin de semana inolvidable que ha marcado un antes y un después en mi vida. Gorka se ha comportado como un gran anfitrión, me ha explicado en qué consiste su

trabajo y, lo mejor de todo, me ha enseñado sus obras y también su portfolio fotográfico.

Gorka rezuma creatividad por todos los poros de su piel. Hace esculturas y monolitos para rotondas y jardines y, de vez en cuando, pinta cuadros surrealistas. Ha ilustrado algunos cuentos para adultos. También tiene una sensibilidad especial para la fotografía. Ha llegado a posicionarse como el noveno mejor fotógrafo del mundo. Es profesor de yoga,

viajó y vivió durante un mes en Nepal y el Tíbet, de ahí su predilección por la filosofía budista... Este hombre no para. Me siento poca cosa a su lado, he pasado parte de mi vida

preocupándome por cosas superficiales, por estar a la altura de las circunstancias y de la gente que me rodeaba, por aparentar ser la más guay, la más popular, la más envidiada y la más amada. Nunca me preocupé en lo que era capaz de ofrecer al mundo.

Ha estado atento en todo momento, pendiente de si necesitaba otra manta, de conocer

qué es lo que más y menos me gusta de las comidas para acertar en guisos y restaurantes.

Ha pagado él la cuenta, o sea, que tiene las tres P's: es un proveedor, protector y lo otro también, no porque me haya plantado la semilla, el señor no me ha tocado ni con un palo

(excepto aquel beso en la hamaca). Ni siquiera me ha lanzado una mirada seductora.

Nada... Pero supe que tenía la tercera P, cuando vi cómo limpiaba la cara de

Uxue con toallitas. La niña, no fue muy ágil comiéndose el helado y acabó con las manos pringosas y helado hasta en el entrecejo. Tiene las tres P's, pero no soy su tipo, soy demasiado superficial, por eso no se ha vuelto a repetir aquel bonito encuentro sexual. Ni siquiera hemos hablado de ello. No puedo luchar por ellos por pura cabezonería, no sería justo.

Quiero lo mejor para todos, sin ser impuesto y lo mejor que puedo hacer es alejarme de él y de Uxue, mal que me pese y me rasgue el alma, pero debo darle la oportunidad de que

conozca a otras mujeres. Uxue encontrará seguro una madre, mejor dicho, Gorka se encargará de encontrar alguien a quien amar... Yo me largaré a Madrid, desapareceré de

sus vidas y quizás me animo y me voy también a Nepal. Suena a locura, sé que no lo haré, pero necesito encontrarme conmigo misma, entender mis fallos, perdonarme y renovar mi

savia.



Espero que para ella haya sido también un fin de semana inolvidable. He podido conocer

a la verdadera Cayetana, espontánea, elocuente, refinada y algo infantil. La casa todavía huele a ella, sobre todo su habitación. No sólo me he dado cuenta yo de eso, me

acabo de encontrar a Uxue tumbada boca abajo en la habitación de invitados, oliendo las

sábanas. No sé si es una utopía pensar que podríamos ser felices los tres aquí.

Esta casa pide a gritos fundar una familia, demasiadas habitaciones vacías, los espacios grandes demandan una familia numerosa. Nunca tuve tan claro con quién. Espero que venga pronto y que se quede más días, y encontrar ese momento en el que deba hablarle con el

corazón.

Me acerco a Uxue, sigue tumbada en la habitación que ocupaba Cayetana. La miro y

no es la misma niña. Está pálida, tiene algo de fiebre, me dice que está muy cansada. Esta mañana no se comió las lentejas, pensé que era cabezonería de niños y fui algo pesado insistiendo en que se las comiera, puesto que lleva un par de días comiendo fatal. Le toco la garganta, tiene los ganglios algo inflamados, me temo que puede ser alguna infección, o lo que es peor meningitis, así que la tomo en brazos y la llevo de inmediato al hospital.

[Hola soy Cayetana, estaré fuera unos días, contactaré contigo tan pronto como escuche el mensaje que vas a dejar tras el tono. Disculpa las molestias].

Es el alegre mensaje que me encuentro una y otra vez. Han pasado dos días del ingreso de Uxue, no logro contactar con Cayetana y me preocupa. Necesito su ayuda, su

apoyo, no puedo lidiar con esto yo sólo así que de nuevo realizo otra llamada, pero esta vez a mi hermana.

—Edurne, necesito que me ayudes, no localizo a Cayetana, no sé nada de ella desde

que me despedí de ella en el aeropuerto.

—Y, ¿Qué puedo hacer yo desde Londres, hermanito?

—No sé, tú eres la que conoce gente que conoce otra gente... Mueve hilos—
contesto

con ansiedad.

—Esto es muy extraño, ¿Por qué no localizas a sus padres? Es una tarea menos ardua

que la que me encomiendas.

—Lo sé y te estaré eternamente agradecido, pero de momento quiero evitar inmiscuir a sus padres en todo esto. Es algo entre ella y yo.

—Gorka, me tienes flipando, te comportas como si Cayetana fuera la madre de Uxue.

—Bueno sí, algo así es. Estuvo con ella dos semanas, si vieras cómo conectan.

Además, la última vez creo que fui algo distante, no le dije lo que sentía y me temo que ha decidido desaparecer de nuestras vidas, intuyo que no quiere tenerme por imposición, por la estrategia de estar con la niña y está equivocada.

—Todos sois unos cobardes... pero tú te salvas por ser mi hermano y además confesarlo. Te llamaré cuando indague algo, de todos modos, voy a pedir unos días de permiso, quiero estar contigo en estos momentos tan críticos.

—No, Edurne, quédate en Londres, tienes tres hijos que atender y un marido, además,

no quiero que arriesgues tu trabajo. Con que localices a Cayetana, me basta.

—No te prometo nada, estoy en la otra punta. Por favor, mantenme informada, me tienes algo preocupada. En estos momentos son cuanto más me acuerdo de papá y mamá,

coño, se fueron demasiado pronto.



En mi pecho reside el dolor de aquella despedida. Todos actuamos con normalidad.

Uxue quería quedarse con Boris y soltó una pataleta por no salirse con la suya. Pero no

le pareció algo anormal que me fuera. Quizás porque actuamos con naturalidad, sin darle

drama a la situación. Tana es una amiga de la familia, nada más. ¿Dónde está el drama?

Solamente en mi alma.

Quizás parece una pataleta infantil o una rabieta de licenciada en zorra, pero escapé

de él, sin darle explicaciones, escapé de todo porque quería estar sola, dejarme fluir, luchar contra esa coraza.

He comenzado el camino de Santiago en Astorga. Aunque voy sola he acabado uniéndome a un grupo de gente muy heterogénea que comprende edades muy dispersas desde los diecinueve años hasta los setenta.

La primera hora de travesía de cada día me sirve para inmiscuirme en un silencio donde puedo descubrir mi yo interior, algo que no me daba tiempo de encontrar en mi ajetreada vida. Cuando me hallaba con mi interior sentía que era momento para quitar los utensilios como preocupaciones, dependencias y problemas... y sustituirlo por la carga liviana de los objetos del peregrino. Entonces me daba cuenta que el camino me estaba sirviendo para andar hacia

delante el resto de mi vida, y casi no puedo explicar la receta para conseguirlo, porque para lograrlo hay que experimentarlo.

Me está siendo de gran ayuda aprender de cada una de esas personas que me acompañan: entrega, paciencia, esfuerzo, templanza, sabiduría, y espero que yo también haya podido contribuir en algo, para el resto del grupo. El día da para tantas cosas: compartir, “hacer la colada”, esas comidas que hemos pasado juntos, esas conversaciones

de temas tan variados y que tanto me llenaban... Pero, sin duda alguna, aquellos ratos de juegos y música que tanto nos hacía relajarnos. La música y las risas han sido el mejor paliativo en las pesadas cuestras. He conocido un sinfín de valores que cada día cuesta más verlos dentro de nuestra sociedad: lucha, sacrificio, apoyo y ayuda, sufrimiento, puntualidad, respeto.

Los primeros días me acompañaba ese vacío de haber perdido a dos seres únicos. Me

ha costado asimilarlo pero lo fui consiguiendo. He estado únicamente concentrada en mantener exclusivamente la mochila de la ilusión por llegar a Santiago. Llegar a la catedral, es una experiencia que no se puede describir con palabras.

Le estoy contando toda esta experiencia al taxista que me lleva a casa, le cuento que

han sido 9 días y 8 noches, que mis pies están plagados de ampollas y creo que tengo una

uña rota. Me he vuelto muy sociable y eso que ya lo era un rato.

Estoy ansiosa por llegar a casa para encender el móvil y ver los mails. ¡Llega el momento de volver a civilizarse! Pienso en Gorka, a mi mente viene la posibilidad de que me haya mandado un correo contándome alguna trastada de Uxue. He aceptado que estoy

enamorada hasta las trancas de Gorka y que soy capaz de querer a Uxue como

a mi propia

hija. Por mi parte les quiero a los dos, pero ¿y él? Sé que no me conviene juntar las dos cosas, no quiero que un amor condicione al otro. Hoy es el primer día de un nuevo camino, muy duro y a la vez bonito e inquietante por recorrer: con multitud de cuestras, ampollas.

Lo primero que hago nada más llegar a casa es llamar a Maggie. Ella se ha quedado

cuidando de Boris. Maggie tiene un criadero de *Yorkshires*, de hecho, Boris proviene de una de sus camadas. No acostumbro a dejar a mi *bebido canino* cuando viajo pero esta vez imperaba fuerza mayor. Aviso a Maggie de que estoy bien, que el viaje ha marcado un hito en mi vida y me comprometo en ir al día siguiente a su finca en La Moraleja para recoger al pitufo y tomar un té.

Enciendo el ordenador y el móvil, lleno la bañera con sales, recolecto todas mis cremas, pienso estar a remojo toda la tarde. Tengo tantas ganas de exfoliar mi cuerpo, ponerme mascarilla capilar y facial. Arreglarme las uñas y pedir cita al podólogo. ¡Dios, es llegar a Madrid, y sentir unas ganas de verme divina! Curioso, cuando estaba haciendo el camino, iba hecha una gitana, pero me veía bella, bella por dentro y por fuera. En fin, cosas de la civilización... Mi nevera está llena de aire, sacaré algo del congelador.

Bip bip, escucho el pitido del móvil, bip bip, vaya otro. Bip bip, otro. Madre mía que

solicitada he estado estos días. Son de Gorka, ¡no me lo puedo creer! Me pongo tan contenta cuando veo su nombre que empiezo a saltar como una pava. Sí, he vuelto a ser

pava, y me importa poco. Encima son mensajes de voz, ¡su voz! Ay Dios, ¡qué me querrá

contar!

Mensaje número 1: Hola Cayetana, llámame cuando puedas, Gracias,

Mensaje número 2: Hola Cayetana, ponte en contacto conmigo por favor.

Mensaje número 3: Cayetana, por favor, llámame, es urgente, Uxue no está bien, deberías venir a San Sebastián. No sé por dónde empezar, ven por favor.

Mi estómago está encogido como un puño y mi corazón hecho una breva madura. Ha

pasado algo grave y siento que he sido una egoísta e inoportuna con mi exclusión. ¡La de veces que pensé en coger el móvil! Pero deseaba aislarme de lo contrario, la experiencia no hubiera sido tan auténtica. Al cabo de un minuto siento ira y grito— ¡Pero este tío qué coño se ha creído! ¡No quiero ser su Mary Poppins de jornadas a convenir, no quiero que

me use como enfermera, lo quiero todo, les quiero a los dos!

Gorka coge el teléfono tras el primer tono.

—Cayetana, ¡por fin! He estado más de una semana tratándote de localizar— responde angustiado.

— ¿Qué le pasa a Uxue?— pregunto con la misma angustia.

—Está en el hospital, deberías venir, es algo delicado.

—Acabo de llegar ahora mismo de hacer el camino de Santiago, necesito una buena

ducha, dime qué le pasa.

— ¿Que has estado en el camino de Santiago?

Noto en la voz de Gorka cierta recriminación por lo que he hecho o he dejado de hacer. No se lo quiero tener en cuenta, imagino que el estrés emocional no le permite opinar con franqueza. Y de nuevo contengo la rabia— ¿Qué es lo que tiene Uxue?

¡Dímelo ya, por el amor de Dios!

—Le han diagnosticado leucemia linfoblástica aguda infantil, es un tipo de cáncer por

el que la médula ósea produce demasiados linfocitos inmaduros. Es el tipo de cáncer más

frecuente en los menores. El diagnóstico de Uxue ha sido precoz, sigue siendo clave para iniciar un tratamiento y mejorar el pronóstico. Quiero que estés con nosotros, que nos acompañes. Te necesitamos, Tana.

—De acuerdo. Tomaré el primer avión de mañana.

Gorka es muy imperativo con su tono, pobre, debe estar destrozado y sentirse muy solo. Yo ni siquiera sé cómo me siento. Lamento mucho lo que le ha sucedido a mi niña,

pero no sé por qué tengo la certeza absoluta de que se va a curar. Lo que me asombra es

que Gorka me “exija” estar allí. Quito el tapón de la bañera, de nuevo se desvanecen las ricas sales que pretendía que nutrieran mi piel, no estoy para deleites. Tomo una ducha intensa, quedo algo bloqueada frente a mi vestidor, la ropa cómoda está acartonada en la mochila. Voy a ser incapaz de dormir esta noche, así que decido conducir. Ahora mi prioridad es llegar a Igueldo. Así que vuelvo a llamar a Maggie y le pido que se quede unos días más con Boris.

Son las tres y media de la madrugada cuando aparco mi coche en el patio exterior del

caserío de Gorka. Le llamé cuando estaba pasando La Rioja. Me espera en su bonito porche, sentado en una mecedora antigua de madera. Sus ojos parecen tristes y cansados,

cuando me mira sonrío, estoy tan nerviosa que ni siquiera cojo mis pertenencias del maletero, bajo directamente hasta él. Mis piernas me pesan,

quiero ser ágil pero parece que no avanzan, mis ampollas no se entienden con la ansiedad que tengo por verle abrazarle y que me explique con detalle qué le pasa a Uxue. Parezco un herido de guerra

volviendo a casa, él percibe de lejos mi cojera pero no ayuda mucho, se ha levantado de su mecedora y está ahí quieto contemplándome de pie. No es necesario decirnos nada, una marea nos envuelve tan pronto como llego a él, a oler ese perfume de musk, incienso y vetiver, y sus labios se solapan con los míos. Nos besamos como nunca antes lo hicimos,

con propiedad, ira, rabia, posesión y deseo.

Me agarra de los brazos y me pregunta: — ¿Por qué has desaparecido sin decir nada?

No lo vuelvas a hacer— Me reprocha con esa misma ira y posesión, tras recuperar el aliento invertido en el beso.

Escurro mi cuerpo de sus manos, reacciono con agresividad y, sin controlar mi impulso, me aparto de él unos centímetros y le lanzo una fuerte bofetada en la cara. Parece una de las escenas de las películas de los años veinte. Me duele la mano y creo que él se ha quedado sordo por unos instantes, pero, ¡Dios, qué a gusto me he quedado! ¿Qué se cree? ¿Mi carcelero? Con la bofetada he descongestionado mi cabreo, pero aún me queda

despacharme a gusto.

—Detesto tener que dar explicaciones. Me fui porque necesitaba encontrarme, saber

lo que quiero. No sé si te crees que leo mentes, pero no es así. No puedes exigirme estar contigo como una Mary Poppins eventual. He llegado a pensar que lo que pasó entre nosotros aquella noche fue producto de mi imaginación. Me hería ver que actuabas como

si no hubiera sucedido nada. He sentido que contigo todo es más fácil. Es como si supieras sintonizar mis frecuencias. Me gustas Gorka, no lo quiero esconder más. No pienso jugar

con los sentimientos. Pero no es el momento de declaraciones. Uxue está enferma, quiero

saber qué tiene— Contesto con un tono agresivo, irritada mientras él me mira apesadumbrado.

— ¡Dios, qué lío!— Dice Gorka tapándose el rostro.

Su expresión me mortifica, imagino que mi sinceridad y agresividad lo ha colapsado.

Así que decido cerrar el pico.

—Todo esto nos pasa por no hablar, por tener miedo. Yo quería conocerte, te deseaba,

pero quería ser prudente. Sabía que te habían herido, no hacía falta que lo dijeras, veía tu coraza de lejos, el miedo destellaba en tus ojos. No quería hacerte daño.

Pero veo que de nada ha servido. Lo lamento y quiero que sepas que lo que sucedió

aquella noche no fue un desliz, fue sentido, y he deseado en cuantiosas ocasiones que se repita, que cada encuentro tenga algo más de chispa, algo más de deseo, algo más de ti y de mí.

Enmudezco sus labios con más besos, él agarra sus grandes manos, las posa sobre mi

cintura y me estrecha contra él. Coloco la palma de mi mano donde antes le dejé estampada la huella de mis dedos. Es mi primera bofetada pasional y me ha sentado bien.

—Qué sencillo es hablar y qué complicado lo hacemos a veces—confiesa.

—Quizás es porque conocemos el dolor del sufrimiento y nos protegemos en exceso.

Era importante hablar y aclarar esto, pero durante un tiempo dejará de ser una prioridad, ahora la prioridad es Uxue. — ¿Dónde está? Explícame con detalle qué tiene.

Gorka me invita a entrar en casa, mientras me explica coloca agua en un gran barreño.

— Está hospitalizada para controlar y tratar los efectos secundarios. Tiene leucemia.

El índice de curación actual ha mejorado de manera espectacular en los últimos años y

ronda el 80%. El tratamiento de remisión completa de la enfermedad consta de cuatro fases. La primera fase se basa en quimioterapia intensiva, a continuación debe efectuarse un tratamiento de consolidación, se emplean agentes terapéuticos distintos a

los [empleados](#) en la inducción con la finalidad de reducir aún más la enfermedad residual.

La tercera fase consiste en la administración de entre uno y tres ciclos de quimioterapia más espaciados y de menor intensidad. La cuarta fase del tratamiento se llama de mantenimiento. Consiste en la administración diaria de un agente suave por vía oral y otro semanal por vía intramuscular. Suele ser un tratamiento muy [bien](#) tolerado y con escasos efectos secundarios. No me preguntes por qué, pero estoy convencidísimo de que Uxue lo

va a pasar, nos va a dar una lección de fortaleza y entereza. Dios la puso en mi camino para conocerte a ti, pero ahora nosotros no existimos sin ella, por ello sé que se va a recuperar.

—Sí, yo también tengo esa certeza.

—Quiero que te quedes a vivir aquí, conmigo, que le transmitas fuerza, amor y unión,

siéntete como en tu propia casa, quiero que sepa que tiene un padre y algo muy

similar a una madre.

Sus palabras cortan mi respiración. Soy incapaz de pronunciar palabra, sólo le miro

extasiada. Gorka se aproxima a mí con ese barreño, arroja a éste un buen puñado de sal y un potente chorro de vinagre. —Descálzate, querida peregrina.

—Ten cuidado, creo que una ampolla se me ha ulcerado por una incorrecta cura.

Mis pies dan pena. Gorka retira suavemente el apósito, y comprueba que sí, se me ha

hecho úlcera, lo tengo hinchado como un tomatito y la herida es bastante profunda. Gorka me obliga a poner los pies en el barreño. Yo lloro del dolor, ¡Dios cómo escuece!

—Esto te pasa por ir por ahí repartiendo bofetadas— dice sonriendo. — Deberás

tomar antibiótico para que no se vuelva a infectar. He hecho dos veces el camino de Santiago, sé lo que es, muchos de mis compañeros perdían el entusiasmo por seguir el camino por culpa del dolor de pies. Seguro que estrenaste botas para el camino, gran error.

A pesar del fuerte dolor y agotamiento, me resulta confortante y agradable que Gorka

haya saneado mis pies. Ambos nos sentimos abatidos y nos caemos de sueño.

— ¿Te parece bien que durmamos juntos? No he preparado tu habitación y tengo ganas de abrazarte.

Asiento con la cabeza. Casi está amaneciendo, al menos dormir unas horas nos sentará bien. Instalo mi cabeza en su hombro, inhalo su perfume. —Gorka, perdóname por

el bofetón.

—Tranquila, me lo tenía merecido. Pero no lo vuelvas a hacer —susurra agarrándome

fuerte y acercándome más a él.



Me despierta el olor a café y el ruido de utensilios de la cocina. He dormido sólo dos

horas, estoy aún más reventada que anoche. Entro en la cocina, ando coja, la úlcera me

duele, pero al menos ya no tengo el pie como un botijo. Gorka no hace buena cara.

— ¿Qué le has explicado sobre su enfermedad?— pregunto mientras tomo una madalena y un termo de café y nos dirigimos al coche.

—He sido honesto, le he explicado lo que tiene con un vocabulario simple, sin mentiras. Los oncólogos infantiles han sido de gran ayuda, están muy acostumbrados a tratar con niños y predecir sus reflejos. Ha preguntado por ti todos los días. Le dije que estabas de viaje en un país muy lejano. Esa es la única mentirijilla que le he soltado. Se le ha administrado el tratamiento en forma endovenosa, recibe quimioterapia todos los días.

El tratamiento le está provocando algunos efectos colaterales como cansancio, piel irritada, caída del cabello y algunas llagas en la boca— Me explica de camino al hospital.

Estoy impaciente por verla, por acariciarla para dormirse, por hacer que sonría. Y

como ya me había preparado Gorka, compruebo al llegar a la habitación que Uxue no tiene muy buen aspecto. Me reconoce y me lanza una dulce sonrisa, de inmediato me pide

auxilio, siente incomodidad y dolor de llevar un catéter en la vena. Yo le tomo la mano y le prometo no moverme de allí en un buen rato.

Ese día no nos movemos ninguno de los dos de su lado. No tenemos nada mejor que

hacer. Pasan las horas y ya no sabemos ni de qué conversar.

—Sabes, detesto que Uxue no tenga hermanos y pienso ponerle solución a ello en cuanto se recupere.

Me provoca risa que diga esas cosas, como si pudiera embarazar a un árbol, pero me

callo, en el fondo me encanta, recuerdo la *P de preñador* (el célebre Don Agapito, ha sido de gran ayuda a la hora de detectar un hombre adecuado) y le contemplo sonriendo. —

¿Por qué?— pregunto.

— Un hijo único sufre con la carga de defraudar a los padres y el peso de la decepción y desaprobación de éstos. Esto puede resultar devastador para el niño.

—Eso es cierto, yo soy hija única y ahora después de casi treinta años empiezo a hacer las cosas sin pensar si les defraudaré.

—Además los padres que tienen un sólo hijo tienden a ser más sobreprotectores, exigentes, muy críticos y difíciles de complacer. Dado que todas sus expectativas y sueños recaen sobre un solo niño.

—Estoy totalmente de acuerdo Gorka, lo he vivido en primera persona. Pero

no lo hagas solo... no les prives de una madre— contesto. He dicho una chorrada, sé que él también precisa de una mujer en su vida, es un hombre atípico pero tradicional.

Los días en el hospital han transcurrido lentos y agonizantes. Ella ha permanecido débil y quejumbrosa parte del tiempo. Los médicos intercalaban períodos de descanso de

un tratamiento a otro para que la niña pudiera recuperarse y recobrar energías, es entonces cuando la niña está algo inquieta y juguetona.

Han pasado dos meses desde su ingreso, hace una semana le dieron el alta, ahora sólo queda comenzar otro nuevo “ciclo”, así lo llaman al nuevo tratamiento, el último, el de mantenimiento. La leucemia ha remitido y Uxue tiene que medicarse durante ocho semanas. Cada dos semanas deberá hacerse una revisión hospitalaria. Al menos vemos la

luz al final del túnel. Los tres estamos felices.

Vengo de la primera visita de seguimiento. El médico dice que la enfermedad está controlada y que las células sanas del cuerpo se están recuperando, los efectos secundarios parecen desaparecer gradualmente. El cabello empieza a asomar, pronto recuperará todo el pelo y volveré a hacerle aquellas trenzas que tanto le gustaban. Afortunadamente estamos en julio y no perderá horas lectivas, esperamos que esté totalmente recuperada para iniciar un nuevo curso en septiembre.

Por primera vez en meses me permito el lujo de pensar en mí. Echo de menos la que

fui. Pienso en mi cuenta corriente. Hace dos meses que no ha habido ingresos de ningún

tipo. Debo volver a pensar en mí, porque si no lo hago yo, ¿quién lo hará?

Echo de menos vestir bonita, maquillarme, calzarme bonitos zapatos, hacerme

tratamientos faciales. Y no me siento superficial por ello, sólo una mujer coqueta, nada más. Necesito recuperar mi identidad, ¡mi vida! Echo de menos volver a mi apartamento,

salir a correr por El Retiro, llegar a casa y jugar con Boris. Mi Boris, pobrecillo, me fue un dilema elegir traerle o dejarle en Madrid. Hace semanas que no sé nada de Adelaida y Margarita, querían venir a traerme a Boris.

Tengo invitaciones para el festival de la Concha, no tengo ni humor para ir ni ganas

de comprarme un vestido. Pero la insistencia de Gorka y de las gemelas supera mi apatía.

Quieren que salga, que me divierta, que cuide de mi público. Opinan que si he sido invitada gracias a mi nueva trayectoria como presentadora, debo seguir apareciendo de forma eventual por los saraos.

Recuerdo el mal de amores de Maggie e imagino lo bien que le vendrá salir.

¡Además, con las ganas que tenían de conocer al perro flauta! Perdón, a Gorka. Descuelgo el teléfono y les pido que se pasen por mi apartamento y me traigan un vestido de gala,

confío en ellas sabrán elegir la prenda y los zapatos indicados.



—¡A delai, nos vamos al festival de San Sebastián! ¡¡Cayetana tiene entradas VIP!! —

Digo alocada e ilusionada.

Tengo muchas ganas de ver a Cayetana y animarla un poco. Además, durante varias

semanas he logrado olvidarme de Damián. De hecho, solo le nombré el primer día, poniendo al día a Cayetana. Pero luego, no había espacio para él, la experiencia de pasear por la alfombra roja bien lo merecía. Compras por el centro, arreglos pertinentes de modista, peluquería, manicura y evento. Ni siquiera tenía dos minutos para recrearme con el móvil. Además de que no lo necesitaba, me bastaba con estar con las personas que más

quiero y más me quieren.

¡Y llegó el día! Por fin nos sumergiríamos en la nueva vida de Cayetana. Gorka se debía a su niña pero encontró un hueco para ser nuestro Chófer oficial, con su jeep lleno de polvo y barro. Algo que pensábamos pasar por alto hasta que Adelai advirtió que llevaría un vestido tan ceñido que no podría subir y, a pesar de que el fuertote de Gorka se ofrecía a subirla a hombros, ésta se negaba a bajar del todoterreno arrastrándose y dando coletazos como una foca. Así que optamos por que nos llevara con el Audi A3 Cabrio de

Cayetana. Menudo noviete que se ha echado mi Caye. Tan majo y consentido que nos permite llamarle por unas horas Ambrosio.

Nada más llegar a El Auditorio Kursaal de la ciudad y dar nuestros primeros pasos

por la alfombra roja, los paparazis nos reconocen como las gemelas Sáez de Cortázar. Con suerte lograba vivir alrededor de 362 días del año siendo una anónima. La prensa, no solo nos relaciona con la amiga de la presentadora Cayetana sino también como las hijas de un conocido ex productor de cine y accionista de televisión apasionadas del séptimo arte, ávidas de novedades y ambiciosos proyectos. De hecho, como era de esperar, la prensa centra su atención más en nosotras que en nuestra amiga.

Cuando nos aproximamos al Lounge Vip donde acogen a las celebs y asistentes para realizarse el pertinente photocall, uno de los encargados de seguridad nos advierte con gestos, que las fotos se hacen en grupos de dos en dos, con delicadeza, aparta a Cayetana de nuestro lado. No tenemos un ápice de

lamento puesto que en menos de una

milésima de segundo uno de los hombres más atractivos, seductores y envolventes del planeta, toma a Cayetana de la cintura, le da dos besos y sin soltarla, esperan a que nosotras terminemos de posar, para que a continuación posen ellos. A Gorka le van a salir colmillos de vampiro cuando vea en la tele a su chica con ese pedazo tío. Es tan guapo que mi mandíbula queda ligeramente desencajada. Un poco más y aflora por mi labio inferior

un hilo de babilla. No tenía ocasión de preguntarle a Cayetana o a mi hermana, quien era

ese hombre al cual yo acababa de bautizar como el dios Adonis, dios de la belleza masculina.

—Chicas, os presento a Rubén Sierra, aquí donde le veis tan guapo, es un abogado de

los más reputados, un verdadero rottweiler de las leyes. Le conocí a raíz de una entrevista que le hizo la revista con la que trabajo, además, es amigo de la psiquiatra de mi programa. Rubén antes de ser abogado fue actor. De hecho su primer trabajo fue con Almodóvar y el siguiente, un papel secundario en la Meca del cine.

—Gracias Cayetana, hay que ver que bien me has presentado, has integrado muy bien

eso de hablar delante del público y haberme entrevistado para la revista.

—El caso es que no les había hablado de ti a mis amigas, he visto la cara que han puesto cuando me has saludado y tomado de la cintura y he sentido el impulso de explicarles mejor quien eres.

Cayetana y mi hermana, no son tontas, son muy zorras, así que como pudieron, se alejaron del lugar consiguiendo así que él y yo nos quedáramos a solas por un instante.

—Vaya, vaya, actor y abogado, eso sí que me resulta elocuente y digno de

admiración. Cualquier hombre se hubiera rezagado en el rol de actor y hubiera abandonado la sacrificada tarea de estudiar leyes.

—Eso me dicen siempre, pero yo tenía las cosas claras desde el principio.

Convertirme en actor fue algo accidental. Yo trabajaba de barman en un local de Madrid,

donde Almodóvar acostumbraba a ir. Un día me ofreció un papel secundario, de hecho reservó el local para rodar, solo tenía que hacer de barman, ni siquiera tenía que hablar. A raíz de esa película, otros productores se fijaron en mí. Vengo de una familia humilde, tengo cinco hermanos, mi padre falleció cuando tan solo tenía diez años. Era el único varón, tuve que hacer de forma prematura de padre de mis hermanas. Gracias a mi carrera

como actor, pude proveerlas de todo lo que necesitaban. Pero ser actor no era mi vocación.

Aunque a raíz de ello, ahora represente a muchos actores de la meca del cine. De hecho,

he venido invitado por Denzel, al que le van a otorgar el Premio Donostia como reconocimiento a su carrera. Hoy presentan su película The Equalizer.

Dios, que bien se expresa. Habla con humildad y orgullo. Parece un libro abierto.

Quedo eclipsada por la belleza de Rubén. Creo que jamás en mi vida había visto a un hombre tan atractivo y varonil. Es un hombre apetitoso y él bien lo sabe. Tiene gran seguridad en sí mismo, además se denota que le gustan las mujeres. Tiene pinta de haber

sido siempre un picha brava.

Cayetana y mi hermana se acercan con sus copas de cava.

—Venga chicos, entramos ya— dice Cayetana.

—Genial chicas, nos vemos esta noche en la gala— Dice Rubén en señal de

despedida.

A continuación, me toma de la cintura y acerca sus labios a mi oído susurrándome:

—Cómo te pongas más guapa esta noche, solo tendré ojos para ti.

Cayetana anda dispersa de nosotras, saludando a todos los invitados. Me sorprende ver lo bien que se desenvuelve en este mundo del cual siempre pertencí pero del que siempre quise escurrirme. Cuando pude encontrarme con ella a solas, le pido referencias

sobre el rottweiler.

—Cayetana, ese tío me ha tirado la caña.

— ¡En serio! Buff Maggie, es un encanto. Es muy buena gente, aunque como abogado sea duro y tenga fama de ser el demonio personificado. Yo le conozco de hace un

par de años, fue cliente de mi padre, de hecho, todavía conduce el último coche que le compró, un espléndido Ferrari 612 Scaglietti cupé, de 540 caballos, por el valor de 244.000 euros. Es encantador, de hecho me atrevería a decir que es perfecto.

—Sí, eso parece, ¿Sabes si está soltero? ¿Tiene hijos?

—No, no tiene hijos y que yo sepa, no tiene novia. Ay nena, me encantaría que os gustarais, ¡haríais tan buena pareja! Te advierto de una cosa, oirás cosas de él feas, en el trabajo tiene la sangre de horchata, ha defendido a corruptos asesinos, casos muy complejos.

—Caye, sabes que no tengo ojos más que para Damián. Me da igual que este tío sea

perfecto. Sé de antemano que nunca superará a Damián. Quiero a Damián. No creo que llegue a sentir por alguien lo que siento por él. —Digo con el corazón hecho cachitos

—Coño Maggie, quien te ha visto y quién te ve, tú, la chica dura que usaba a los hombres como kleenex, que tanto frivolisaba sobre el amor... Tía, ¡estás hasta las trancas!

—Lo sé Caye y lo peor es que él no da un paso, lleva el control de la situación y sinceramente, no parece que en el futuro vaya a dar ningún paso adelante.

—Pues entonces mejor me lo pones. Rubén busca chica y quiere tener hijos. Nena, date una oportunidad. ¿Quién sabe?

Durante la gala de presentación me siento algo sola entre tanta multitud, yo no encajo

en ese mundo, a pesar de pertenecer a él y además, tengo una leve congoja que Adelai también comparte. Como hijas de productor, siempre nos resultó algo especial el festival de San Sebastián. El interior de la sala Kursaal, nos hace recordar los grandes años que mi padre vivió como productor. Él había bajado esa escalinata un par de veces para recoger

un premio.

De forma autónoma, como algo que todo ser humano hace varias veces al día, abro

con delicadeza mi precioso clutch para ver si alguien ahí fuera se aburre o se acuerda de mí. La sorpresa es un tanto impredecible; tengo mensajes de Damián. No ha cesado de

mandarme fotos de su travesía por el Perito Moreno. Eso hace que empiece a desgarrarme por dentro y sentirme la mujer más feliz del planeta. Odio esa sensación, detesto la capacidad que tiene el amor para hundirme en la miseria, conjurada con la capacidad de

levantarme fresca como una rosa solo con un pequeño detalle como ese. Sencillamente, odio haberle otorgado por primera vez a un hombre, ese valioso poder de transformar mi

dolor en dicha.

Y llegó la noche de gala. Confieso que una es chicazo, pero cuando quiere, puede ser

la más coqueta del lugar y aunque, en mi corazón no albergue cubicaje para Rubén, esa noche me pongo muy guapa. Elijo un vestido de Giambattista Valli, color turquesa, largo y vaporoso de inspiración griega en el que mi espalda quedaba completamente expuesta.

Tengo unas dos buenas razones, digo, delanteras —operadas por Catalina Quesada— y un

buen trasero—esto es herencia de mamá, tengo esa formita de pompis arqueada, como las

latinas aunque menos exagerado —. Me he acostumbrado desde hace tiempo a andar erguida y sacar tetas y culo. Y eso a los tíos, no veas como les pone. El caso es que, gracias a mis dos buenas razones—y cuando digo dos buenas razones hablo de mi delantera y mi trasero—bueno, tampoco es que sea fea, ya sabéis, no hay mujer fea sino

mal arreglada—siempre he conseguido tener a mis pies a quién me haya propuesto.

Seguía amando a Damián, seguía suspirando por sus ojitos pequeños, sus labios carnosos, con unos hoyuelos tan profundos que se asoman tras su poblada barba. Dios, cuando me acordaba de su sonrisa, me quedaba tan atontada como si me hubiera caído la

lámpara del teatro principal en el cogote y perdiera el conocimiento. Pero al mismo tiempo, estaba enfadada, muy enfadada con él. Había perdido la oportunidad. Una oportunidad que alguien parecía no quererla dejar escapar. Y eso, me hacía sentir fuerte y algo poderosa. Por ello, estuve toda la velada pendiente de que alguien, no me quitara ojo hasta que posara por fin sus labios con los míos. Algo que no fue difícil, puesto que Rubén parecía tener manía persecutoria. Además de que estaba especialmente amable,

presentándome a su querido Denzel y otras reliquias del séptimo arte.

—Dime, Maggie ¿Te alojas en casa de Cayetana?

—No, Cayetana no asistirá esta noche a la fiesta, tiene asuntos personales que atender, nos alojamos en el hotel Zenit.

— ¡Que coincidencia! Yo también. ¿Te gustaría acompañarme?

—Rubén, no quiero ser descortés, eres un chico muy deseable, pero no soy capaz de

ir tan rápido.

— ¡Quien ha dicho ir rápido! Maggie, quiero conocerte. Aquí hay paparazis y amigos

con los que ser amable. La única intimidad que puedo darte es la de mi cómoda habitación. Puedes dormir conmigo, prometo solamente abrazarte y darte mimos, si tú me

lo permites.

— ¿Y si voy, pero con la condición de que no me toques ni un pelo?

—Acepto el trato.

—De acuerdo, entonces, te avisaré cuando me retire.

—Estupendo, iremos hablando por el móvil para no levantar sospechas.

Espero poco de él. Por eso me desmaquillé y coloqué mi pijama de verano. Lo que

ves es lo que hay, me dije ante el espejo.

Me resulta difícil controlar mis deseos mientras le observo como se desprende con gracia masculina y parsimonia sus acharolados zapatos y se desenfunda de su caro y elegante traje chaqueta de Balenciaga. Queda semidesnudo ante mí, con sus slips blancos

con una ancha goma en la cintura donde puedes leer en rojo Dolce&Gabbana. N Disimulo muy bien que muero de ganas de abalanzarme sobre él. Acariciar esa bronceada y tersa piel y olerla mientras el busque mis pechos con sus labios. La genética esculpió en Rubén, un cuerpo armonioso, el cual siempre entrenó y cuidó para retar al tiempo.

Durante toda su vida practicó diversos deportes. Ahora combinaba el gimnasio con un entrenador personal. Si de cuello a pies era un verdadero Adonis, su rostro era digno de contemplación. Con unos ojos azules e intensos capaces de hacerte navegar a la deriva si no te escrutaban. De cabello moreno y agradecido, rasgos duros, nariz prominente y labios finos, era capaz de provocar vértigo a su alrededor. Pero al mismo tiempo también incitaba cierto rechazo. Me aterraba su apariencia de hombre seguro de sí mismo alardeándose de rozar la perfección.

—Dime una cosa, ¿Por qué no decidiste abandonar los estudios y centrarte en ser actor? Ahora mismo, podrías ser un Antonio Banderas.

—Porque soy persistente. Además, Maggie, los abogados durante un juicio hacemos

mucho teatro. Cada juicio es un papel más. Todo es falsedad y mentiras, solo importa ganar sin escrúpulos, sin piedad hacia las víctimas. En España es ponerme la toga y convertirme en el mejor actor judicial. En Estados Unidos el numerito es el mismo pero

sin toga, allí mi attrezzo son trajes de firmas elegantes. Pero en ambos casos trato de usar un perfume embriagador.

— ¿Cuánto tiempo hace que no estás en pareja?

Era mi pregunta de rigor en los inicios de un cortejo.

—Hace unos siete años.

—Vaya, eres de los míos.

—He tenido muchos proyectos de novia, pero cuando veo que hay algo que no

me interesa, desaparezco. La última relación que tuve, parecía que todo iba viento en popa. El sexo era fantástico, también el entendimiento y atracción, pero ella, se tiraba pedos. Se tiraba pedos en la cama o por casa. Yo le lanzaba una mirada condenatoria a lo que ella

respondía con un “Lo siento, es que se me escapan, eso es que estoy a gusto”.

Una noche algo le sentó mal y estuvo vomitando y con diarrea hasta el amanecer. A

media mañana, parecía encontrarse mejor y me pidió que le hiciera el amor. Yo, había perdido todo tipo de sex-appeal por ella, así que le dije: —Te voy a cocinar una sopita

calentita que te va a sentar genial, pero tú, no vas a venir más a mi casa, ni nos vamos a volver a ver.

Mi corazón seguía enganchado a Damián y no era capaz de comerme al bombón que

me abrazaba de forma fraternal, recibiendo de él, lo que había estado anhelando durante

mucho tiempo. Recordé a Damián y le subestimé. Su coraza, le prohibía tener muestras de

cariño físicas. Hablábamos y tratábamos de dormir, pero al minuto, a alguno se le ocurría comentar algo y seguíamos dialogando. Cuando parecía que ambos nos silenciamos para

caer en brazos de Morfeo, Rubén besó mi frente, yo, sorprendida giré levemente mi cuello y besé su mejilla. De inmediato, él besó mis labios de forma casta. Al cabo de un minuto, sentí un fuerte deseo por ser besada con pasión así que ni corta ni perezosa susurré:

— ¿Porque no me das un beso de verdad?

Un primer beso siempre suele ser premonitorio de cómo podrá desenvolverse la

relación. Notar sus labios algo tensos junto con los míos algo más bailones, me hizo presagiar...Pero no era momento de pensar en ello, solo quería dejarme fluir.

De nuevo, cuando intentaba dormirme de una vez, Rubén pronunció:

—Como me gusta comerte el coño todos los días hasta que no puedas más.

— ¿Cómo dices eso? ¿Cuándo ni siquiera me has visto desnuda?

—Porque es lo que haré.

Pasé una preciosa noche, dormí con una sonrisa dibujada en mis labios. Sentí una

leve esperanza de poder volver a amar.

Tan pronto como pude tener un momento a solas, decidí escribir en google su nombre

para saber algo más de él. Como me esperaba, Rubén aparecía en muchos canales de televisión, hablando de crímenes sonados. De hecho en el momento en que reproduje el primer video, recordé haber visto ese programa en el que él hablaba. También había trozos de telediario en el que era entrevistado. A su alrededor poblaban múltiples “alcachofas” y algún móvil usando la opción de grabado. Podía acabar aburrida de ver cosas de Rubén

había representado hijos de famosetes millonarios que habían sido arrestados por conducir bajo los efectos del alcohol y marihuana o protagonizar una carrera de coches, Actores que habían cometido delitos sexuales contra niños incluida la violación famosos corruptos. Pero también era el representante de presentadores de televisión, cantantes y políticos. ¡Pero como no me había sonado su cara!

Tras un par de semanas saliendo, llegué a sentir que la relación era de las más intensas que jamás había tenido. Rubén era la antítesis de Damián. Al menos

él, si tenía el valor de arriesgar, de confesarse, conocerme, dejarse fluir.

Una semana después de nuestro primer encuentro, nuestros cuerpos se consumaron sin piedad. Era puro magnetismo lo que uno sentía por el otro. Nuestra química fluía como la seda, Rubén sabía darme gozo, conseguía que emitiera gemidos fuertes e intensos, estaba condenada a ir al infierno. En mi vida había gozado tanto de observar y acariciar un cuerpo tan fibroso y armonioso. Dios mío ese cuerpo debería estar prohibido, hacía que mi corazón bombeara con tanta fuerza que se iba a salir de mi pecho. Me había enamorado de

su cuerpo, de su emulación a la perfección, pero era un enamoramiento mental. Mi corazón solo galopaba cuando llegaba al clímax y contemplaba su precioso rostro extasiado. Nunca sentí ese mariposeo en el estómago solo por un simple gesto.

Rubén me provocaba tensión. De hecho silenciaba mi voz. Me hacía sentir

imperfecta. Imaginé que se había acostado con un séquito de modelos y actrices de Hollywood. A cual más perfecta. Pensé que seguro tendría un catálogo como el de los niños con cromos, pero con rostros y culos de chicas con las que había tenido sexo.

Seguro que yo era la numero 287 que iba en el tomo número 6.

La pasión que sentía por él, hacía que cometiera locuras que nunca antes había cometido. Permití tener relaciones sexuales sin protección. Cuando empezamos, pedí de forma insistida que se hiciera con algún preservativo y tras mi insistencia, salió de mi interior y empezó a despotricar mientras encendía un cigarro—Algo que detestaba.

—No te das cuenta de quien más arriesga soy yo. Tu eres la que suelta fluidos. Yo no.

En ese instante me dieron ganas de revelarme, decirle que se pasara por un centro de

planificación familiar y que le mostraran un escrutinio de quien arriesga más

en las relaciones sexuales. Menudo cantamañanas. Pero mi lado vulnerable me dijo; Maggie, es

un voto de confianza, seguro que no lo hace con todas.

Rubén cuidaba demasiado de su adorno y compostura, se idolatraba de su porte de galán y hermosura, se retrataba con asiduidad, como si estuviera enamorado de sí mismo.

Y al mismo tiempo, me hacía sentir que era mío. Sin embargo, a mi estado le faltaba felicidad y fulgor. Siempre pensé que cuando te enamoras, te dan ganas de abrir la ventana y gritar hasta ensordar a los árboles y marchitar los geranios el nombre del ser a quien amas. Yo solo sentía eso cuando buscaba sexo.

Empecé comportarme como si tuviera trastorno de personalidad. Con Rubén aparentaba ser una mujer feliz y completa y de algún modo lo era. Dábamos una imagen

de pareja idílica. Nunca pensé que me gustase valorar a mi pareja como un trofeo. De algún modo, ambos hacíamos eso, mostrándonos ante las cámaras de los reporteros con orgullo. Asistiendo a eventos juntos. Si, lo admito, me enorgullecía tener semejante pareja y que todas las mujeres me odiasen y se murieran de envidia. Nuestras cuentas twitter estaban llenas de fotos mostrando nuestros bonitos bustos y sonrisas llenas de dicha. Todo el mundo nos veía como la pareja perfecta. Y aparentemente lo éramos. Siempre me quejé

de mi altura, mi metro y setenta y tres centímetros, me complicaban encontrarme con un

hombre que me superara en talla. Rubén medía un metro y ochenta y dos centímetros, me

encantaba la sensación de salir en las fotografías por fin con un hombre me sacara un

palmo de estatura.

Rubén disfrutó enseñándome su mansión con piscina climatizada, piscina exterior, jacuzzi en el jardín...una televisión similar a la de una pantalla de cine... Quizás eran las cosas que a una mujer le impresionaban. Pero yo era diferente. Yo estaba harta de los lujos. Había hecho lo imposible por distanciarme de las apariencias y materialismos.

Diciendo esto, me pregunté ¿Por qué estoy aquí? No estaba siendo fiel a mí misma.

Siempre renequé del mundo superficial que me rodeaba. Siempre recelé tener una vida anónima. Pero últimamente mi vida no se parecía a quien yo era. Quizás ahora la actriz era yo. Los avatares de la vida, habían hecho que me disfrazara de alguien que no era.

“Tranquila Maggie, podrás soportarlo”, me decía. “Tarde o temprano, Damián entrará

en razón y volverás a ser tu” “todo es un paripé para que espabile”. Era un gran plan.

Rubén no tenía sentimientos, su trabajo le había desnaturalizado así quedarían eximes los daños colaterales. Lo nuestro no era amor era sexo a quemarropa, un intercambio, un entretenimiento. No era capaz de amar, era su amuleto y su trofeo Le motivaba mi personalidad, mi amplitud cultural, mi sentido del humor, mi belleza, mi deseo carnal, mi adaptabilidad en los entornos y cómo conseguía meterme a su gente en mi bolsillo con mi

gracia y carisma.

Parecía que con todos estos factores, podríamos ser felices y dichosos toda la vida.

Probablemente lo sería para gran parte de la humanidad. En eso consisten las relaciones.

Compartir, gozar, sentirse bien. Pero no era así.

Por ello decidí contactar con Damián. Teníamos una conversación pendiente. Él había

ninguneado mi declaración de amor. Ahora, quería saber cómo se sentía. Si es que me permitía saberlo. Pero ante todo, deseaba darle una explicación, quería que supiera, que mi elección, no era la mejor, si no la única.

Damián no quería verme. Sentí con su tono al hablar que me repudiaba.

—Maggie, ¿Qué haces con ese tío? ¡No ves que no eres su tipo! Parece mentira que

tú, que siempre renegaste de lo superficial, ahora te hayas transformado tanto. Ten cuidado Maggie, te está cambiando, quiere dar el braguetazo.

No sabía que contestarle, quizás era porque tenía razón. Aun así le repliqué.

—Que no Damián. Que tiene su corazoncito, que en la tele y en los juicios hace el papel de capullo, pero es un tío guay.

—Maggie, eres un juguete roto, ¿no lo ves?

Y si tú lo ves, ¿Por qué coño no me rescatas? Es muy cómodo desde fuera dar consejitos, pero eso sí, te permites el tono protector y así te curas en salud.

—Maggie, no tengo que rescatarte de nada. Eres mayorcita para alejarte del lobo.

— ¡Y tú también eres mayorcito para elegir a quien querer! ¡Tan valiente para el deporte de riesgo y tan cobarde por afrontar los sentimientos! ¡Mira lo que has hecho de mí!

—Maggie, no pienses por mí, por favor. Ni me acuses de tus actos.

Colgué el teléfono. Damián me hizo entender algo. Desde que Rubén y yo nos

habíamos conocido, solo habíamos fornicado como perros en celo. Él no sabía nada de mí.

De mis gustos, manías, pasiones, aficiones... No atribuía a él la culpa. Solo que, el sexo había sido nuestra prioridad, delirio y enganche, el eje de nuestra relación. Y nuestra vida, parecía basarse en la apariencia de lo que el twitter dijera.

Estaba rabiosa. Odiaba que me hiciera sentir como la cachonda impaciente, intensa enamorada y no correspondida. Deseé volver al pantano y estrellar el móvil en el agua.

Pero de nada serviría. Había llegado el momento de la despedida, ¿pero de quién? ¿Era capaz de desprenderme de ambos o de uno solo?

Me despierta el peso de Rubén. Está penetrando mi interior el cual está húmedo y le

facilita el trabajo. Para ahorrarse tiempo, ha arrancado mis bragas por una costura lateral.

He sido consciente de ello al notarlas en un lado de mis muslos. El hecho de estar húmeda, no significa que desee en ese instante ser penetrada, pero nuestro ilimitado e irrefrenable ritmo sexual le concede dichas licencias. Nuestras relaciones sexuales son excitantes y algo imprevisibles, tratando así de sorprendernos y disfrutar con mayor intensidad. Tengo un leve dolor de cabeza, creo que es jaqueca, he dormido tanto y tan profundamente, que me cuesta adivinar en qué cama estoy. Me gusta dormir boca abajo,

aunque se me caiga la babilla. Al principio trataba de contenerme, pero el sueño me vence.

Demasiadas contenciones, con lo de reprimir los pedos, ya voy servida.

Me duele tanto la garganta, que no soy capaz de pedirle a Rubén que pare. De hecho,

creo que cuando termine, seguiré durmiendo.

Aun así, no puedo evitar soltar algún leve gemido y recolocarme a mi antojo.

Esto es

un polvo matutino en toda regla. Boca abajo, así no nos olemos demasiado el aliento y tampoco hay que besarse. Dios, que poco romántico, además llevo los pelos enredados y

alborotados. Uso las falanges de mis manos como peine, estiro el cabello pretendiendo adecentar algo mi look matinal.

—Ay, joder— me quejo.

Me he enganchado con algo en mi pelo o en mis dedos, es como una bola rugosa. Al

voltar la muñeca y tratar de deshacer el enredo, me doy cuenta de que es un anillo con un gran zafiro azul [en forma](#) de pera y numerosos pequeños diamantes. Yo no soy de llevar joyas y mucho menos de dormir con ellas. Eso le da una pista a mi memoria. Anoche Rubén me debió pedir que me casara con él. No recuerdo nada, no recuerdo darle un Sí.

Pero si llevo el anillo en el dedo, debe ser porque lo debí pronunciar. Debo meditar si eso es lo que quiero, casarme con él son palabras asustadizas. Nunca quise casarme. Noto

como Rubén acaba de correrse en mi interior y busca mi mejilla. Odio ese gesto de incontinencia. Sabe que no tomo anticonceptivos. Pero como homínido, siente que mi cuerpo le pertenece. Para él, expulsar su simiente en mi interior, es como marcar su territorio. Estoy segura que en ese instante es tan orangután, que ni siquiera piensa en las posibles consecuencias.

No puedo dormir con mi entrepierna pringosa, además, debo enfrentarme a esta

situación. Mis ojos le buscan y mis manos acarician su mandíbula.

—Buenos días, amor.

—Hola— digo con voz de carajillera.

Rubén está guapísimo hasta recién levantado. Su cuerpo me vuelve loca. Me apasionan sus gestos mientras dormimos, cómo nuestros cuerpos se solapan como si fuéramos un perfecto puzle. Ha conseguido que duerma sin calcetines, pues coloca sus plantas de los pies sobre las mías de una sencilla y perfecta forma. La vida con él, no es tan mala. El fallo está en que yo comparo, lo comparo todo con Damián.

— Rubén, tengo amnesia, cuéntame esta escena—digo mientras le muestro el precioso pedrusco que con los rayos del sol destella con especial glamour.

— ¿En serio que no te acuerdas?

—Lo siento, amor, no me acuerdo— Digo haciendo pucheritos mientras me hago con

un par de toallitas húmedas y limpio los pliegues de mi interior.

Tomaste demasiado vodka con red Bull y cenaste muy poco.

¿Me has pedido que me case contigo?

Rubén juega al despiste, se levanta y se dirige al baño dándome la espalda, enseñándome ese precioso culo que adoro morder. Yo le persigo silenciosa esperando que

responda. Intuyo que está algo frustrado, pero no enfadado. No le gusta que le vea orinar y cierra la puerta en mis narices. Vuelvo a la cama, caigo en ella de forma precipitada y la poseo entera.

—Maggie, ¡ven a la ducha! Escucho su voz mezclándose con el ruido de la cisterna

del baño.

Como una niña buena obedezco a sus órdenes.

— ¿Cómo te encuentras?— pregunta mientras empapa mi rostro con el

telefonillo.

—Me duele mucho la cabeza.

—Te prepararé un rico zumo de frutas y un paracetamol. Cuando te encuentres mejor,

hablaremos— dice mientras toma mi refrescante cutis y me besa.



Durante todo este tiempo, Cayetana y yo nos turnábamos en el hospital y uno era el

hombro del otro. Nuestros cuerpos se deseaban con las miradas, nuestras pieles se erizaban con sólo rozarse, nuestro cariño ha sido el complejo vitamínico para sobrellevar la situación y nuestros besos las cápsulas para mantener vivo nuestro fuego. Pero a merced de nuestro cansancio y decaimiento se ha extinguido nuestro apetito sexual. Ahora mismo

estamos tumbados en la cama dispuestos a dormir una siesta merecida. Nos sentimos aliviados y felices pero seguimos sin fuerzas para entregarnos con ganas. Durante estos dos meses, he recordado a pinceladas el significado del deseo, pero mi cuerpo y mi mente carecen de deseo sexual y ahora empezamos a recuperar la memoria de aquellas caricias.

No obstante, seguimos exhaustos y con horas de sueño pendientes. De todos modos tengo

claro que me voy a tomar esta relación con calma. Entiendo que le preocupa confundir los sentimientos. Que el hecho de que quiera a Uxue no quede subyugado a que nos tengamos

que querer. No quiero que nos queramos a la fuerza. No sé cómo digerirlo, pero quiero avanzar. Si no nos entendiéramos bien, debería alejarse de Uxue, pero, este no es el caso.

Es algo delicado. Es un dos por uno como en el hipermercado...pero no hablamos de puerros y cogollos...

Cayetana ha despertado de la siesta con antojo de algo dulce, así que dejo mis lienzos

y animo a mis dos chicas a ir a una pastelería francesa donde hacen unos postres recién horneados riquísimos.

—Como dicen, las penas con pan son menos penas y yo tengo algunas penas de hojaldre que untar con café— dice Tana.

No entiendo su frase, bueno sí la entiendo, tiene algo malo que decirme.

—Gorka, la niña está fenomenal, tengo que irme, mi trabajo está abandonado. Mi editora de *ELLA* me concedió un tiempo pero debo volver y ponerme al día con el blog y las tendencias. Durante estos meses ni siquiera he llegado a devolver las llamadas o responder *mails*. En septiembre se emitirá la siguiente temporada de *Me gusto con o sin ropa*. Adoro pasar el tiempo con vosotros pero yo tenía una vida y la quiero recuperar.

—Tana, me encanta que estés aquí... No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho.

Me siento en deuda contigo—confieso mientras tomo su mano.

—No, por favor, no te sientas en deuda. Dentro del sacrificio hemos hecho lo que nos

ha dado la gana.

—Me hubiera gustado estar más tiempo tú y yo solos— confieso.

—Si, a mí también, pero volveré pronto.

—Siempre que quieras— contesto besándole la frente y acercándola hacia mí.

Tana entra a la habitación de Uxue para despedirse de ella. Quiere salir temprano hacia Madrid, para así almorzar con su productor. Me ha prometido explicárselo a la niña con sinceridad y, aunque confío en ella, necesito escuchar escondido y rezagado desde el quicio de la puerta.

— ¿Tana te vuelves a ir? — pregunta la niña que al parecer ha escuchado nuestra conversación esta tarde.

—Sí, pero volveré muy pronto.

— ¿Por qué no vives con nosotros si eres mi mamá?

— ¿Recuerdas los cuentos que te leía cuando estabas en el hospital? ¿Te acuerdas de

ese personaje llamado hada madrina? Es un ser mágico que puede conceder deseos o cambiar algo con el uso de la [magia](#). Una mujer tierna, cariñosa y siempre beneficiosa.

Uxue, yo soy tu hada madrina.

—Pero yo quiero que seas mi mamá.

—Uxue, es un deseo que no sé si te podré conceder porque no depende sólo de mí.

Piensa una cosa: los cuentos tienen pocas páginas, se acaban enseguida. Las historias reales equivalen a muchas páginas, muchos cuentos unidos y eso hace que todo sea más

complicado. Tú hada madrina y tu papá necesitan saber si juntos van a quererse de verdad y para siempre. Aun así, tú y yo, seguiremos escribiendo nuestro cuento particular. Y

nunca, nunca, aunque la vida te regale otra mamá, me alejaré de ti. Yo estaré siempre velando por ti. Percibiré tus pensamientos y te mandaré buenas energías. Siempre seré tu hada madrina.

— ¿Y qué pasará si te conviertes en mi mamá?

Pues que ya no seré tu hada madrina.

Y ¿qué diferencia hay?

—Pues las mamás son más pesadas que las hadas madrinas porque tienen que educar

y, muy a menudo, regañan para que la hijita sea una niña ejemplar, están más tiempo juntas... Tiene sus ventajas y desventajas, pero tú no te preocupes porque pase lo que pase, tú siempre saldrás ganando, ya verás.

Me asomo por el umbral de la habitación, las observo quieto, con los brazos cruzados.

Tana sale sigilosa y la secuestro en mis brazos. Me ha gustado cómo se ha comunicado con Uxue y eso hace que vea evidente que es la mujer de mi vida. Mientras la abrazo y

mezo su cuerpo, le susurro al oído. —Te quiero Tana. Es la primera vez que se lo digo, ella reacciona con un escalofrío y con una sonrisa derretida me devuelve la frase.

—Te quiero Gorka.

Y nos enredamos en un beso mientras nos dirigimos al dormitorio donde la desnudo

con sigilo. Tengo ganas de poseerla hasta dejarla exhausta. Me tengo que desquitar, espero no culminar de forma prematura, son muchos meses de contención y parece que el apetito

sexual acaba de despertar de forma descontrolada. ¡Dios, estoy a punto de explotar! Mis

besos erizan su piel y sus gemidos me hacen perder el control, de repente viene a mi mente la idea de que estará lejos de nosotros por unos días y no puedo evitar echarla ya de menos.

— ¿De verdad te tienes que ir?

—Sabes que sí, Gorka. No nos tenemos que precipitar, ella no se lo merece.
Piensa

que nos conocimos hace sólo cuatro meses y el primer mes yo te odiaba con todo mí ser.

—No me odiaste, sólo me cogiste manía como los profes— respondo
sonriendo

mientras la apreso con mis manos.

— ¿Sabes? Me acabo de acordar de un argumento de mi compañera la
psiquiatra Almudena Elliot, dice que si se analizan los ciclos cardíacos de una
persona, no se puede apreciar la diferencia entre si una persona acaba de
matar a otra o ha tenido un orgasmo.

El amor y el odio tienen mucho en común, cuando odiamos concentramos
nuestra atención tanto como cuando amamos, nos obsesiona pensar en ello.
Tenemos una gran cantidad de energía, nos cuesta comer y nos cuesta dormir.

— ¿Pretendes confirmar entonces que el odio a primera vista equivalió al
amor a primera vista?— Pregunto yo.

—Puede ser, ¿Y tú? ¿Fue amor a primera vista?

—Algo así, fue amor a primera vista tras el televisor, te vi presentando el
programa,

te reconocí y pensé que siendo vecinos en algún momento nos encontraríamos.
Por eso cuando me vi en apuros, pensé en ti.

Vaya, y yo sin enterarme...

— Y ahora prepárate, porque pienso dejar recuerdos de mí en todos los
perímetros de

tu piel— declaro mientras la tomo en mis brazos y llevo en volandas hasta mi

cama con

gentileza. Quisiera haber premeditado algo más este momento, haber llenado la cama de

pétalos de rosa. Todavía no conoce mi lado romántico, echo de menos más florituras en el ambiente, velas, incienso, cava, fresas, alimentarla, se lo confieso al oído. Le prometo una noche inolvidable, donde madrugaré, iré a por marisco a la lonja y cocinaré para ella un menú afrodisíaco. Le pido disculpas, hoy mis únicas herramientas son mi miembro viril duro como el mármol de carrara, el cual espero sepa comportarse como ella merece, mis

labios, mi lengua y mis grandes manos. Ni siquiera el tiempo nos da tregua a poner algo

de música ambiental. Ella se queda relajada, me mira con pleitesía.

— ¿Qué canción te gustaría que sonara ahora? — Le pregunto.

— *Heaven... I'm in heaven, And my heart beats so that I can hardly speak. And I seem to find the happiness I seek*— me canta dulcemente.

— Buen gusto, sí señorita y muy buena dicción, se nota que has estudiado en un colegio *british*, pija asilvestrada.

— Cállate, perro flauta, y termina de desvestirme, una parte de mi cuerpo tiene más chispas que una central eléctrica en plena tormenta.

Aún tengo que aprender a tocar su precioso cuerpo, todavía no sé qué es lo que le hace gritar. No quiero tantear las teclas, estoy impaciente por saberlo pero ella está tan generosa y entregada conmigo como yo con ella y se adelanta desabrochándome el cordón

de mi pantalón bombacho, para darme un placer que aún no he descubierto, el de su boca

en mi pene. Se me escapa un jadeo contenido, ¡Dios, qué nohecita más lujuriosa nos espera! A pesar de que nuestros cuerpos no se conocen, se familiarizan, han sido muchos

días unidos por el estrés y los nervios, eso hace que la posea con intensidad. No puedo evitar pensar que parece que llevemos haciendo el amor toda la vida.



Esta mañana ha sido la primera vez que me he sentido verdaderamente amada y mimada

por Rubén. Sus besos en la ducha, tenían savia nueva, era tiernos y pasionales, como si

intuyera mis miedos y los pretendiera extinguir a besos. Hubo un pequeño instante, tras el polvo matutino, en el que sentí que abusaba de mí. Pero era un cruce de pesimismo. A veces no quiero creer en la buena fe de los hombres y trato de darle la vuelta a las cosas.

Ha estado observando mi silencio y mis movimientos, también mi dulce gesto al dejar

el precioso anillo de platino de Chaumet. No quiero desprenderme de él, me ha seducido y le siento mío. Pero si quiero llevarlo, debo volver a ser yo.

—Sabes que el color azul simboliza la fidelidad— dice Rubén mientras acaricia mi trasero y trata de colocar el anillo en mi dedo.

—Es el anillo más bonito que jamás he visto, Rubén. Y me hace sentir la mujer más

especial de la tierra.

—Entonces, porque te desprendías de él y estás melancólica.

—Rubén, he sido infiel a mí misma. Cuando te conocí, estaba algo vulnerable, estaba

desenamorándome de alguien...

—Vaya, eso no me lo habías contado.

—Lo sé. Y no quiero secretos. Rubén, necesito volver a empezar. Volvemos a conocer. No conoces a la verdadera Maggie. Yo no soy la chica de tacones de aguja que

sacas a cenar, ni la mujer que siempre esta perfecta y pendiente de su amor. Yo suelo ir siempre con calzado cómodo, deportivas, sudaderas, vaqueros. No me gusta maquillarme,

me encanta el campo, las salidas a la naturaleza y sobre todo ser anónima, ser sencilla.

Quizás es por que nació en cuna de oro y los lujos fueron siempre un condicionante en mi

vida. Hace tiempo que decidí separarme de ese mundo. Entiendo y respeto que te guste vivir bien, los lujos...Es bonito y seguro tener dinero, no lo cuestiono. Solo que durante este tiempo, no me he permitido ser yo, por miedo a que no gustase, no encajara en tu mundo. Pero ahora, llegado a este punto— tomo de nuevo el anillo y lo coloco en su mano

—. Creo que debemos darnos un tiempo, sentir. Quiero saber qué es lo que siento sin ti.

Necesito recuperar fuerzas, volver a ser Maggie la criadora de Yorkshires que adora montar a caballo sin silla porque le apasiona sentir la fusión de su cuerpo con la del caballo. Aquella Maggie algo autodidacta y espiritual que dedica su tiempo libre a leer astrología. Quiero recuperar mi independencia, mi lado salvaje. Y quiero que conozcas a

esa Maggie y si puedes converger con ella, solo entonces, entrégale esta joya.

En los ojos de Rubén noto algo de enojo. Intuyo que está reprimiendo su genio y eso

me aturde. Tras un largo silencio en el que no hace más que escrutarme con esos ojos glaciares por fin tiene palabras.

—Lo haré Maggie. Recuperarás esta joya. Te recuperaré.

No puedo evitar estrecharle entre mis brazos. El responde apretándome fuertemente

contra su pecho. El intenso contacto hace que desee llorar y descongestionar todas las emociones que he tenido retenidas desde que viví el desamor con Damián. He cometido una locura. He querido olvidar a alguien queriendo a otro. Y lo peor es que he vivido una relación intensa y pasional con el corazón descompuesto. Necesito tiempo. Estoy impaciente por volver a ser yo.

—Tranquila Maggie, llora, no te reprimas— dice Rubén besando mis lágrimas mientras baila lentamente tarareando la canción de *yesterday*. Su melodía me relaja, me hace sentir protegida. Al cabo de unos minutos, mis lágrimas cesan, me separo de él.

— ¿Qué opinas de todo, Rubén?

—Creo que nos hemos dejado envolver por una relación puramente sexual que a mí,

me ha conducido a quererte y a depender de ti.

—Definitivamente, lo único verdadero que has conocido de mi ha sido mi instinto sexual. Has conseguido que acariciara las estrellas con solo tocarme.

—Siento que mi forma de ser y tu vulnerabilidad, te hayan llevado a ser quien no eres. No quiero condicionarte. Tienes que ser tú. Voy a estar unas semanas en Los Angeles por trabajo. La distancia nos vendrá bien. Y cuando vuelva, aparcaré mi ego y me enseñarás a montar a caballo sin silla, ¿De acuerdo?

—Buff, no pensaba que me lo fueras a poner tan fácil. Te hacía más

intransigente.

—En absoluto, cariño. Me he enamorado de ti, ahora soy yo el vulnerable, así que si

tienes otro deseo, ahora es el momento de pedirlo.

—Sí. Creo que si tengo otro deseo.

—Pues pide por esa boquita, cielo— dice Rubén mientras con su dedo corazón

desliza mi labio inferior.

—Quiero que me dejes tirarme pedos en el edredón— digo tras soltar una fuerte risotada.

—Oh noooo, ¡eso es una marranada Maggie!— exclama sin poder disimular una

sonrisa.

—Bueno, solo ocasionalmente, ¡si se escapan, se escapan! ¡Desde que me contaste aquella anécdota tengo el esfínter hecho un nudo marinero!

—Maggie, ¡eres un trasto! Y te quiero—

Es la primera vez que pronuncia un te quiero. Lamento no poder devolvérselo, necesito tiempo para saber si le quiero. De hecho creo que él está confundido, pero el

tiempo dirá.



Acabo de escuchar al pajarito silbante de mi móvil, Me avisa que tengo un whats app.

¡Qué rabia! La *estheticienne* me está haciendo la manicura y este color de uñas rojo tan *glossy* no está seco del todo. Escucho de nuevo al pajarito silbante. ¿Quién será?

¡Vaya sorpresa! Hace tiempo que no interactuamos por el canal *Pava licenciada en zorra*, nombre de nuestro grupo de whats app. Llevamos unas semanas en modo silencioso. Yo quizás, felizmente casada, soy la que menos quehaceres tengo. Mi hermana

Maggie, últimamente, suele contar lo justo, más que nada, porque ella era la que alardeaba de usar a los hombres como algo desechable. Arrieros somos...

El mensaje es de Cayetana.

[*Cayetana*] Chicas, por fin vuelvo a ser yo en esencia pura. Mi niña está curada y fuera de peligro y vuelvo a Madrid. ¡Tenemos que vernos! Estoy ansiosa por irnos de juega, bailar, beber, reir. Os quiero pavas y os necesito.

[*Maggie*]¡¡¡Pavitas!!! ¡Encuentro tantos motivos que celebrar! Disculpa Caye que te robe la frase, pero yo también vuelvo a ser yo en esencia pura.

[*Adelai*]¡En serio! ¿Qué ha pasado, sister?

[*Maggie*] Muy fuerte...Me he desenmascarado. Y creo que aun así Rubén me quiere.

¡Pero dejadme que os lo cuente en persona!

[*Adelai*] ¿Queréis que reserve mesa en el Diverxo a las 21:30h. Más tarde se pone hasta los topes y odio tener que hablar a grito pelao, así nos podemos escuchar bien.

[*Cayetana*] Ok pavitas, os dejo que salgo ahora de Igueldo. ¡Poneros divinas! Eso va por ti Maggie.

[*Maggie*] no, no. Me declaro en huelga de tacones por toda la eternidad...

[*Cayetana*] Zorras, ¡Os quiero muchooooo! Y no sé qué haría sin vosotras.

[*Maggie*] Yo no solo os quiero. Os adoro y os doy permiso para que me deis una somanta palos el día que deje de ser yo.

[*Adelai*] bufff... ¿mi hermana la zorrita sentimental?

¿No estarás preñada?

[*Maggie*] Maybe... jajaja.

[*Cayetana*] *Conduzco* coche....corto y cierro .

[*Adelai*] Maggie, no puedo resistirme. ¿Qué ha pasado con Damián?

[*Maggie*] Absolutamente nada. Damián ha sido un espectro. Algo irreal e intangible, aunque parecía ser de carne y hueso. Hace meses que no se de él y me importa un comino.



Estoy en Madrid, vengo de rodar un anuncio de una marca de complementos. Antes de

subir a casa, paso por el quiosco, hoy es miércoles y ¡salen las revistas del corazón!

Estoy impaciente por ver la portada más bella y perfecta que jamás vi.

Este año ha sido la bomba. No sólo a nivel afectivo sino también laboral. La segunda

temporada de *Me gusto con o sin ropa* ha sido un éxito sonado. Me siento muy

querida por la gente, que me para por la calle y algunos hasta tienen el disparate de pedirme un autógrafo, ya ves, pues, si soy una más...a mí me dan ganas de pedirles otro autógrafo de

vuelta.

Además de capitanear el programa de *Me gusto con o sin ropa*, este fin de año presenté las campanadas en el mismo canal donde se emite el *reality*. Fue una experiencia divertida eso de explicar lo de los cuartos y mantener la compostura con un puñado de uvas en la boca mientras gritaba “Feliz 2014” a todos los televidentes. Menudo frío hacía en aquel balcón y yo ¡con vestido de tirantes!

Mis ojos alcanzan de inmediato la famosa revista del saludo. Y ahí estamos los tres en

la portada, con nuestras caras de felicidad. Simultáneamente, al lado de la revista del saludo, me encuentro con otra revista de temática totalmente diferente en la que aparece en portada alguien que conozco muy bien, ha cambiado algo su look, pero le he reconocido de lejos. Escojo las dos revistas, pago al quiosquero y me voy acelerando el paso hasta casa. Me encantan esas fotos, sobre todo la que estamos los tres en la hamaca de tela del jardín y la que estamos en la cocina haciendo pasteles y con harina hasta en la nariz. Boris sabe posar para la cámara, tenía que haberle llevado a castings para anuncios,

¡menudo tipazo de yorkshire tengo! Uxue es también muy fotogénica, está guapísima con

su pelo corto y liso a capas, todo el mundo está encandilado con ella, no es porque sea mi hija, pero es un ser especial. Gorka está cañón del colorado, ha cambiado de nuevo su look, se ha vuelto a poner rastas, pero esta vez menos cantidad. Lleva su rubia barba larga por el mentón, pero el lado de los carrillos los tiene totalmente afeitados, es un poco cutre, pero a mí me vuelve loca, con esos ojazos color esmeralda... es verle y le quiero poseer

sin control. Seguro habrán dos reacciones con las lectoras que lean la prensa:

1) Le llamarán perro flauta, como yo hice una vez... A ellas les diría “Cari, pon un

perro flauta en tu vida”.

2) Otras muchas mujeres me envidiarán cuando pasen las hojas y le vean descalzo, luciendo preciosos y creativos *tatoos*, con ese pelo color miel y ese tono de piel acaramelada... ¡mmmmm, qué ganas le tengo!

Yo soy la única que no me veo demasiado mona en las fotos, me veo algo gorda, pero no es momento de preocuparse por gorduras.

Una fotógrafa que trabaja para la revista, se ofreció a hacernos el reportaje, aprovechando que quería anunciar que estoy esperando mellizos. Yo siempre tuve la ilusión de salir en la revistas del corazón, aunque fuera en el apartado ese en el que las fotos de los famosos están impresas en blanco y negro porque no las conocen más que sus

vecinos y amigos. Nos ofrecieron una suculenta cantidad, pero desde el principio tuvimos claro que el dinero iba a ir destinado a una fundación de investigación sobre la leucemia.

No nos gusta ser avariciosos con el dinero, preferimos controlar las facturas, quitar un poco de aquí y otro poco de allí. Cuando se tiene dinero, es difícil controlar qué es menester o no, y uno siempre acaba tirando la casa por la ventana. Ya he pasado las hojas y releído los titulares. Han transcrito lo que dije tal cual como lo dije: que fui una chica tradicional que siempre quiso casarse en la catedral de la Almudena, pero organizar bodas hizo que desmitificara esa ilusión de tener un bodorrio, bastante disfruté organizando unas cincuenta bodas de alto postín. Gorka y yo nos casamos el pasado febrero, justo hace hoy dos meses. Celebramos la boda en nuestra casa de Igueldo. Fue una ceremonia sencilla que hubiéramos evitado si no hubiera sido porque nos hacía excesiva ilusión que Uxue llevara las alianzas, y también porque parecía ser la única forma de que Edurne y su familia inglesa tomara un avión y nos visitaran. Así que de nuevo Edurne fue la

“guardiana” de que esa boda se celebrara y el novio no se escapara a jugar a los columpios. Otro motivo de peso que nos obligó a celebrar una boda fueron

las gemelas Sáez de Cortázar. Estas hubieran sido capaces de secuestrarme, sedarme con cloroformo,

meterme en una iglesia, despertarme vestida de novia con un ramo en la mano y cara de

sobada delante del sacerdote con trescientos invitados. Sí, sí, sé de lo que son capaces esas dos... (Bueno, esto no lo explico en la entrevista). También explico que Uxue es nuestra

hija adoptiva, en la revista no entro en detalles, pero tan pronto como Gorka me pidió matrimonio, contactó con el funcionario del consulado y gestionó con celeridad los papeles. No quiero saber cómo ni quién está metido en ese tejemaneje, quiero vivir en la ignorancia y si alguna vez nos juzgan por ello, defenderé hasta el final la buena fe de darle un hogar a una niña que ahora podría estar muerta.

Finalizo de husmear la revista y regodearme de lo guapa que es mi familia y lo bonito

y bucólico que es el hogar de los Azpilicueta y decido pasar a la otra revista. Se llama RAINBOW y es un magazine para hombres, concretamente homosexuales. El insistente bip de mi teléfono interrumpe el momento de mi deleite, miro en la pantalla quien llama.

Vaya, parece que alguien en otra parte de Madrid debe estar haciendo lo mismo que yo pero invirtiendo revistas.

—Hola Beltrán, ¿a que no adivinas qué tengo en mis manos?

— ¡La revista RAINBOW!— exclama.

—Y tú, ¿qué revista estás curioseando? —Pregunto.

—Felicidades Cayetana, por esa preciosa familia que estás a punto de aumentar.

—Gracias Beltrán. Creo que yo también te tengo que felicitar por tu valentía de gritar al mundo quién o qué eres. Tus padres deben estar que trinan.

—Sí, pero como imaginarás, me importa un bledo.

—Bueno, aún no te he podido leer, justo me llamas cuando estaba a punto de abrir la

revista y buscar en el sumario la página donde te declaras gay. Estás muy guapo, bueno siempre lo fuiste, pero salir del armario te ha sentado bien. Dame un avance. ¿Explicas cómo lo hacéis? ¿Quién muerde la almohada? ¿Revelas que te has enamorado?

— No explico nada fuera de lo común, bastante con salir del armario, pero sí, cuento

que estoy conociendo a un chico estilista, unos años más joven que yo. Y de momento estoy feliz.

—Vaya, ahora sé quién es el culpable de que lleves esas cejas perfectamente perfiladas, tu estilista. En fin, me alegro mucho, Beltrán, de verdad.

—Cayetana, me gustaría algún día, si no es mucha molestia, encontrarnos, tomar un

café, hablar de los viejos tiempos, para mí siempre serás un ser especial, como te dije una vez, la única mujer a quien regalé un anillo de compromiso. Quisiera compartir contigo mi felicidad y deleitarme de la tuya, hablar de nuestras cosas, como un amigo más. ¿Qué te

parece?

—Bueno, ¡yo siempre quise tener un amigo gay! Vivo en San Sebastián, voy y vengo

muy a menudo a Madrid. Necesito estar aquí por trabajo, aunque cada vez vendré menos

pues los mellizos empiezan a abultar y necesitaré descansar más.

—Bueno, si algún día me paso por San Sebastián, te llamaré.

—Estaremos encantados de recibirte a ti y a tu chico— afirmo.

—Gracias Cayetana. Por cierto, si no tienes padrino para alguno de tus mellizos, cuenta conmigo.

—Vaya, lo valoraremos, de momento tenemos claro las madrinas, serán Adelaida y Margarita, unas mellizas para una pareja de mellizos. ¿Sabes que nuestra Maggie se nos

casa?

— ¿En serio? ¿Y quién ha tenido el honor de conquistar a ese gélido corazón.

—No sé si le conoces. Se llama Rubén Sierra. Mi padre le vendió un Ferrari 612

Scaglietti.

—Sí, sé quién es. Menudo cañón de tío.

¡Verdad que sí! Además es muy carismático.

Me resulta tan gracioso que mi ex prometido me hable así. Claro que tiene todo el derecho a opinar. Además, tiene buen gusto, sí señor.

—Me alegra que las tres sigáis tan unidas ¡sois las mejores!

—Gracias Beltrán. En fin, te dejo por una exclusiva, voy a leer qué cuenta este gay

pijo hijo de familia franquista... ¡Madre mía, seguro que se agotan las revistas!

—Supongo, pero nunca pensé que me resultara tan divertido el escándalo.

No podemos evitar reírnos, la risa es contagiosa, tanto que me duele la barriga, río de

felicidad, de orgullo, ¡Será que la justicia me provoca risa!

—Cuídate mucho, Beltrán, ¡Ahora empieza la fase más bonita de tu vida!
¡Ríete de

los necios!

—Eso haré Cayetana, gracias por tu ejemplo querida ex novia. ¿Sabes lo que he aprendido de ti?

—No, ¡Sorpréndeme!

—A encontrar la armonía en determinadas situaciones, a mantener la pureza de mí mismo pero no permitir que nadie me pisotee, resumiendo a ser algo zorra y algo pava.

— ¡Vaya por Dios, Beltrán, no te reconozco! ¡Tú atribuyéndote adjetivos femeninos!

¡Por los clavos de Cristo, las vueltas que da la vida...!

—Cariño, si no fuera por nosotros, ¿Quién les daría una lección a esos franquistas y

pijos estirados?

—Tienes toda la razón, querida— contesto riéndome sin parar. Me siento orgullosa de

él y de mí. Los dos hemos aprendido algo al separarnos y, lo mejor de todo, lo podemos

compartir.

AGRADECIMIENTOS

Me era más simple antes escribir los agradecimientos, quizás porque el camino era empinado y desconocido. Ahora, tras dos novelas, ando por los lares literarios con algo más de nombre propio. La experiencia no viene sólo

de darle a la tecla.

Los primeros agradecimientos son para aquellas lectoras que me alegran el día mandándome un privado por Facebook o dejándome una reseña en amazon. No sabéis lo

gratificante que me resulta saber que gracias a mi trabajo, habéis estado evadidas o, os habéis emocionado enfadado. También quiero agradeceros, el gesto que tenéis, tras leer una novela, de preguntarme por mis otras obras con la intención de leer toda mi prosa. Ya sabéis, el día que me dejéis un privado valorando mi trabajo, acordaros que detrás de vuestras teclas, Rosana Ample dibuja una risa muy tonta y un corazón hinchado de orgullo.

Quiero agradecer que este libro haya visto la luz tal y como es a tres amigas que trabajan en el departamento de calidad de la autora sin ánimo de lucro. Ellas son mis amigas e incansables lectoras piloto Victoria y Natalia. Gracias por leer y releer los capítulos en vuestros días de verano. Por esa paciencia infinita, por lidiar con varias versiones de la novela en vuestro buzón de correo electrónico. Gracias por esa visión crítica, gracias por decirme cariñosamente si iba bien, si emocionaba o si me había desviado del camino.

Vuestras opiniones son importantes para mí. Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon para que otros lectores puedan conocer que os ha parecido esta novela. Os adjunto los enlaces donde podréis seguir mi trayectoria y relatos.

www.rosanaample.com

www.instintodeautora.wordpress.com

www.facebook.com/rosana.ample